



LOS HEBREOS

BEATRICE K. RATTEY

Lectulandia

Beatrice K. Rattey, maestra de teología, nos da una clara visión de conjunto de la historia hebrea y del desarrollo de su religión desde la época de Moisés hasta su culminación en Cristo. Con conocimiento crítico del tema y habilidad expositiva, la autora nos ofrece, a la vez, un complemento y una introducción a la lectura de la Biblia, que sirve al lector como punto de referencia y guía en el laberinto de los escritos bíblicos, en el que no es difícil perderse.

Es innecesario destacar, por otra parte, la importancia que la Biblia ha tenido y tiene dentro de nuestra civilización. En ella se encuentran las raíces de la religión que ha moldeado la civilización europea. Gran parte de la tradición cristiana es difícil de comprender y de explicar si no tenemos en cuenta que Cristo se presentó a sí mismo como Aquel que venía a cumplir la Ley.

Así, este Breviario será lectura obligada de todos aquellos que se interesan tanto por la historia de un pueblo notable, como por los problemas religiosos de nuestra época.

Lectulandia

Beatrice K. Rattey

Los hebreos

ePub r1.0

Titivillus 14.06.16

Título original: *A Short History of the Hebrews*

Beatrice K. Rattey, 1931

Traducción: M. Hernández Barroso

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Prefacio

AL ESCRIBIR este pequeño libro he manejado libremente el rico material acumulado por los eruditos que han dedicado su vida al estudio del Antiguo Testamento. Es imposible dar a conocer lo que debo a sus trabajos en cada caso particular, pero en las notas al pie de página, lo mismo que en la bibliografía sumaria, he indicado algunas de las principales fuentes utilizadas.

Debo un agradecimiento especial al Rev. R. W. D. Stephenson, M. A., Capellán Examinador del Obispado de Chichester, cuya amistosa critica y juicio erudito tanto me han ayudado; al difunto Rev. Principal H. Wheeler Robinson, D. D., Presidente de la Sociedad de Estudios del Antiguo Testamento 1928-1929, quien, después de leer el manuscrito, hizo varias indicaciones sumamente valiosas, y a los agentes de la Clarendon Press por los trabajos que se han tomado al preparar este libro para su publicación.

B. K. R.

Pascua Florida, 1931.

Nota del revisor

ESTA revisión la efectuó alguien que conoció y admiró mucho a miss Rattey, pero que prefiere mantenerse en el anonimato. No se han hecho cambios sustanciales al trabajo de miss Rattey para que continúe al servicio de maestros y alumnos.

I. El Antiguo Testamento

EL Antiguo Testamento, constituido por las Escrituras judías, y que es nuestra principal documentación sobre la historia de los hebreos, forma parte de las Escrituras cristianas a las que damos el nombre de Biblia. Esta palabra proviene de la griega *biblia*, que significa libros, y hablando con exactitud, la Biblia no es un libro, sino una colección de libros; una biblioteca sagrada. Contiene una maravillosa bibliografía que fue recopilada en Oriente entre los años 1000 a. C. y 100 d. C., y se ha conservado gracias al devoto cuidado de incontables escribas; ha sido traducida a todas las lenguas conocidas. Está dividida en dos partes bien distintas llamadas el Antiguo y el Nuevo Testamento; pero ambas están tan íntimamente relacionadas que es imposible comprender debidamente la segunda sin haber estudiado la primera. Nosotros naturalmente comenzaremos a partir del Antiguo Testamento, porque no solamente muestra él cómo se preparó el camino para la venida de nuestro Señor Jesucristo, de quien hablan los Evangelios, sino que es la prueba de la revelación gradual de Dios al hombre y del crecimiento en santidad de unos individuos y de una nación como respuesta a las enseñanzas dadas por hombres que «hablaron de Dios, movidos del Espíritu Santo».^[1]

Los libros contenidos en el Antiguo Testamento estaban, al principio, escritos en rollos de papiro, pergamino o cuero, sin divisiones en capítulos o versículos, y empleando solamente consonantes hebreas.^[2] Los lectores tenían que aprender a intercalar las vocales apropiadas y a leer correctamente los pasajes señalados para cada sábado. Hacia el año 250 a. C. se hizo en Alejandría, a beneficio de los judíos que allí vivían y que ya no entendían el hebreo, una traducción griega del texto hebreo en consonantes de los cinco primeros libros. Esta traducción es conocida como la versión de los Setenta.^[3] Nuestra traducción inglesa fue hecha, no obstante, de una versión incluso posterior de las Escrituras hebreas.^[*] Entre los siglos VI y IX d. C., un cuerpo de eruditos, llamados «masoretas», inventó un sistema por medio del cual se podían representar las vocales escribiendo unos signos encima o abajo de las consonantes hebreas, con objeto de que la pronunciación correcta, que había sido transmitida oralmente en el servicio religioso de la sinagoga, pudiera ser conservada con mayor exactitud. De este texto, tal como fue establecido por los masoretas, se ha hecho principalmente nuestra traducción inglesa.

Aunque el texto oficial de la Biblia Hebrea fue establecido finalmente por los masoretas, y el Canon,^[4] o colección de escritos sagrados, fijado en definitiva ya desde el siglo I d. C., la literatura contenida en esos libros representa un proceso de siglos y la obra de muchos escritores. Algunas partes de ella se remontan hasta una época en la cual, siendo apenas conocida la escritura, las hazañas de los héroes nacionales eran celebradas en leyendas y cantos y transmitidas oralmente de generación en generación. Uno de los más antiguos cantos hebreos es el de Débora,^[5]

pero éste y otros muchos, de los que sólo se conservan hoy algunos fragmentos, fueron incluidos en colecciones de cantos, dos de los cuales se mencionan en la Biblia: las «Guerras de Yavé»^[6] y el libro de Jaser o de la rectitud. Probablemente pertenece al primero el canto de victoria sobre los egipcios,^[7] y al segundo la canción de la batalla de Betorón,^[8] y las lamentaciones de David por Saúl y Jonatán.^[9]

Desde su entrada en Canaán dirigidos por Josué hasta la completa derrota de los filisteos por David, los hebreos estuvieron luchando por sobrevivir; tales condiciones eran naturalmente desfavorables al desarrollo de una literatura. Pero durante el reinado de Salomón, se escribieron las memorias cortesanas del reinado de David, así como las narraciones acerca de Samuel, de Saúl y de los grandes jueces guerreros. A mediados del siglo IX a. C. se recopiló la primera colección de las tradiciones hebreas primitivas en el reino de Judá, redactadas por un profeta o por un grupo de profetas. Usaban para nombrar a Dios la palabra Yavé,^[10] transformada en el Señor de nuestras biblias, e incluyeron en aquella obra muchas tradiciones primitivas referentes a sus antepasados Abraham, Isaac, Jacob y José, así como también las primeras creencias semitas acerca de la creación del mundo y el origen del mal.^[11] Aproximadamente un siglo después, probablemente en tiempos del profeta Oseas, las tradiciones corrientes en el reino de Israel fueron asimismo coleccionadas y redactadas por escrito. Quienes escribieron aquellas narraciones eran profetas; y se interesaban especialmente en las lecciones religiosas que aquellas narraciones contenían. Creían que la voluntad de Dios había sido revelada a sus servidores en sueños o por medio de un mensajero angélico, y acostumbraban nombrar a Dios por una palabra en plural, *Elohim*, generalmente explicada como «plural mayestático». Además, la primitiva recopilación de leyes hebreas, conocida como Libro de la Alianza (Éxodo 20-23:19), fue incluida en este documento.^[12]

Hacia la mitad del siglo VII a. C. estas dos narraciones paralelas fueron entretejidas hasta formar un conjunto coherente por discípulos de los grandes profetas. Su método, que era el de muchos escritores de la Antigüedad, fue tomar secciones de cada una de las fuentes y añadir a ellas las frases necesarias para hacer fácil y agradable la lectura de la historia, mas no hacían objeción alguna a incluir dos versiones del mismo suceso, si ambas eran válidas, ni se dieron cuenta de las contradicciones que a nosotros, con frecuencia, nos parecen harto claras. Estos profetas eran de hecho recopiladores de antiguos documentos, no autores en el sentido que nosotros damos al término. Cuando hacia el año 650 a. C. estos dos documentos fueron combinados en un todo coherente, formado por viejas tradiciones referentes a la nación y por una antigua colección de leyes, se había dado el *primer* paso hacia la formación de la Biblia Hebrea.

Tan pronto como la monarquía quedó sólidamente establecida, las crónicas o registros de cada reino empezaron a ser guardados por los archiveros oficiales. Incidentes en la vida de los primeros profetas, especialmente de hombres tan grandes

como Elías y Eliseo, fueron también conservados oralmente por sus seguidores. Poco tiempo antes del Cautiverio se compiló una historia de los dos reinos —que es prácticamente idéntica a nuestros libros I y II de los Reyes—, según aquellas dos fuentes; en Babilonia se redactó esta historia hasta 560 a. C. Además, se rehicieron los documentos de la conquista de Canaán bajo Josué, las hazañas de los más famosos libertadores hebreos, Débora, Gedeón, Samuel y Saúl (alguno de ellos más completamente que otros), se añadió la historia de la corte de David, y de esta manera surgió una historia completa de los hebreos desde el siglo x hasta el vi. Esto fue obra de los individuos que habían sido influidos por las enseñanzas de Amós, Oseas e Isaías, y su objeto principal era destacar la importancia, por medio de una cuidadosa selección del material histórico de que disponían, de ciertas lecciones religiosas de gran alcance. Sus antepasados habían sido entusiastas defensores de una reforma religiosa notable que tuvo lugar durante el reinado de Josías obedeciendo a los mandatos del libro de la ley, que se encontró en el templo el año 621 a. C. Este libro, que resumía la enseñanza de los grandes profetas y la aplicaba a la vida diaria, es uno de los más nobles del Antiguo Testamento, porque asegura que la buena conducta para con el hombre solamente puede provenir del amor sincero a Dios.^[13] Los individuos influidos por tales enseñanzas no solamente dieron a conocer la historia de su raza, sino que al mismo tiempo conservaron su fe en el Cautiverio, pues recopilaron y copiaron con todo cuidado los rollos de los profetas anteriores al Cautiverio y de este modo los conservaron para las generaciones futuras.^[14] Estos escribas de la época del Cautiverio fueron, por consiguiente, instrumentos que hicieron una nueva e importante contribución a la religión de su raza lo mismo que a su historia, y debido a su obra devota se dio el *segundo* paso hacia la formación de la Biblia Hebrea.

El Cautiverio en Babilonia, lejos de ser un periodo infructuoso en la vida religiosa de los hebreos, resultó ser de naturaleza tal que se obtuvo una rica cosecha. Profetas, sacerdotes y poetas hicieron a la literatura de su pueblo nuevas aportaciones destinadas en última instancia a tener un valor religioso permanente para toda la humanidad. Los discípulos de Ezequiel y los del desconocido autor de Isaías 40-55 no solamente conservaron los mensajes de sus maestros, sino que los sacerdotes iniciaron un nuevo movimiento que siguió floreciendo en Babilonia hasta fines del siglo v, cuando Esdras, el competente escriba de la ley mosaica, transfirió el centro de su actividad a Jerusalén.^[15] Influidos por el sacerdote-profeta Ezequiel, sus discípulos se dedicaron también a la preparación de un nuevo libro que debía servir de guía para los sacerdotes y para el pueblo en el cumplimiento de sus deberes religiosos en Jerusalén tan pronto como volvieran allá y se practicara una vez más la adoración con sacrificios ofrecidos en el templo restaurado.^[16] Las propias instituciones ceremoniales de los judíos tenían una gran antigüedad; pero, con el transcurso del tiempo, y especialmente durante los siglos vi y v a. C., fueron

desarrolladas y reconstruidas como respuesta a nuevas necesidades. De manera completamente natural y sencilla, todos los mandatos referentes a la ley, lo mismo a la civil que a la religiosa, fueron incluidos en las viejas tradiciones, en aquellos pasajes de la vida de Moisés que según los sacerdotes eran apropiados para ello. Se intercalaron en la vida de éste, pues se le consideraba el gran legislador por excelencia. Todos estos mandatos fueron denominados «mosaicos» porque estaban basados, en definitiva, en principios reconocidos como obligatorios desde los días de Moisés. El libro del Deuteronomio, al que se había añadido un prólogo y un epílogo durante el Cautiverio, fue colocado después, posiblemente porque terminaba con una referencia a la muerte de Moisés. Esta porción del Antiguo Testamento que contenía la ley inserta en las tradiciones relacionadas con un periodo entre Abraham y Moisés, lo mismo que explicaciones de las más importantes instituciones religiosas, tales como el día de descanso, el sábado, y la circuncisión, fue llamada al correr del tiempo la Ley o el Pentateuco.^[17] Después de 400 a. C. no se hizo cambio alguno en la Ley y nada se le añadió. Los hebreos la veneraban más que a ninguna otra porción de las Sagradas Escrituras, y la primera lección en el servicio de la sinagoga era siempre una lectura tomada de esa parte. Fue, por consiguiente, hacia el año 400 a. C. cuando se dio el *tercer* paso hacia la formación de la Biblia Hebrea, y su primera parte (Libro I o la Ley) quedó completa.

La segunda porción de la Biblia Hebrea fue conocida como los *Profetas*. Fue ampliada durante el Cautiverio y completóse hacia el año 200 a. C., cuando ocupó su puesto junto a la Ley, pero a pesar de ello los judíos la consideraban como inferior a ésta. Los Profetas, o Libro II de la Biblia Hebrea, quedó naturalmente dividido en dos partes: «primeros» profetas —en la cual estaban incluidos los libros históricos de Josué, los Jueces, I y II de Samuel, y I y II de los Reyes, porque en ellos la historia se interpretaba desde el punto de vista de los profetas— y profetas «posteriores» —a la cual pertenecían los rollos de los tres grandes profetas: Isaías,^[18] Jeremías y Ezequiel, y el rollo único que contenía la enseñanza de los doce profetas menores.^[19] Así, hacia el año 200 a. C., la Biblia Hebrea consistía de las dos divisiones o libros conocidos como *la Ley y los Profetas*, y esos escritos eran estudiados por los escribas judíos, enseñados en las escuelas judías, y porciones de ellos eran leídas en la sinagoga todos los sábados. En el Nuevo Testamento hay frecuentes referencias a ellos; unas veces se les llama escrituras o escritos sagrados y otras veces «la Ley y los Profetas».^[20]

Además de estos dos grupos hubo muchos escritos que, a pesar del alto valor que les concedían los judíos, no se consideraron dignos de ser colocados al lado de aquéllos sino hasta una fecha muy posterior.^[21] Algunos, como los Salmos o los Proverbios, no estaban completos en modo alguno; otros, escritos en el siglo III o II a. C., sólo empezaron a ser estimados poco a poco; algunos, por ejemplo el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, ocuparon un lugar dentro del Canon sólo después de muchas discusiones acerca de sus méritos. Aquellos escritos que llegaron a ser aceptados dentro de la Biblia fueron incluidos en un tercer grupo al cual se dio el

nombre de *las Escrituras*. Las principales son los cinco libros de los Salmos que se usaban en el culto público y en el privado; los cinco libros de Proverbios que contienen numerosos sabios refranes referentes a la vida y a la conducta diarias; el magnífico poema dramático llamado Job y el libro de Daniel. Había también cinco rollos que se leían en ciertas épocas del año: el Cantar de los Cantares en la Pascua Hebrea, Ruth en Pentecostés, Eclesiastés en la fiesta de los Tabernáculos, Ester en Purim, y las Lamentaciones en el noveno día de Ab, aniversario de la destrucción de Jerusalén. A éstos deben añadirse I y II de las Crónicas, Esdras y Nehemías, cuya intención era dar una historia completa del pueblo hebreo desde el punto de vista de un sacerdote.

El templo fue destruido por los romanos en el año 70 d. C., y en el año 90 d. C. se celebró un concilio de rabinos judíos en Jamnia; entre otras cosas, parece que discutieron qué es lo que debía y qué es lo que no debía incluirse en la tercera división de la Biblia Hebrea. Después de aquella fecha nada nuevo fue añadido. El trabajo, comenzado hacia el año 400 a. C., quedó terminado hacia fines del siglo I d. C., y los judíos, aunque dispersados por todo el mundo entonces conocido, poseían una colección de escritos sagrados que podían todavía estudiar y oír en la sinagoga los sábados y que servía como un gran lazo de unión entre ellos.

Como el Antiguo Testamento contiene la historia de la forma en que Dios preparó el mundo para la venida de su Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, enseñando a los hombres por medio de aquellos de sus servidores cuyos oídos estaban más abiertos al divino mensaje que los de sus contemporáneos, es esencial que también nosotros lo estudiemos y tratemos de comprender las verdades en él contenidas.

Si os acercáis con espíritu abierto y reverente al Antiguo Testamento encontraréis en él, por todas partes, a Dios, eligiendo un pueblo que manifieste su Nombre, llevándole, desde la ignorancia y la superstición, a un sentido cada vez mayor de su majestad y su virtud... hablándole por medio de los labios de sus conductores inspirados, y sembrando en sus corazones una enorme e indomable esperanza de que por su medio, en días venideros «la tierra se cubriría del conocimiento de Dios como las aguas cubren el mar». Y sobre todo aprenderéis cómo Dios preparaba así un medio apropiado para la Encarnación, una morada para el Cristo a quien los profetas previeron vagamente como el Rey Divino de toda la humanidad.^[22]

II. La tierra y el pueblo

LA TIERRA de Canaán, llamada en tiempos posteriores Palestina, era realmente un puente entre la nación que gobernaba la cuenca del Éufrates y la que dominaba la cuenca del Nilo. Ambas querían apoderarse de ella, pues no solamente iban y venían regularmente sus caravanas por ella, sino que era el paso obligado de sus ejércitos. A veces era conquistada por unos; otras veces por otros. Cuando ambas naciones se debilitaban, Canaán gozaba de un breve periodo de independencia.

Aunque Canaán es tan pequeña en extensión que se le ha llamado «la más pequeña de todas las tierras», presenta, no obstante, una diversidad notable tanto de paisaje como de clima. Es una tierra de fuertes contrastes, valles profundos y elevadas mesetas, llanuras fértiles y páramos desolados y rocosos, intenso calor y frío cruel. Además, es una tierra que sólo difícilmente puede ser gobernada como un conjunto. En la época en que entró Israel en Canaán, existían allí numerosas ciudades-estados que frecuentemente se hacían la guerra unas a otras, pero que rara vez se unían contra un enemigo común. La monarquía hebrea unida, fundada por David, tuvo poco tiempo de vida; pronto se dividió en dos reinos, el de Israel y el de Judá, y éstos nunca se unieron de nuevo bajo el gobierno de un príncipe de la dinastía de David.

Si observamos el mapa de Canaán veremos que hay allí dos cadenas de montañas separadas por una profunda falla que va de norte a sur, y que la comarca parece constituir una barrera entre el gran mar situado al oeste y el gran desierto que se halla al este. Si miramos más atentamente, observamos que las cadenas de montañas situadas al oeste y al este de la depresión forman dos elevadas mesetas y que el profundo valle de Rift ha sido hecho por el río Jordán al correr desde el Mar de Galilea hasta el Mar Muerto. Al sur del Mar Muerto, esta profunda falla llega hasta el Golfo de Akaba, ensanchándose en algunos lugares hasta formar una llanura llamada Arabah. El Jordán mismo nace en las faldas del Monte Hermón, siempre cubierto de nieve. Corre hacia el sur hasta el pequeño y pantanoso Lago Huleh y de allí va al Mar de Galilea. Después de dejar este lago abre su camino más y más profundamente a través de las rocas calcáreas hasta entrar en el Mar Muerto en un punto situado a 400 metros bajo el nivel del mar. El río, que es muy rápido, no es navegable. En algunas partes del valle sus aguas fangosas lamen la base de elevados acantilados calcáreos que lo encierran como murallas. Donde estas murallas rocosas retroceden un tanto, un musgo verde brillante y cantos rodados marcan su curso, y sus márgenes se cubren de exuberante vegetación tropical que todavía sirve de escondrijo a los animales salvajes. El valle del Jordán es desolado, sin belleza, y tan intolerablemente cálido que las pocas gentes que en él viven son débiles y apáticas. La única ciudad importante es Jericó, que está situada en el extremo sur. Debió su importancia a su posición como guardián del camino principal que conduce a la meseta central y

asimismo a los vados que servían como paso ordinario al país de Moab. No obstante, Jericó cedió siempre sin lucha a todo ataque decidido, y sus habitantes no parecen haber tenido jamás la energía suficiente para defender los vados cercanos a la ciudad.

[1]

El Mar Muerto, en el que desemboca el Jordán, es un lago de aproximadamente cincuenta millas de largo (80.5 km), tan salado, que ninguna clase de peces puede vivir en sus aguas, ni los hombres sumergirse en él, ni las plantas crecer en sus márgenes. Se encuentra en una triste y desolada región y ningún otro lago ha recibido un nombre más apropiado. La alta meseta situada al este del Jordán representó una parte relativamente pequeña en la historia hebrea. Está dividida en tres porciones por los ríos Yarmuc, Jabok y Arnón. La comarca está regada por numerosas corrientes y, en consecuencia, es muy fértil. Se cultiva el trigo en el norte; el centro es famoso por sus bosques, sus frutas y sus huertas de especias, y en todas partes hay grandes pastizales para el ganado. Basán fue conocida por sus toros^[2] y Moab, al sur, por sus rebaños de ovejas.^[3] Al norte está Siria, cuya capital, Damasco, ha sido siempre un famoso centro comercial. Está situada en una bella y fértil llanura, al oeste de la cual se eleva el Monte Hermón coronado de nieve. Por ella pasó el comercio en el mundo antiguo, y los mercaderes sirios siempre fueron famosos por sus sederías y su riqueza, y tiempo después por sus hojas de espada damasquinadas. Fueron los sirios crueles enemigos de los hebreos, con quienes mantenían incesante estado de guerra, hasta que la creciente amenaza de Asiria los obligó a unirse en un vano intento de salvarse.

Los hebreos entraron en la tierra de Canaán desde las altas tierras de Moab, al este, y después de haber atravesado el Jordán y tomado Jericó, siguieron su marcha hacia la meseta central. Está formada ésta por la cadena de montañas que se extiende del norte al sur de Palestina, cortada únicamente por la ancha llanura de Esdrelón. Al norte de esta llanura, bien irrigada y fértil, está el país montañoso de Neftalí, más conocido por nosotros con el nombre de Galilea; al sur se levanta la montañosa comarca de Efraín, llamada Samaría después del Cautiverio, y el país, también montañoso, de Judá. A lo largo del Mediterráneo se extiende una fértil llanura costera, cuya porción septentrional, la famosa llanura de Sarón, formó parte del reino de Israel; pero la parte sur estaba ocupada por los filisteos, quienes se establecieron en cinco ciudades-estados probablemente hacia la mitad del siglo XII a. C. Las colinas que conducen gradualmente desde el territorio filisteo a las altas mesetas judías son conocidas por el nombre de Sefela; las atraviesan profundos y sinuosos valles y estrechos desfiladeros, y sirvieron como fuerte línea de defensa al reino de Judá. Esta comarca estaba emplazada muy estratégicamente; era propicia a movimientos rápidos de pequeños destacamentos de hombres desesperados en lucha contra fuerzas superiores. Fue allí donde tuvieron lugar muchas de las más famosas batallas de la historia hebrea. Josué obligó a los derrotados cananeos a huir hacia abajo por el valle de Ayalón,^[4] David tuvo su fortaleza en Adullam y persiguió a los fugitivos filisteos por los valles hasta llegar a la costa,^[5] y Judas Macabeo ganó una de sus más grandes

victorias sobre las tropas sirias en los cerros no lejos de Betorón.^[6]

Cuando vamos de la llanura costera hacia el este, observamos que la forma general del país puede representarse, de manera rudimentaria, así:

El Mar Medi terráneo	La llanura costera	La meseta central	El valle del Jordán	Las tierras altas del este	El de sierto
-------------------------	-----------------------	----------------------	------------------------	-------------------------------	-----------------

La meseta situada al oeste del Jordán se divide de manera natural en tres porciones, que conocemos familiarmente como Galilea, Efraín o Samaría y Judea. Galilea está limitada al norte por las laderas del Líbano cubiertas de cedros; al noroeste por Fenicia, a la cual pertenecían los ricos bosques del Líbano, y al sur por la llanura de Esdrelón. Al nordeste, más allá del Mar de Galilea, se levanta el Monte Hermón (9,700 pies; 2,700 m), cuya nevada cima es visible incluso desde el Mar Muerto. El Mar de Galilea es una ancha extensión de transparentes aguas azules de unas trece millas de largo por ocho millas de ancho (aproximadamente 21 km por 13 km); está rodeado de montañas, de las cuales vienen súbitas tormentas que causan desastres en las flotillas de pescadores. Actualmente la región del lago está desierta; pero en la época romana había en sus orillas muchos ricos caseríos y era ésa la más activa y más densamente poblada parte de Galilea. Entre el lago y Fenicia se yerguen series de cerros entre los cuales hay fértiles llanos y numerosas aldeas rodeadas de viñedos y de trigales, olivares y huertos. Al sur se extiende la ancha llanura de Esdrelón, muy fértil y poblada de arboledas, a través de la cual pasaba la ruta comercial de Mesopotamia a Egipto. Su extremo oeste está cerrado por la gran mole del Monte Carmelo, cuyas faldas baña el río Cisón; en un tiempo fue defendida por las ciudades-fortaleza de Magedo y Taanac. Hacia el extremo este se estrecha formando el largo valle de Jezrael, que desciende hasta el Jordán y la ciudad de Betsán, que defiende los vados que están a unas doce millas al sur del Mar de Galilea. Al norte de este valle está el Monte Tabor y al sur el Monte Gélboe. Al sur del Monte Carmelo se extiende la rica y fértil llanura costera que va desde este monte hasta los desolados arenales que forman los límites de Egipto. El extremo septentrional de esta llanura marítima es conocido como la llanura de Sarón, famosa por su fertilidad y su belleza, por sus cereales, vino y aceite, sus árboles frutales, y, sobre todo, por sus flores. «Las mieses y los páramos están salpicados de flores: amapolas, pimpinelas, anémonas, convúlvulos, malvas, narcisos y la azul flor de lis, rosas de Sarón y lirios del valle. Las lagartijas corren por las soleadas breñas. El aire vibra poblado de abejas y mariposas y de gorjeos de pajarillos».^[7] En el extremo sur, donde esta faja costera se ensancha, están situadas las cinco ciudades filisteas de Asdod y Ascalón, Gaza, Gat y Eglón. Durante muchos años, la turbulenta raza de piratas que fundó estas ciudades disputó a los hebreos la posesión de la comarca situada al oeste del Jordán. Fueron, al fin, arrojados de la meseta central y confinados a las cinco ciudades de la llanura; pero dejaron señal de su estancia en el país en la palabra *Palestina*, tierra de los

pulasati o pelishtim, esto es, filisteos, nombre por el que es hoy generalmente conocida.

La comarca montañosa de Efraín, que formaba el reino de Israel, conocida posteriormente como la provincia de Samaría, no solamente era más fértil que el montañoso país de Judá, sino que estaba mucho más abierta a las influencias exteriores, y por ello su pueblo entró más fácil y sencillamente en contacto con los fenicios, los sirios e incluso con los asirios. Por el oeste estaba separado de la llanura de Sarón por cerros cuyas suaves laderas y collados bien pudieron haber inspirado al escritor del Salmo 65:10-13. Del lado oriental, la meseta desciende bruscamente hasta el Jordán, cruzado por varios vados. Fue, por consiguiente, muy fácil a los reyes de Israel apoderarse del territorio allende el Jordán, cuyo curso superior no forma una barrera insuperable semejante a la que el inferior fue para Judá. Pero al mismo tiempo tenía menos defensas ante el ataque, y por esto las guerras entre Israel y Siria fueron constantes hasta que los asirios derrotaron y deportaron a los habitantes de ambos reinos. Muchas de las más famosas cumbres dentro de los límites de Israel: el Monte Gélboe, donde Saúl fue derrotado por los filisteos, se encuentra al nordeste; en el centro se hallan las dos alturas de Ebal y Garizim, entre las cuales estaba situada Siquem, ciudad de gran tradición y primera capital del reino de Israel. Al oeste se halla el escarpado promontorio del Monte Carmelo, donde Elías se enfrentó a los sacerdotes de Tiro, que forma una notoria marca. De hecho, el país montañoso de Efraín o Israel era naturalmente la parte más fértil, próspera e importante de Canaán, e inevitablemente, hasta mediados del siglo VIII, representó la parte principal en la historia de los hebreos.

La comarca montañosa que formaba el reino de Judá era mucho menor que Israel. Su yerma y pedregosa meseta está de 600 a 900 m sobre el nivel del mar, y a pesar de estar junto al camino que iba a Egipto, era de tan difícil acceso que sus habitantes estuvieron siempre más aislados que sus vecinos norteños. Estaba defendida por tres lados por barreras naturales; al este se encuentra la desolada tierra yerma, sin árboles y sin agua, que llega hasta el Mar Muerto; por el lado sur, más allá de Bersabé, ciudad famosa por sus aguas, donde las laderas estaban cubiertas de olivares y de campos de trigo, está situado el Negueb, comarca seca y abrasada; entre ella y el desierto se extiende un área desolada habitada por tribus de árabes nómadas. Del lado occidental Judá estaba defendida por los montes Sefela, pero al norte quedaba abierta al ataque por un paraje pedregoso, considerado en un tiempo como territorio de Benjamín, que se une con el país montañoso de Efraín. Judá no era, por consiguiente, notable por su extensión, su belleza o sus grandes ciudades; no tenía empresas comerciales ni fuerza militar; tampoco la regaban grandes ríos. Ningún camino la atravesaba. Y, no obstante, Jerusalén, la principal ciudad de aquel país formado por ásperas montañas, llegó a ser en verdad «el gozo de toda la tierra», y dio su nombre a aquella Ciudad de Dios que todavía anhelan los hombres. Y fue en «esta tierra aislada, árida y pedregosa de Judá donde la raza hebrea desarrolló su genio natural,

ligada por la dureza de su suerte a una profunda fe en Dios: allí, protegida por su pobreza y en la seguridad que le daban sus altas montañas, sobrevivió 135 años a la caída del reino situado al norte; allí, después del Cautiverio, se establecieron una vez más y lograron mantener en un grado admirable la pureza de su raza y de su religión».^[8]

Pero Palestina es notable no solamente por la extraordinaria diversidad de su paisaje, sino asimismo por la diversidad de sus climas. Hay allí dos estaciones en el año, la seca y la húmeda, el verano y el invierno. La primera dura desde abril hasta octubre; no hay nubes en el cielo, no cae lluvia alguna, se secan ríos y arroyos y toda la vegetación se marchita y seca, «la hierba del campo que hoy es y mañana es arrojada al fuego».^[9] Durante las primeras semanas de la estación seca, la tierra ofrece un aspecto bellísimo; en todos los valles crecen las flores, en la llanura de Sarón y el valle de Jezrael florecen los árboles. Viñedos y olivares, pastizales y páramos se cubren de verdor.

Que ya se ha pasado el invierno
y han cesado las lluvias.^[10]

Las tres grandes festividades hebreas eran celebradas durante el verano. La *Pascua Hebrea*, seguida inmediatamente por la fiesta de los ázimos, cuando las primicias de la cosecha eran ofrecidas a Dios, se celebraba en abril. Siete semanas después venía *Pentecostés*, al terminar la recolección del trigo. En octubre la alegre fiesta de la vendimia conocida como los *Tabernáculos* terminaba alegremente el año, y la gratitud del hombre a Dios por sus dones encontró expresión en salmos tales como el 118.

El invierno es en Palestina la estación de lluvia, cuando los vientos dominantes del oeste y del suroeste traen consigo nubes y chubascos. Las «primeras» lluvias comienzan a fines de octubre y ablandan la abrasada tierra preparándola para el arado y la siembra que tiene que hacerse en noviembre.^[11] Los aguaceros más fuertes caen en diciembre, enero y febrero, pero las «últimas» lluvias de marzo y abril no son más que benignos chaparrones que llevan el invierno a término. Para los hebreos que entraron en Canaán después de las privaciones que tuvieron que sufrir durante su vida nómada, aquélla era una tierra que manaba leche y miel, un paraíso terrenal, tierra de montes y valles, «tierra de que cuida el Señor tu Dios; y sobre la cual tiene siempre puestos sus ojos, desde el comienzo del año hasta el fin».^[12]

CANANEOS Y HEBREOS

Canaán, nombre por el que fue conocido durante muchos siglos el territorio situado entre el Jordán y la costa por los babilonios y los egipcios, recibió su nombre de los

predecesores de los hebreos. Ambos, cananeos y hebreos, pertenecían a la gran familia semítica; había, por consiguiente, una gran similitud entre su idioma y sus costumbres, similitud que se extendía a sus vecinos los fenicios, los sirios, los edomitas, los moabitas y los ammonitas tanto como a los pueblos más conocidos de Babilonia y Asiria.

Se cree que los cananeos emigraron del desierto de Arabia y fijaron su residencia en las tierras altas de Canaán hacia el año 2000 a. C. Arrojaron de allí o esclavizaron a los anteriores habitantes, y con el transcurso del tiempo llegaron a desarrollar un alto grado de civilización. Vivían en ciudades defendidas por macizas murallas de piedra y construían sus casas con tierra apisonada, piedra o adobes. Cada ciudad estaba gobernada por un rey y formaba una ciudad-estado independiente;^[13] pero estos gobernantes eran generalmente vasallos de los monarcas más poderosos que gobernaban las tierras del Nilo o las del Éufrates, para quienes la posesión de Canaán tenía una gran importancia.

La mayor parte de los cananeos eran agricultores que cultivaban campos de trigo, viñedos y olivares; en consecuencia su religión estaba estrechamente relacionada con la agricultura. Adoraban muchos dioses, conocidos como baales, a cuya bondad atribuían los frutos de la tierra en la debida estación. Todas sus festividades, en las que reinaba la excitación y el contento, estaban relacionadas con la agricultura y se celebraban en las estaciones de la recolección del grano y en la vendimia. Al igual que los babilonios, adoraban a la luna, en cuyo honor se observaba un día de reposo o sábado cada séptimo día. Toda aldea o ciudad tenía su santuario; la característica de éstos era una piedra o un poste de madera junto a un altar de tierra o de piedra, sobre el cual eran ofrecidos animales en sacrificio. El santuario estaba situado generalmente en la cima de un cerro y se le llamaba, por consiguiente, «el lugar alto». Los cananeos practicaban muchas crueles y bárbaras costumbres a nombre de la religión, y no desconocían los sacrificios humanos.

Se han obtenido muchos nuevos conocimientos acerca de la religión y la mitología de los cananeos en los textos de Ras Shamra que fueron encontrados en 1929.

Este pueblo tenía también renombre como comerciante y, de hecho, para los hebreos los términos cananeo y mercader o traficante eran sinónimos.^[14] Transportaban perfumes, especias, coloridas ropas babilonias y otras mercancías desde su propio país hasta Egipto y recibían en cambio ornamentos de oro y plata, figuras talladas, estatuillas, alfarería y amuletos en forma de escarabajo. La llegada de una de aquellas caravanas está descrita en los muros de una tumba en Beni-Hassán en el Alto Egipto. Llevan los hombres túnicas de alegres colores, usan armas de metal y uno de ellos tañe una lira; sus mercancías están atadas sobre los lomos de jumentos. Los cananeos eran un pueblo rico y próspero y su civilización debía mucho a la de los países con los que entraron en contacto. Babilonia es un claro ejemplo de esto, pues su influencia sobre los cananeos puede advertirse fácilmente en sus leyes, sus

leyendas y su escritura.^[15] La comunicación entre los príncipes cananeos y sus señores era fácil y regular; los mensajeros iban y venían constantemente llevando cartas escritas usando la escritura cuneiforme babilónica sobre tabletas de arcilla cocidas al sol.

En 1887 se descubrieron cerca de trescientas de estas cartas en Tell el-Amarna, la capital fundada por el faraón Akh-en-Atón (Amenhotep IV) que fue abandonada muy poco después de su muerte. Estas cartas arrojan mucha luz sobre la condición de Canaán a mediados del siglo XIV a. C. Los reyes locales peleaban unos con otros, los oficiales egipcios eran incapaces de mantener el orden, los hititas se apoderaron de los distritos del norte, en tanto que el territorio meridional y el central era invadido por las tribus nómadas del desierto, a las que Arad-Hiba, gobernador de Ursalim (Jerusalén), llama habiru. También afirma que las tribus del desierto han interceptado las caravanas del rey y capturado las fortalezas, una de las cuales es Siquem.^[16] A menos de que se envíen prontamente tropas, se perderá todo el territorio del rey. Ya algunos de los vasallos egipcios han estado conspirando con los habiru; y Gazer, Ascalón y Lajis han estado ayudándolos. La identificación de una rama de aquellos habiru con los hebreos es aceptada ahora por la mayor parte de los investigadores; por lo tanto, tal parece que algunas de las tribus hebreas avanzaban hacia la tierra de Canaán en época tan lejana como los mediados del siglo XIV a. C.^[17] Es más; hacia el año 1223 a. C., el faraón Merneptah se vio obligado a reprimir vigorosamente una revuelta en Canaán, y entre los pueblos que subyugó menciona a Israel. «Israel está destruido, no queda ni simiente suya».

Estos hechos son de considerable importancia, pues parecen probar que hubo ciertas tribus hebreas en Canaán antes de que las tribus de José, conducidas por Josué, iniciaran una tentativa que tuvo como resultado su afincamiento en Canaán y el completo dominio de los cananeos. El recopilador del libro de Josué, que describe la ocupación total del país como consecuencia de una conquista únicamente, ha abreviado la historia y ha condensado en una campaña acontecimientos ocurridos durante un largo periodo. La narración más antigua y más histórica que se encuentra en el primer capítulo del libro de los Jueces nos hace una descripción más verídica del largo y gradual proceso mediante el cual las tribus hebreas llegaron a hacerse dueñas de Canaán.

[En relación con este capítulo deben leerse los siguientes pasajes:
Salmos 8; 19; 24; 104:1-30. Deut. 8:7-18; 11:10-12; 32:9-14].

III. Moisés

LA TRADICIÓN hebrea ha considerado siempre a Moisés como el libertador de su pueblo de la esclavitud en Egipto; es su profeta mayor y su primer legislador; fue él quien estableció los fundamentos tanto de la vida nacional como de la religiosa; ocupa pues un lugar de suprema importancia dentro de la religión hebrea. Pero, al mismo tiempo, es la primera figura histórica real de la historia hebrea, pues Abraham; Isaac y Jacob, sus supuestos antecesores, pertenecen a un periodo tan remoto que es completamente imposible que podamos comprobar los hechos relatados en las tradiciones acerca de ellos. Debemos recordar siempre que los anales escritos que se refieren a aquellos lejanos días pertenecen a un periodo muy posterior a los incidentes que relatan, y que muy frecuentemente contienen narraciones acerca de aquellos héroes nacionales que se contradicen unas a otras. Moisés mismo aparece en uno de estos anales como un guía de su pueblo; en otro, como un profeta semejante a Elías o a Amós; mientras que en el último relato es un legislador junto con Aarón, el sacerdote, siempre a su lado. Solamente después de un cuidadoso estudio empezamos a comprender los aspectos principales de su carácter y de su obra, y la influencia religiosa que ejerció sobre aquel indisciplinado cuerpo de esclavos a los cuales sacó de Egipto. No sabemos cuántos años transcurrieron entre este acontecimiento y la invasión de Canaán dirigida por Josué, mas hay buenas razones para creer que los hebreos, en Egipto, estaban sometidos a Ramsés II (c. 1301-1234 a. C.),^[1] y que abandonaron Egipto durante su reinado, o el de su sucesor Merneptah.^[2]

Aunque Moisés nació de padres hebreos de la tribu de Leví, llevaba un nombre egipcio y conocía toda la ciencia egipcia. Parece haber estado siempre en contacto con sus compatriotas y empezó a tomar parte prominente en su historia cuando salió a la defensa de un esclavo hebreo contra la violencia de un capataz egipcio y dio muerte a éste. Poco después intentó conciliar a dos hebreos, pero su mediación fue rechazada y se le recordó que todos sabían que había asesinado al egipcio. A consecuencia de esto, Moisés huyó a Madián, temeroso de las consecuencias de su acto. También allí su naturaleza caballerosa le impulsó a intervenir en defensa de las hijas de Jetro, sacerdote y jeque de una tribu del desierto, que eran maltratadas por unos pastores junto a un pozo. Aquellos nómadas llamaban egipcio a Moisés.^[3] Fue bien recibido por Jetro y contrajo matrimonio en esta tribu.^[*] Es evidente que pasó muchos años en Madián, pero nunca olvidó los sufrimientos de sus compatriotas, cuyo salvador debía ser.

Fue en el desierto donde oyó, como el pastor Amós y otros profetas, la clara llamada de Yavé para ser el libertador de su pueblo.^[4] Y en la visión de la zarza ardiendo supo Moisés que el Dios del desierto, Yavé, el Dios de su pueblo y de sus padres, era un poderoso libertador que liberaría a sus servidores, pero que en cambio les exigía obediencia a su voluntad.

Habiendo oído decir al paso de una caravana que el faraón opresor había muerto, y que su propia vida no estaba ya en peligro, Moisés pensó que había llegado el tiempo de libertar a su pueblo de sus opresores; de esta manera, tomando consigo a su familia y acompañado por un hermano suyo llamado Aarón, volvió a Egipto.^[5] El faraón no estaba dispuesto en modo alguno a acceder a la petición de Moisés: «Deja, pues, que vayamos al desierto, tres jornadas de camino y ofrezcamos sacrificios a Yavé»; y así aumentó él trabajo exigido a los hebreos e hizo su vida tan penosa que éstos culparon a Moisés por su intervención a beneficio de ellos.^[6]

Entonces, según la tradición hebrea, ocurrieron una serie de calamidades semejantes a otras que Egipto ya conocía, pero nunca con tal fuerza ni con tan rápida sucesión. El Nilo, al retirarse, dejó una gran cantidad de ranas y sus cadáveres infestaron la tierra; enjambres de moscas produjeron la peste en el ganado y ocasionaron enfermedades a los hombres; el granizo y la langosta destruyeron las cosechas, y una tempestad de arena de densidad desconocida aterrorizó a los egipcios. Era evidente para los hebreos que Yavé actuaba en su beneficio; a los egipcios les parecía que el Dios de los hebreos se había irritado al negársele a su pueblo el permiso para ir al desierto a fin de adorarlo.

Finalmente, cuando la peste hubo cobrado su terrible tributo de vidas y habiendo muerto muchos jóvenes, entre ellos el propio hijo del faraón, los egipcios instaron al rey a que accediera a la petición de Moisés y dejara partir a los servidores de este poderoso Dios antes de que ocurrieran cosas aún peores.^[7] Aquél concedió el permiso de mala gana, pero los judíos aprovecharon rápidamente la concesión; recogieron a toda prisa sus tiendas, y sobre asnos y camellos abandonaron Egipto y emprendieron su marcha hacia el desierto de Madián.

Moisés, evitando prudentemente los caminos principales de las caravanas, por miedo a encontrarse con fuerzas egipcias, condujo a los fugitivos por un camino más al sur; probablemente por la parte meridional del Lago Timsah. Pero apenas habían llegado los hebreos a la Laguna de las Cañas, comarca pantanosa cubierta de cañaverales que podían cruzar con relativa facilidad, cuando oyó Moisés que el faraón y sus carros de guerra venían tras él y estaban ya muy próximos. Moisés, seguro por su fe en Dios, hizo acelerar la marcha a los hebreos; mas entretanto, los pesados carros egipcios se hundían profundamente hasta los ejes en el fango y hubo gran confusión entre los perseguidores; los guerreros hebreos dieron vuelta y cayeron sobre sus enemigos, muchos de los cuales se ahogaron o murieron a manos de los hebreos. Esta señalada liberación hizo gran impresión en los hebreos, y les dio una mayor confianza en Yavé y en Moisés, su servidor. Su gratitud a Yavé encontró dramática expresión en el canto siguiente:

Cantaré a Yavé, que se ha mostrado sobre modo glorioso: Él arrojó al mar al caballo y al caballero.^[8]

Este canto fue enseñado oralmente durante muchas generaciones y después escrito;

hacia el siglo VIII a. C., cuando era atribuido a Miriam, hermana de Moisés,^[9] fue incluido en las Escrituras.

Las tribus hebreas que habían aceptado la dirección de Moisés y a favor de las cuales desarrolló éste los principios de orden social, se detuvieron algún tiempo en el oasis de Cades; desde allí se trasladaron a las proximidades de una montaña sagrada, el tradicional Monte Sinaí o Monte Horeb. No se sabe con certeza qué ruta siguieron ni podemos decir cuántos años transcurrieron antes de que llegaran a aquel lugar. Lo que sí es cierto es que sufrieron hambre y sed, los ataques de los beduinos del desierto, las enfermedades y todas aquellas calamidades que son experiencia común de los pueblos nómadas. Con frecuencia desearon volver a Egipto, y a pesar de que lograron escapar milagrosamente de la persecución del faraón y esto les hizo confiar en Moisés, a pesar de ello, decimos, le reprochaban a cada nuevo desastre. La narración de las andanzas de los hebreos bajo la guía de Moisés se encuentra en los libros del Éxodo y de los Números; pero debe recordarse que la primera narración escrita fue hecha alrededor de quinientos años después de ocurridos aquellos sucesos, como también que los escritores posteriores al Cautiverio añadieron su propia versión no histórica de aquellos hechos, lo mismo que largas descripciones del culto que, según ellos, se ofrendaba en el desierto.^[10] No es, por consiguiente, fácil, en manera alguna, saber qué es lo que realmente ocurrió durante aquellos años.

En el Monte Sinaí se celebró un pacto religioso, por iniciativa de Moisés, entre los hebreos y Yavé, su Dios libertador. Los pactos eran muy comunes entre los pueblos semíticos, y en el Génesis encontramos una vivida narración de un pacto entre Dios y Abraham.^[11] Así, pues, el principio de lo que habría de llegar a ser la religión nacional de los hebreos, tomó cuerpo en un pacto o convenio, en el cual se reconocía que Yavé era el único Dios y que toda la moralidad y todas las leyes de sus tribus expresaban su voluntad. A su vez, a los hebreos se les aseguraba su protección y su misericordia y, sobre todo, su presencia constante entre ellos. En aquella ocasión hubo una tremenda tempestad que convenció no sólo a los hebreos, sino aun al mismo Moisés, de que Yavé tenía parte en aquel pacto.^[12] Su vida como nación estaba colocada, en consecuencia, bajo la autoridad de Yavé, y los cimientos de la unidad nacional se establecieron sobre el culto a un Dios. Sin embargo, esto sólo se consiguió después de una lucha en la cual Moisés fue ayudado por Leví, su propia tribu, pues que un considerable número de hebreos secundados y apoyados por Aarón, querían adoptar el culto a la imagen de un becerro; culto que se encuentra en muchas formas tanto entre los pueblos semíticos como en la religión egipcia; este tipo de culto persistió en algunas de las tribus, incluso después de su entrada en Canaán, y fue adoptado en el norte de Israel varios siglos más tarde por Jeroboam I.^[13]

A fin de que los hebreos no pudieran olvidar jamás la presencia de Yavé y el que él podía enseñarles por su propia práctica a consultar a Dios por medio de la oración, Moisés estableció en un sitio apartado una tienda de piel de cabra negra, conocida

como la tienda de reunión o el Tabernáculo^[14] donde Yavé hablaba con Moisés «como habla un hombre a su amigo». En esta tienda estaba el Arca, símbolo de la presencia de Dios entre su pueblo. La elección que hizo Moisés del Arca tuvo una enorme importancia para el futuro de la religión hebrea, ya que nunca fue adorada, ni pudo nunca ser considerada como una imagen del propio Yavé. Todos los demás pueblos tenían imágenes de sus dioses en forma humana o animal o los representaban como un alado disco solar; pero Moisés, al prohibir toda imagen de Dios, lo apartó de la mirada de los hebreos y llevó así a los mejores de ellos a pensar en Él como «alto y elevado», preparando de este modo el camino a la enseñanza de nuestro Señor: «Dios es espíritu y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad».^[15]

La sabiduría práctica de Moisés se reveló igualmente al haber establecido un método sencillo pero muy eficaz para administrar justicia. Moisés mismo decidía en los casos difíciles; pero todo asunto menos importante era juzgado por ancianos designados por él como gobernantes de pequeños grupos de hebreos o de tribus. La justicia se basaba en la obediencia a una ley divina expresada en las sencillas frases de los diez mandamientos, y los deberes para con su prójimo tenían su lugar al lado del deber para con Dios en la vida social y religiosa de todo hebreo. Vemos claramente cuán distinto era el código moral de otras naciones, si comparamos las normas de Jezabel, la princesa de Tiro, con el elevado código moral de Elías.^[16]

Moisés fue considerado con justicia por las generaciones posteriores de hebreos como el creador de su vida nacional y religiosa, porque fue él quien les dio los elementos de la ley basados en los deberes hacia Dios y hacia el hombre, y quien primero enunció los principios fundamentales de una religión que llevaba dentro de sí aquellas simientes de monoteísmo que llegaron a fructificar en las enseñanzas de Isaías y del gran profeta desconocido del Cautiverio. Así, en la transfiguración Moisés fue visto hablando con nuestro Señor como representante de aquella Ley que Jesús mismo declaró que Él no había venido a destruir, sino a cumplir.^[17]

[En relación con este capítulo deben leerse los siguientes pasajes: Éxodo 1-2:22; 3:1-18; 15:1-12; 18:3-27; 20:1-21; 32:17-35; 33:7-11. Salmos 18:7-15; 78:43-54; 105:25-38].

NOTA SOBRE EL ÉXODO

No es fácil decidir la fecha exacta del éxodo de Egipto y el establecimiento de los hebreos en Canaán. Se ha descartado generalmente la versión que considera a Tutmosis III como el faraón de la opresión y sitúa el éxodo en el año 1447 a. C. durante el reinado de su sucesor Amenhotep II. Muchos eruditos consideran que Ramsés II fue el opresor (Éxodo 1:11) y fijan la fecha del éxodo en el reinado de Memoptah (1225-1215 a. C.). La pérdida del dominio de los egipcios sobre Palestina a partir de 1167 a. C. proporcionó a las tribus del desierto, dirigidas por Josué, una oportunidad para entrar en el país y establecerse en grupos aislados entre los habitantes naturales, situación fielmente reflejada en el libro de los Jueces. Las historias de este libro se apoyan en antiguas tradiciones, pero el autor no hizo el menor intento de dar a los episodios un orden cronológico, e incluso insertó los nombres de jueces acerca de los que no tenía nada que decir, con objeto de hacer llegar el total a doce.

Desde luego, si pudiera determinarse con seguridad la fecha del éxodo, esto tendría gran interés para los historiadores modernos; pero los escritores del Antiguo Testamento concedían poca importancia a la certeza de la

fecha en relación con las lecciones religiosas que podían entresacarse de la historia. Para ellos tenía una enorme importancia el que la huida de la «mansión del cautiverio» tuviera lugar por medio de un libertador enviado por Dios. Los maestros religiosos posteriores llamaban la atención hacia el pacto del Sinaí, y todo lo que esto implicaba, más que hacia las fechas históricas precisas.

IV. Canaán: conquista y colonización

LOS DATOS principales referentes a la entrada de los hebreos en la tierra de Canaán y su establecimiento en ella se encuentran en los libros de Josué y de los Jueces. Aquel periodo de su historia era, sin embargo, tan remoto al redactarse la narración, que había más de una tradición acerca de ello. La más antigua describe la entrada en Canaán, desde el este, de las tribus del desierto bajo la dirección de Josué, quien, después de dos batallas decisivas, logró una base en la meseta central, a la cual se dio más adelante el nombre de Monte de Efraín. Esta narración fue probablemente ampliada y revisada durante el Cautiverio por discípulos de los profetas, quienes la usaron como un medio para enseñar las verdades religiosas. Éstas se expresan claramente en la exhortación que dirigió Josué a sus seguidores poco antes de su muerte; en ella se ponen de manifiesto las desastrosas consecuencias de la infidelidad a Yavé y se incita a los hebreos a que le sirvan fielmente, «porque el Señor ha arrojado de delante de vosotros naciones grandes y poderosas»,^[1] y a no mantener trato alguno con los habitantes de Canaán. Los capítulos del 13 al 22 del libro representan el punto de vista de otro escritor, probablemente sacerdote,^[2] que vivió algún tiempo después del Cautiverio, y quien, sin tener en cuenta los hechos citados en el libro de los Jueces (cap. 1) ni los primeros capítulos del libro de Josué, cuenta que la conquista de Canaán fue terminada durante la vida de Josué. Por consiguiente, éste pudo dividir el país entre las doce tribus, que fijaron pacíficamente su morada en el territorio que se les asignó. En esta redacción final del libro de Josué, la historia está muy idealizada, y ciertas condiciones que solamente serían posibles durante el tiempo de Salomón fueron retrotraídas al periodo de la entrada en Canaán.

Después de la muerte de Josué, varios libertadores o «jueces» conservaron y extendieron el dominio de los hebreos resistiendo eficazmente todos los intentos de los cananeos para desalojarlos y derrotaron a madianitas, moabitas o ammonitas, quienes invadían con frecuencia el territorio al oeste del Jordán. El libro de los Jueces conserva solamente una selección de muchos de aquellos sucesos, alguno de los cuales puede haber estado incluido en «el libro de Jaser» o en las «Guerras de Yavé».

En su juventud, Josué, de la tribu de Efraín, había sido designado por Moisés para custodiar el Tabernáculo. Se había distinguido también como jefe de las fuerzas hebreas en una desesperada batalla con un ejército de amalecitas que trataron de impedir su marcha al norte de Cades.^[3] Estaba, por consiguiente, muy adecuadamente preparado para suceder a Moisés en un tiempo en que el valor y la capacidad militar eran necesarios además de la fe en Dios.^[4]

Tan pronto como Josué decidió atravesar el Jordán, hizo naturalmente algunos intentos para descubrir la condición del país antes de lanzarse al ataque. Dos individuos fueron enviados «a reconocer aquella tierra y la ciudad de Jericó», los cuales, habiendo atravesado el Jordán por los vados, llegaron fácilmente a la ciudad y

en ella lograron dar con una posada cuya dueña era Rahab. Allí supieron que el propósito de los hebreos de atacar la ciudad había llenado de terror a todo el país, terror expresado gráficamente por Rahab con las palabras: «El terror de vuestro nombre se ha apoderado de nosotros... y todos se han acobardado ante vosotros».^[5] El rey de Jericó supo que unos extranjeros habían entrado a la ciudad e intentó capturarlos; pero Rahab, cuya casa estaba en las murallas de la ciudad, los escondió y pudieron escapar durante la noche, habiendo prometido salvarla si los hebreos llegaran a adueñarse de la ciudad.

Josué comprendió que un audaz ataque tenía posibilidades de éxito y así se formó el plan de cruzar el Jordán frente a Jericó. Es probable que un desprendimiento de tierras río arriba contuviera las aguas, y Josué, que razonablemente atribuía aquel suceso providencial a la protección de Yavé a su pueblo, aprovechó audazmente aquello para lanzar al pueblo hebreo a través del cauce desecado.^[6] Entonces estableció su campamento en Gálgala, lugar marcado por un círculo de piedras, y allí la visión del príncipe del ejército de Yavé le incitó a atacar Jericó sin pérdida de tiempo.

El informe dado por los espías demuestra que los ciudadanos de Jericó temían la llegada de los guerreros del desierto y que tenían pensado entregarse; en verdad, si hubieran hecho cualquier serio intento de resistencia, se habrían apostado en las márgenes del Jordán, mientras los hebreos lo cruzaban. Josué desafió a la ciudad marchando en tomo a ella con todos sus hombres de guerra y después de poco tiempo «las murallas se derrumbaron»; en otras palabras, el rey de Jericó se rindió. En obediencia al *herem*, o anatema sagrado, toda la población, con excepción de Rahab y su familia, fue pasada a cuchillo como ofrenda a Yavé, que había alcanzado la victoria en beneficio de su pueblo; después fue arrasada la ciudad y se maldijo el lugar que había ocupado. Las generaciones posteriores supieron de esta maldición, y cuando Jiel, el betelita, reconstmuyó las murallas de Jericó, sacrificó a sus dos hijos para apartar los efectos de aquella maldición.^[7]

Josué decidió entonces penetrar en el país montañoso central en dirección a Siquem, en cuyas proximidades parece que ya se habían establecido algunas tribus hebreas. Luz, cuyo nombre se cambió por el de Bétel, fue traicionada por uno de sus habitantes,^[8] pero Ai resistió la primera embestida y fue tomada solamente gracias a un hábil ardid de Josué. El constante avance de los hebreos empezó a perturbar mucho, al cabo del tiempo, a los gobernantes cananeos de las altas tierras centrales. Algunos de los reyes locales eran partidarios de llegar a un acuerdo con los intrusos; otros, sin embargo, pensaban que, por medio de un ataque combinado de varias ciudades, las tribus del desierto podían ser arrojadas al otro lado del Jordán.

Cuatro ciudades de los gabaonitas hicieron un convenio o tratado con Josué,^[9] pero tan pronto como éste fue conocido, una confederación de ciudades-estado del sur, bajo el mando del rey de Jerusalén, atacó a los gabaonitas. Josué vino en ayuda de sus aliados, derrotó las fuerzas unidas y las echó valle abajo de Ayalón hacia

Betorón. Esta victoria fue tan decisiva y sus consecuencias tan importantes, que fue celebrada en un canto, semejante al atribuido a Miriam después de haberse librado los hebreos de la persecución del faraón, y al entonado por Débora después de la derrota de Sísara. El canto completo se encontraba originalmente en el libro de Jaser, pero las únicas líneas conservadas por el recopilador del libro de Josué son las siguientes:

Sol, detente sobre Gabaón;
Y tú, Luna, sobre el valle de Ayalón.
Y el sol se detuvo, y se paró la luna,
Hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos.^[10]

Los hebreos se aseguraron así una base firme en aquella parte de la meseta central a la cual, en honor a su caudillo Josué, dieron el nombre de Monte Efraín. Parece que el campamento se había trasladado desde Gálgala a Bétel, donde se levantó de nuevo el sagrado Tabernáculo,^[11] si bien fue trasladado después a Silo.^[12] Siquem, emplazada entre el Monte Ebal y el Monte Garizim, fue también ocupada y en ella enterraron el cuerpo embalsamado de José; el territorio de las inmediaciones fue asignado a Josué y allí fue enterrado «en la tierra de su posesión». Se dice que alzó en Siquem una piedra como testimonio de la promesa hecha por los hebreos de ser leales a Yavé y de servirle fielmente, «Porque Él es un Dios santo; un Dios celoso; Él no perdonará vuestras transgresiones y vuestros pecados».^[13]

En los escritos de Josué II podemos leer acerca de la conquista de Hazor por Josué. Las excavaciones modernas han demostrado que Hazor fue una ciudad de gran importancia y han confirmado también que su destrucción se llevó a cabo durante la época de Josué.^[14]

La misión de Josué fue llevar un paso más adelante la obra de Moisés y establecer las tribus nómadas en Canaán, porque «fue, según su nombre, grande en la salud de los elegidos del Señor... para poner a Israel en posesión de su heredad».^[15] Durante muchos años lucharon los hebreos por conservar lo que él había conquistado para ellos; pero transcurrieron cerca de doscientos años antes de que otro genio militar surgiera para consolidar y completar lo que Josué había comenzado tan satisfactoriamente.

[Deberán ser leídos los siguientes pasajes:

Josué 2:1-9, 12-24; 3:1, 14-17; 5:13; 6:27; 8:1-29; 9:3-9, 11-15; 10:1-27; 11:1-9; 24].

LA COLONIZACIÓN; EL PERIODO DE LOS JUECES

Al morir Josué los hebreos no habían conquistado aún Canaán.^[16] Se establecieron en aldeas formadas por tiendas sobre la meseta del Monte Efraín y resistieron todas las

tentativas de los cananeos a fin de desalojarlos; pero estaban separados de sus compatriotas del norte y el sur por fuertes ejércitos cananeos que eran capaces de conservar su posesión en los valles gracias a sus carros de hierro y que, protegidos por ciudades empalizadas o amuralladas, resistieron fácilmente todos los ataques hebreos. En el capítulo primero del libro de los Jueces se conserva un valioso relato del periodo que siguió a la muerte de Josué. Demuestra muy claramente que las gentes de Judá, de Caleb y de Quineo, en las cercanías del Hebrón, estaban separadas de los clanes de José, bajo la dirección de Efraín, por una fuerte línea de fortalezas cananeas, cuyas posiciones clave, Gazer y Jerusalén, estaban en manos de sus enemigos y en las que permanecieron hasta que David hizo de Jerusalén su capital.^[17] En el norte, la llanura de Esdrelón estaba en poder de los cananeos, quienes ocupaban las fuertes ciudades de Magedo, Dor, Taanac y Betsán, pues los hebreos «no arrojaron fuera a los habitantes» y en tiempos de paz «éstos vivían en medio de ellos»; esto es, que cananeos y hebreos fraternizaban e incluso se mezclaban en matrimonio. De tiempo en tiempo, como resultado de campañas como la de Débora, el poder cananeo era desafiado, se conquistaban nuevos territorios y la población nativa quedaba subyugada.

El periodo durante el cual los hebreos estuvieron en continua lucha para mantenerse en Canaán es conocido como la era de los Jueces. Éstos eran guerreros, libertadores y aun gobernantes que se destacaban por haber actuado con vigor en una época cualquiera de apuro. Cuando la crisis había pasado, los miembros de su propia tribu, o los hebreos que radicaban en la vecindad, apelaban casi inevitablemente a ellos para el arreglo de las disputas locales, y de esta manera llegaron a ser, en verdad, jueces y adquirieron jurisdicción local, que, no obstante, no pasaba de padres a hijos. El libro de los Jueces, en su conjunto, nos entrega una valiosa imagen de un periodo de la historia hebrea que se encuentra entre la vida nómada y la sedentaria vida agrícola, entre la entrada en Canaán y la fundación de la monarquía. Las ideas y las costumbres de los primeros fueron fielmente recogidas, la vida social de aquel periodo quedó vividamente descrita; así, este documento nos ayuda a llenar páginas de la historia de los hebreos que de otro modo quedarían en blanco. Comprendemos que, a despecho de su comunidad de origen y de su fe común, los hebreos tenían poco sentido de unidad y poca capacidad de organización política. A pesar de todo, la unidad temporal se produjo bajo la presión de los enemigos del exterior y se realizó siempre en nombre de Yavé. Así, la transitoria cooperación entre ciertas tribus fue preparando lentamente el camino para una unidad más permanente bajo la autoridad de un rey.

La narración más famosa del libro de los Jueces es la de Débora, quien inspiró a Barac, de la tribu de Isacar, a dirigir las tribus de Neftalí, Zabulón, Isacar, Efraín y Manasés contra los cananeos mandados por Sísara. Se envió un llamamiento también a las tribus de Rubén, Aser y Dan; mas éstas, bajo varios pretextos, no dieron ayuda alguna. La batalla tuvo lugar cerca de Magedo, y una violenta tempestad, que hizo

desbordarse al río Cisón, completó la derrota de los cananeos, pues los carros de guerra, en los que, como el faraón, habían confiado, se hundieron en el lodo y fueron inútiles. Los hebreos atribuyeron su triunfo al Señor de los Ejércitos que había venido desde su morada de Sinaí a ayudar a su pueblo oprimido.

Cuando tú, ¡oh, Yavé!, salías de Seir.
Cuando subías desde los campos de Edom,
Tembló ante ti la tierra, destilaron los cielos,
Y las nubes se deshicieron en agua.
Derritiéronse los montes a la presencia de Yavé,
A la presencia de Yavé, Dios de Israel.^[18]

Sísara fue muerto por una mujer quinea, de nombre Jael, en cuya tienda se había refugiado. El cántico de Débora, uno de los más antiguos trozos de poesía hebrea, alaba a los que se pusieron bajo la bandera de Barac, pues vinieron a ayudar a «Yavé contra los fuertes», y maldice a los que permanecieron al margen, porque le fueron desleales. La batalla fue considerada, como ocurría siempre en aquellos tiempos, como una batalla de Yavé, y la victoria solamente se debía a Él.

Perezcan así todos tus enemigos, ¡oh, Yavé!
Y sean, los que aman, como el Sol cuando nace con toda su fuerza.^[19]

Esto nos ayudará a comprender por qué fue Jael tan alabada por un acto que a nosotros nos parece horrible. Los más nobles maestros hebreos de los siglos VIII y VII a. C. habrían condenado ciertamente el asesinato deliberado de un hombre a quien se había ofrecido hospitalidad, aun en el caso de que Sísara, al ser herido de muerte por Jael, no la hubiera aceptado por el acto de beber; mas, la brutalidad de la época de Débora, ha sido reproducida fielmente en este viejo cántico, que celebra la victoria del pueblo de Yavé contra enemigos aparentemente irresistibles y refiere con entusiasmo la acción de Jael, quien tuvo el coraje suficiente para obrar rápida y eficazmente en un momento de crisis.

El capítulo 4 contiene una narración posterior, en prosa, de aquella batalla, la cual difiere en muchos detalles del poema y es mucho menos vivida e interesante. Es ciertamente útil porque nos muestra cómo manejaban sus materiales los escritores posteriores, y de qué manera una descripción poética —por ejemplo, la del golpe de Jael con el mazo de la tienda, mientras Sísara bebía— fue endureciéndose gradualmente en la versión en prosa, convirtiéndose en una descripción donde se dice que Sísara se tendió a descansar y Jael, con un mazo, clavó en la sien del guerrero dormido un clavo de los que sirven para fijar la tienda.^[20]

La leyenda de Gedeón, como la de Débora, revela que los hebreos estaban aprendiendo a actuar juntos en los momentos de crisis, y de esta manera se logró una cierta unidad, aunque no fuera sino temporalmente; la unidad nacional había de llegar

a realizarse, y así la obra comenzada por Moisés, durante aquel periodo nada prometedor, dio otro paso adelante.

Gedeón, que era abiezerita, se distinguió primeramente como campeón de Yavé destruyendo el altar cananeo en su propio pueblo de Ofra. Muchos hebreos, que aprendían de sus vecinos cananeos a cultivar la tierra, no veían mal alguno en llevar ofrendas a los dioses cananeos de la naturaleza, los cuales, según creían, les daban abundantes cosechas.^[21] Gedeón comprendió que la unidad nacional debía estar fundada en la fidelidad a Yavé, y solamente confió en Él cuando, con su pequeño grupo de hombres decididos, atacó por sorpresa a los merodeadores madianitas que habían penetrado en el valle de Jezrael. El grito de guerra de los hebreos era: «Espada por Yavé y por Gedeón», y la victoria fue justamente atribuida a la ayuda del Señor. Los hombres de Efraín se unieron en la persecución y capturaron a los jefes enemigos Oreb y Zeb, el Cuervo y el Lobo; pero estaban resentidos por el abandono de Gedeón al principio de la lucha y éste tuvo cierta dificultad para apaciguarlos.^[22] Como prueba de gratitud, algunas tribus ofrecieron a Gedeón la corona de rey, pero él rehusó este título. Sin embargo, después de su muerte uno de sus hijos menos nobles, Abimelec, se apoderó de su puesto y gobernó en Siquem, donde los hebreos y los cananeos parecen haber fraternizado tan completamente que celebraban juntos una fiesta de la recolección. Abimelec era hombre cruel y vengativo que asesinó a todos sus medio-hermanos, excepto uno, llamado Jotán, quien dio expresión a la opinión corriente sobre aquél en la parábola de los árboles.^[23] La muerte de Abimelec a manos de una mujer fue considerada como un juicio de Dios: «Así hizo caer Dios sobre la cabeza de Abimelec el mal».

Un tercer juez, Jefté, igual que David durante la época que vivió desterrado, era capitán de una banda de forajidos que vivían al este del Jordán; a él acudieron los hebreos pidiéndole que se pusiera al frente de ellos cuando los ammonitas invadieron su tierras. En Mazfa se entrevistó Jefté con los ancianos, y llegaron a un acuerdo; juraron ante Yavé que si triunfaban, él sería jefe de Galad. Antes de comenzar una batalla era práctica común de todos los pueblos semíticos hacer la promesa de ofrecer al dios de la comarca una parte del botín conquistado; a esto se le llamaba el *herem*, o sagrada ley.^[24] Jefté, por consiguiente, que esperaba la victoria, prometió, si triunfaba, sacrificar a Yavé a quien viniera primero de su casa a encontrarse con él. Su victoria fue completa; pero para su gran dolor y desesperación fue su hija quien salió a recibirle al frente del grupo de mujeres que venían a felicitar a los guerreros victoriosos, y, a causa de su voto, se vio obligado a sacrificarla, aunque era su hija única. Al conocer ella la causa de su dolor, se ofreció noblemente a pagar el precio de la victoria: «Padre mío, si has abierto tu boca a Yavé, haz conmigo lo que de tu boca salió, pues te ha vengado Yavé de tus enemigos, los hijos de Ammón». Pidió sólo una demora de dos meses durante los cuales pudiera llorar su destino. El escritor de esta leyenda creía que un festival de primavera que celebraban las doncellas hebreas se fundaba en este episodio. Los sacrificios humanos, aunque frecuentes entre los

cananeos y otros pueblos semitas, eran raros entre los hebreos y fueron condenados por todos sus grandes maestros;^[25] pero en todas las épocas de decadencia religiosa reaparecían, y todavía se practicaban de vez en cuando en Jerusalén en época tan tardía como el reinado de Manasés.^[26]

Las leyendas sobre Sansón tienen poca base histórica; pertenecen más bien a ese tipo de leyendas sobre hombres fuertes que pasan de padres a hijos y que no pierden nada al contarse. Sansón fue un héroe tribal cuya fuerza maravillosa y hazañas singulares le hicieron famoso. Estas leyendas tienen interés principalmente porque revelan las condiciones de vida en las aldeas de Sefela en los días en que los filisteos, quienes se asentaron en la llanura marítima más o menos en la misma época en que los hebreos se instalaron en la meseta central, se iban convirtiendo en un pueblo poderoso e intentaban —con todo éxito— arrojar a la tribu de Dan y a otros hebreos fuera de los valles que se encuentran entre las montañas Sefela. En los días de Sansón vemos los principios de aquel prolongado conflicto entre los filisteos y los hebreos, que hizo necesaria la monarquía y en el cual desempeñaron parte principal Saúl y David, conflicto que sólo terminó cuando David tomó Jerusalén.

Los hombres de Dan, a cuya tribu pertenecía Sansón, eran pocos y temían a sus superiores, los filisteos. Sansón era hijo de padres devotos, y su gran fuerza era considerada como don de Yavé, a quien fue ofrecido antes de su nacimiento. En su mocedad, sus correrías, su astucia y las jugarretas que hacía a los filisteos le hicieron el héroe de la región. Pero al fin fue capturado por sus enemigos, quienes le sacaron los ojos y halló la muerte en la ciudad de Gaza.^[27]

La narración acerca de Mica y sus imágenes es un añadido a las leyendas sobre los jueces; pero hace avanzar un paso más la historia de la tribu de Dan y explica el origen del famoso santuario septentrional en Dan. Incidentalmente arroja mucha luz acerca de las sencillas y un tanto rudas ideas religiosas de un periodo muy lejano de la historia hebrea, y tiene, por consiguiente, un considerable valor histórico. Mica, hombre acaudalado y respetable que habitaba en la comarca montañosa de Efraín, poseía su propio santuario privado; había robado la plata a su madre; mas, temeroso de su indignada maldición, pues ella la había ofrecido a Yavé, se la devolvió. Parte del dinero se empleó en un *efod*^[28], para usarlo en su santuario o casa de los dioses, donde al principio ofició como sacerdote uno de los hijos de Mica; el resto fue empleado en la cubierta metálica del *terafim*.^[29]

Cuando en una ocasión un viajero levita de la tribu de Judá pasó por ahí, Mica se apresuró a utilizar sus servicios, ya que los levitas eran los oráculos oficiales. Así, pues, hizo del levita su capellán privado en lugar de su hijo y le ofreció «diez siclos de plata al año, vestidos y comida». Pasado algún tiempo, el lugar fue visitado por cinco guerreros de Dan, quienes habían sido enviados fuera de su comarca a buscar nuevas tierras para sus familias, ya que habían tenido que buscar refugio en las montañas huyendo de los filisteos que avanzaban. Conocieron al joven levita de Mica y le pidieron consejo por medio del efod. El levita les dijo que tendrían éxito en su

empresa y bendijo su expedición. Habiendo hallado un lugar conveniente, toda la población de Dan emigró hacia el norte, y pasaron de camino cerca de la aldea de Mica. Los cinco guerreros visitaron nuevamente al joven levita y le hicieron ver que la posición de sacerdote de una tribu era muy superior y más atractiva que la de sacerdote de un individuo. Parece evidente que recibió con agrado su sugestión, pues «alegrósele el corazón» y no hizo protesta alguna cuando los hijos de Dan tomaron las imágenes de su patrón para consagrar su nueva morada en el valle, cerca de Betroom. Mica persiguió a los ladrones, esperando recobrar sus imágenes; pero nada pudo hacer. «Lleváronse, pues, lo que había hecho Mica, y el sacerdote que tenía; y marcharon contra Laís». Después de pasar a filo de espada a todos los habitantes, incendiaron la ciudad y edificaron otra a la que dieron el nombre de Dan. El narrador de esta leyenda parece ser de la tribu de Judá, y ve en el santuario de Dan un mal a través de toda su historia. La narración tiene considerable fuerza y no poca habilidad dramática; pero su importancia estriba en el cuadro que presenta de la religión popular de aquella época.

En las últimas páginas del libro de los Jueces y en las primeras páginas del I Samuel, encontramos que los filisteos son el poder dominante en el territorio situado al oeste del Jordán, y que los hebreos, desarmados y sin caudillos, se habían convertido en sus siervos.^[30] Los filisteos o pelishtim, son identificados generalmente con una banda de piratas, conocida como los púasati, quienes, después de ser arrojados del Delta por Ramsés III hacia el año 1200 a. C., bajaron hasta las costas de Canaán donde se establecieron. Su lugar de origen era quizá Creta, llamada Kaphtor por los hebreos^[31] y Keftiu por los egipcios. Llevaban un tocado de plumas algo semejante al de los norteamericanos. Tan poderosos llegaron a ser estos filisteos que dieron a Canaán el nombre de Palestina, que nosotros empleamos todavía para referirnos a esa tierra.

[Deben leerse los siguientes pasajes:

Jueces 5 (El cántico de Débora); 6:11-32; 7-8:28 (la historia de Gedeón); 11:1-11, 29-40 (Jefté); 17 y 18 (la invasión de los hijos de Dan)].

V. La fundación de la monarquía

LOS DOS libros de Samuel unidos al I y II de los Reyes forman un conjunto que relata la historia de la monarquía hebrea desde que fue establecida por Samuel hasta la caída del reino de Israel en el año 721 a. C., y la destrucción de Jerusalén en 586 a. C. En la versión griega del Antiguo Testamento, se les llama libros I, II, III y IV de los Reinos, título mucho más correcto. Debe recordarse en primer lugar que las historias más antiguas de los libros de Samuel fueron transmitidas durante muchos años oralmente, en forma de cuentos y cantos populares, antes de ser escritas por un profeta, o por los discípulos de un profeta, en diferentes periodos que abarcan desde el siglo IX al VI a. C. En segundo lugar, más de una versión del mismo acontecimiento circulaba por diferentes lugares de Palestina, y el recopilador incluía con frecuencia ambas en su narración, sin tener la menor preocupación por las flagrantes contradicciones que presentaban a todo lector atento. Por ejemplo, hay dos narraciones completamente contradictorias de la participación de Samuel en el origen de la monarquía y de la presentación de David a Saúl. En tercer lugar, los hebreos incluyeron estos libros en la sección del Canon llamada «los primeros profetas». Los autores, profetas ellos mismos o discípulos de los profetas, no pretendían recoger los hechos escuetos de la historia hebrea, sino interpretarlos. De aquí resulta que dieron importancia a todo lo valioso desde el punto de vista de la religión —v. gr.: el reinado de Ajab—, y pasaron ligeramente sobre periodos en los cuales el interés principal era político —v. gr.: el reinado de Omri.

La historia del establecimiento de la monarquía hebrea nos presenta tres caracteres principales. El profeta Samuel fue el primero en comprender que las tribus hebreas necesitaban un rey; eligió a Saúl, quien en unión de su caballeroso hijo Jonatán asestó los primeros golpes eficaces al poder de los filisteos. Después de su muerte, David continuó y completó su obra y asentó firmemente la monarquía hebrea en Jerusalén. Pertenecía Samuel a la tribu de Efraín; fue dedicado a Yavé desde su nacimiento y llevado a Silo, donde el Arca estaba a cargo de un anciano sacerdote llamado Helí. Cuando Samuel era aún joven, los filisteos atacaron resueltamente a los hebreos, quienes llevaron el Arca al campo de batalla, pues por este medio confiaban en obtener la victoria. Los hebreos fueron derrotados, el Arca capturada, Silo arrasada y los victoriosos filisteos se adueñaron por más de medio siglo de la comarca situada al oeste del Jordán.^[1] El Arca, que para los filisteos era naturalmente el dios hebreo, fue llevada al santuario de su propio dios, Dagón, en Azoto, como parte del botín de guerra. Pero estalló la peste allí, y como se creyó que era debida a la cólera del dios hebreo, el Arca fue trasladada a Gaza; también allí se presentó la misma calamidad. Así, después de haberse presentado la peste en cada una de las cinco ciudades filisteas, el Arca fue transportada a Quiriat-Jearim en las montañas Sefela y puesta bajo la custodia de un hebreo llamado Abinadab, cuyo hijo Eliezer fue consagrado

para que la custodiase.^[2] Allí permaneció el Arca hasta que David derrotó a los filisteos y fue lo bastante fuerte para llevarla en triunfo a su nueva capital, Jerusalén.

Cuando se habla de nuevo de Samuel, es ya un anciano que vive en Rama y es famoso como vidente. Ejerció una considerable influencia sobre los hebreos de las cercanías y les inculcó sus propios ideales religiosos y políticos. Él fue el primero que comprendió que, si los hebreos habían de llegar a dominar toda la tierra de Canaán, tenían forzosamente que arrojar a los filisteos de la meseta central. Para conseguir esto, era esencial no sólo la unidad fundada en una renovación de la devoción al Dios nacional, sino al mismo tiempo la elección como jefe nacional de un hombre que pudiera inspirar entusiasmo por sus grandes cualidades personales y por su capacidad, y quien, bajo el título de rey, pudiera transmitir su autoridad a su sucesor. Samuel se dedicó a estos dos objetivos y educó para ello a un grupo de individuos, llamados «hijos de los profetas», que iban de lugar en lugar enseñando dos cosas: fidelidad al Dios nacional, Yavé, y lealtad a la nación representada en la persona del rey; pero no fue en modo alguno tarea fácil encontrar el hombre que en justicia mereciera ser rey.

Mientras buscaba varias asnas extraviadas, Saúl, hijo de Quis, benjaminita, fue presentado a Samuel en Rama. Bien pudo el profeta haber oído hablar de él con anterioridad, o bien pudo haberle llamado la atención por su aspecto, pues Saúl era un hombre alto y apuesto. Samuel le concedió el asiento de honor en el sacrificio que se celebraba en una colina fuera de la ciudad y aquella noche habló con él en la terraza de su casa. A la mañana siguiente le ungió en privado y le dijo que esperara una oportunidad favorable para presentarse como jefe de los hebreos; entonces Samuel le proclamaría ante el pueblo y le ungiría públicamente como rey.

Algún tiempo después, Jabes Galad, ciudad hebrea situada al este del Jordán, fue atacada por Najas, rey de los ammonitas, quien amenazó con mutilar a los habitantes si no capitulaban dentro de un plazo de siete días. Mensajes de la ciudad sitiada lograron llegar a Gueba, donde vivía Saúl. El momento que Samuel esperaba había llegado por fin, y Saúl se destacó inmediatamente como caudillo. Exigió la ayuda de sus vecinos por medio de una eficaz, aunque bárbara, forma de mensaje. Una pequeña pero vigorosa fuerza combatiente se reunió en Bezec casi frente a Jabes, y atacando por sorpresa a los ammonitas salvó la ciudad.^[3] Esta victoria reveló el valor y la astucia de Saúl y fue proclamado rey en Gálgal.

Saúl inicia así lo que sería la obra de su vida. Ayudado por la fuerza religiosa de las tribus hebreas, su misión fue emprender una guerra sin término contra los filisteos que habían oprimido largo tiempo a los hebreos y que en aquel tiempo dominaban Palestina.^[4] La señal de la rebelión hebrea fue dada por Jonatán, hijo de Saúl, quien atacó a la guarnición filistea de Gueba. Los filisteos reunieron sus fuerzas y Saúl hubo de retroceder; algunas de sus gentes huyeron atravesando el Jordán, otras se escondieron en cavernas y entre la maleza; incluso los que acompañaban a Saúl estaban descorazonados. Jonatán y su escudero infligieron el primer golpe a los

filisteos acampados en Mijmas; Saúl envió fuerzas en auxilio de su hijo y ganaron una gran victoria sobre los filisteos, quienes huyeron a través del Monte Efraín, valle Ayalón abajo. Mientras reinó Saúl, «la guerra contra los filisteos fue encarnizada»; pero nosotros no daremos aquí sino los detalles de una sola campaña contra ellos, que fue la última.

Desgraciadamente, hubo un serio rompimiento entre Saúl y Samuel. Saúl carecía de verdadero sentimiento religioso y su naturaleza no respondía a impresiones religiosas. No fue capaz de reconocer que hay una ley que está por encima del rey, y a causa de esto se resintió por la acción de Samuel, cuando éste le reprendió por no hacer caso de lo que entonces era considerado como un importante deber religioso.^[5] Al lograrse una victoria, la costumbre obligaba a ofrecer la destrucción de todos los prisioneros y del botín, y especialmente la muerte del rey. Se hacía esto como expresión de gratitud a Yavé, que había concedido la victoria, y también como signo de completa renunciación a todo provecho de la victoria misma. La disciplina moral que esto implica justificaría al escritor que lo llama «la palabra de Dios».^[6] Cuando Saúl estaba a punto de declarar la guerra a los amalecitas, Samuel proclamó la «guerra santa», y le dijo que había de destruirlos completamente y no perdonar a ningún prisionero ni guardar ningún botín. Pero Saúl, habiendo derrotado a los amalecitas, destruyó todo lo malo y sin valor, pero perdonó al rey Agag y guardó todo lo mejor. En el camino de regreso se encontró con Samuel, quien le reprendió por su desobediencia y por la omisión de un deber religioso, y él mismo mató a Agag en el santuario de Gálgal recordando a Saúl que «mejor es la obediencia que las víctimas y mejor escuchar que ofrecer el sebo de los carneros».^[7]

Samuel se daba perfecta cuenta de que el bienestar de la nación dependía en mucho del carácter del rey y especialmente de su fidelidad a Yavé. Saúl lo había desilusionado completamente, porque un hombre tan falto de principios no podía llevar a término la obra que se le había confiado. El rey debe presentarse ante su pueblo como un ejemplo de obediencia a la voluntad de Dios, declarada por boca de su servidor, el profeta, y así ayudarlo a llevar adelante, como nación, la misión que Dios les había encomendado. Saúl era valiente, caballeroso y capaz, y aun el pueblo mostró sorpresa cuando oyeron por primera vez que había sido visto en compañía de los profetas.^[8] Al final Samuel tuvo que buscar un sucesor al hombre del que tanto había esperado.

Existe otra narración posterior y menos histórica de las relaciones de Samuel con Saúl. En ella Samuel aparece como *juez*; el *pueblo* pide un rey —petición que Samuel considera como contraria a la ley divina— y persiste en su demanda a pesar del cuadro que Samuel les presenta de lo que es la rapacidad real.^[9] Saúl es *elegido a la suerte* en *Masfa* y Samuel reprocha de nuevo al pueblo su ingratitud para con Yavé, cuya cólera se manifiesta con una tempestad de rayos y truenos durante la recolección del trigo. Esta narración (contenida en los caps. 7, 8, 10:17-24, 12) es menos histórica que la otra, porque:

- a. La descripción de la monarquía que se encuentra en 8:11-18 corresponde a las dolorosas experiencias del reinado de Salomón y de sus sucesores;

- b. Samuel incluye su propio nombre (12:11) entre los de héroes famosos;
- c. 7:13 dice que «no volvieron los filisteos más contra la tierra», afirmación que no está de acuerdo con 14:52, donde se describe bien el estado de cosas durante todo el reinado de Saúl.

Por estas razones, como por otras, se ha considerado esta narración como inferior en precisión histórica a la contenida en I Sam. 9-10:18; 11.

Samuel no hizo el menor intento de destronar a Saúl; pero pensó que era la voluntad divina que a la muerte de Saúl pasara la corona a otra familia. Así, pues, buscó el hombre que necesitaba fuera de la tribu de Benjamín, a la que pertenecía Saúl, y lo halló en David, hijo de Isaí, de la tribu de Judá, al cual ungió secretamente. Desde su desavenencia con Samuel, Saúl era víctima de accesos morbosos de melancolía, y sus servidores le recomendaron que buscara en la música remedio a su estado, que ellos atribuían a un espíritu maligno. En consecuencia, enviaron a buscar a David, a quien se describe como hombre de agudo ingenio, valiente, discreto y experto en música. Hombre ya de edad madura, renombrado por sus hazañas guerreras, pues, como capataz de los pastores de su padre, tenía experiencia combatiendo y rechazando los ataques de salteadores. Por consiguiente, fue aceptado por Saúl, que deseaba alistar a todo hombre valeroso en su lucha contra los filisteos.^[10] Saúl había conocido y tratado a sus padres, porque él mismo hubo de pedir permiso al padre para retener a David como escudero suyo.^[11] Con el tiempo, David llegó a ser jefe de un grupo de guerrilleros, y en esa función demostró tal capacidad militar que Saúl lo promovió a un puesto superior. Alcanzó David gran popularidad entre los hebreos a causa de sus numerosas incursiones victoriosas contra el enemigo nacional; las mujeres salían a dar la bienvenida a él y a sus hombres al regreso de aquellas correrías con cánticos que desgraciadamente despertaron feroz envidia en Saúl. Éste puso en práctica, por consiguiente, varios medios para deshacerse de él.^[12]

Existe una segunda narración, posterior, de la presentación de David a Saúl. Parece ésta debida más bien a la tradición popular que a la historia propiamente dicha, y tiene, por lo tanto, menos valor. Las dos narraciones son absolutamente irreconciliables y difieren en casi todos los detalles. Según esta narración popular posterior:

- a. David era un muchacho pastor (17:33), inexperto en cosas de guerra (17:38), y totalmente desconocido para Abner y Saúl (17:56-58);
- b. En II Sam. 21:19 (cf. I Sam. 17:1-7), nos encontramos con que Goliat fue muerto por un amigo de David, un betlemita llamado Elijanán; una tradición posterior ha trasladado la hazaña del guerrero a su real señor;
- c. Hay dos serias faltas de conexión en I Sam. 17:54: 1) David no podía haber llevado a Jerusalén la cabeza de Goliat, porque esta ciudad estuvo en manos de los jebuseos hasta que, algunos años más tarde, David la tomó e hizo de ella su capital; 2) si David fuera solamente un muchacho pastor, desconocido para Saúl y sus soldados, ¿podría haber tenido una tienda?
- d. I Sam. 29:4-5. Los filisteos nobles conocían el canto en alabanza de David, pero no revelan conocimiento alguno de que éste hubiera matado a un campeón filisteo. El recopilador del libro de Samuel incluye acertadamente esta última narración en virtud de la importante lección religiosa que contiene. (I Sam. 17:37, 46, 47).

Durante todo este periodo, David tuvo amigos en la familia de Saúl; porque Jonatán, el caballeroso hijo de Saúl, le fue siempre leal y trató de ayudarlo de diversas maneras, y se casó con Micol, hija de Saúl; no obstante, Saúl puso hombres en acecho de la casa de David con intención de que lo asesinaran en cuanto hubiera una oportunidad. Esta estratagema fue frustrada por la sagacidad de la esposa de David, quien, después de haberle ayudado a escapar, engañó a los mensajeros de Saúl colocando un terafim o imagen en su lecho y cubriéndolo con una gruesa manta, prenda habitual exterior que se usaba también para dormir, pretendiendo que su esposo estaba enfermo. Los rabís dicen que Micol usó una piel de cabra para simular el cabello de David.

Convencido de que Saúl estaba resuelto a matarlo, David huyó hacia su antigua morada, deteniéndose en Nob, el santuario adonde los sacerdotes se habían trasladado cuando los filisteos destruyeron Silo. El Arca no estaba ahí, pues continuaba en Quiriat-Jearim; pero el sumo sacerdote, Ajimelec ben Ajitob, tenía bajo su custodia el efod y otros instrumentos del santuario. Quedó muy sorprendido al ver que el yerno del rey venía solo y sin guardia; pero sus sospechas quedaron desvanecidas cuando David explicó que llevaba misión especial de Saúl. Así, David consiguió alimento, aunque el único pan disponible que había era el pan de proposición o «pan de la presencia»,^[13] y una espada, que se decía fue de Goliat.^[14] Desgraciadamente, un pastor de Saúl fue testigo de lo tratado, y Ajimelec y la mayor parte de los sacerdotes fueron condenados a muerte por orden de Saúl. Abiatar, hijo de Ajimelec, pudo escapar con el sagrado efod y buscó refugio con David; desde entonces la causa de David recibió el apoyo de los sacerdotes de Yavé y la de Saúl se debilitó por ello. A partir de aquel momento, el rompimiento entre Saúl y las fuerzas religiosas de la nación fue completo.

David buscó refugio en la fortaleza de Odulam, a unos 19 kilómetros al oeste del sur de Belén, donde se le unieron sus parientes, que temían las represalias de Saúl, y una banda de cuatrocientos fugitivos de la ley, muchos de los cuales no eran hebreos; con estos individuos vivió durante varios años una vida llena de peligros y aventuras. Defendió a los ciudadanos de Queila contra las invasiones de los filisteos y protegió a los ganaderos de las cercanías contra los ataques de los beduinos; por estos medios enseñó a sus hombres a pelear y recibió de aquellos a quienes se unió ayuda en especie. Algunas veces, no obstante, esta razonable petición fue rehusada, como ocurrió en el caso de Nabal, un rico calebita que, durante la fiesta del esquila, que desde tiempos remotos era una temporada de festejos y de generosa hospitalidad, no solamente se negó a hacerle el acostumbrado presente, sino que insultó a David y a sus hombres. Su esposa Abigail, sin embargo, era «mujer de mucho entendimiento» y, habiendo oído referir a sus sirvientes cuán benévola había sido la conducta de David, tomó rápidas medidas para aplacarlo. Después de la muerte de su marido llegó a ser una de las esposas de David.

David se había convertido ya en un jefe de importancia en el sur de Palestina, puesto que dirigía un cuerpo de audaces guerreros. Saúl trató más de una vez de capturarlo, y en aquella persecución el rey quedó en cierta ocasión a merced de David; pero el capitán de forajidos fue sordo a las demandas de Abisai ben Sarvia, que hubiera matado a Saúl a traición, y perdonó al ungido de Yavé, aunque éste le había perseguido «como se persigue por los montes a una perdiz».^[15] Durante aquellos años sirvió a Aquis rey de Gat, no como hebreo fugitivo, sino como valioso aliado. Aquis recibió con satisfacción aquella adición a sus fuerzas y se reconoció la posesión de Siceleg a David y a sus hombres, pues David no quería estar bajo la vigilante mirada de Aquis para evitar así que el rey filisteo le obligara a atacar el territorio hebreo. David hostigó los pueblos vecinos no israelitas en el Negueb o comarca del sur, y de esta manera benefició tanto a los hebreos como a los filisteos, para quienes las incursiones de aquellas tribus del desierto era continua fuente de trastornos. Dando muerte a los prisioneros evitó que Aquis supiera demasiado acerca de lo que estaba haciendo.

Al fin los filisteos se decidieron a atacar a los hebreos con grandes fuerzas. Su ruta seguía a lo largo de la llanura de Sarón, atravesando el paso de Magedo, y continuaba por el valle de Jezrael, y David fue invitado a acompañar a su aliado, el rey de Gat. Por fortuna los nobles filisteos desconfiaban de él y le pidieron que retornara a su hogar por miedo a que durante la batalla se pasara al enemigo. David sintió gran alivio, porque estaba decidido a no pelear contra Saúl. Así, pues, él y sus hombres, manifestando su descontento por aquello, se retiraron a Siceleg. Saúl, ayudado por Jonatán y Abner, avanzó hacia el norte con todas las fuerzas que pudo reunir. Pero Saúl estaba profundamente deprimido; Samuel había muerto y Abiatar se había unido a David, y de este modo el rey se halló desprovisto de todo apoyo religioso y de la sanción consiguiente. Su angustia le hizo consultar a una mujer de Canaán que vivía en Endor, la cual alardeaba de averiguar el futuro y de comunicarse con los muertos. Al turbado rey le pareció ver a Samuel, quien le anunció su próxima derrota por los filisteos, su muerte y la de sus hijos.

Al día siguiente, los filisteos atacaron a los hebreos y, a pesar de que Saúl había elegido una buena posición defensiva en las vertientes del Monte Gélboe, fue dominado por el número y arrojado de este lugar. Los restos de su ejército huyeron a través del Jordán. Saúl, gravemente herido, fue perseguido tenazmente por los filisteos, y encontrando imposible la fuga, pidió a su escudero que lo matara. El escudero se negó a ello, en vista de lo cual Saúl se echó sobre su propia espada y el escudero siguió su ejemplo. Saúl, Jonatán y otros dos hijos más sucumbieron en el campo de Monte Gélboe. Los filisteos colgaron sus cuerpos de las murallas de Betsán y enviaron sus cabezas y sus armaduras como trofeos de guerra al santuario de sus dioses. Pero los hombres de Jabes Galad, recordando que Saúl había arriesgado su vida para salvarlos, fueron durante la noche a rescatar los cuerpos y los enterraron en Jabes, donde hubo grandes lamentaciones por el rey.

Entretanto David, a su regreso de Siceleg, encontró que había sufrido una incursión de los amalecitas y que las mujeres y los niños habían sido raptados. En unión de sus hombres persiguió y alcanzó a los captores, rescató a las mujeres, puso en fuga a los salteadores y regresó a Siceleg. Dos días después se presentó allí un fugitivo amalecita, quien notificó a David el desastre y la suerte fatal de Saúl y Jonatán.^[16]

La bella elegía conocida como el Canto del Arco, fue compuesta por David en honor de Saúl y Jonatán, y ha sido conservada casi intacta en el libro de Jaser. Se trata de un magnífico epicedio, prueba de leal amistad, y honra por igual al rey difunto y a su hijo Jonatán. Samuel había fallecido en Rama poco tiempo después de que David se puso fuera de la ley; no vio la derrota de su pueblo en Monte Gélboe ni la realización de sus esperanzas en David. Fue el profeta Samuel quien comprendió antes que nadie que el único modo de asegurar la existencia, como nación, de los hebreos, era unirlos bajo la autoridad de un rey que los protegiera contra los enemigos y contra las desavenencias entre ellos mismos. Comprendió que un grupo de clanes, si cada uno trabajaba por sus propios intereses, no conseguiría jamás conquistar aquella libertad sin la cual los hebreos no podrían cumplir con el destino que Yavé les había trazado. Para él, la religión y la política eran inseparables. Por consiguiente, les dio un punto donde se centraban las esperanzas y las aspiraciones de la nación en la persona del primer rey, Saúl, rey típico en lo que se refiere a la apariencia personal, a la capacidad militar y a la energía, pero falto de aquellas cualidades más finas, religiosas y morales, que son esenciales a toda verdadera grandeza. Samuel parece ser también el fundador de aquellos cuerpos de entusiastas adoradores de Yavé, los hijos de los profetas, quienes ayudaron a mantener vivo el culto de Yavé en tiempos de defección o de persecución, y quienes fueron maestros populares en las aldeas y fieles sostenedores de hombres mejores que ellos.

[Deben leerse los pasajes siguientes:

I Sam. 3:1-10; 4:1 a 7:2 (historia del Arca); 9:1 a 10:16; 11; 13:1-7,19-23; 14:1-46, 52; 15 (la primera leyenda de Saúl); 16:14-23; 18:5-9 (presentación de David a Saúl); 19:11-17 y 20:1-10, 17-39 (fuga de David).

Las narraciones contenidas en estos capítulos deberán ser comparadas cuidadosamente con la narración posterior que se encuentra en los capítulos 7:3-8:22; 10:17-24; 12; 17:1-18:4.

I Sam. 22:1-2; 23:1-13; 25-27 (aventuras de David); 28-31 (la campaña filistea); II Sam. 1:17-27 (elegía de David por Saúl y Jonatán)].

VI. La monarquía: David y Salomón

LA HISTORIA de David, primero como rey de una tribu del sur y después como rey de todos los hebreos, se encuentra en II Samuel y I Reyes, capítulos 1 y 2. El primer libro de las Crónicas (caps. 11-29) contiene también una narración de su vida y de su obra, pero es menos valiosa desde el punto de vista estrictamente histórico.^[1] La relación del reinado de David que encontramos en II Samuel se deriva principalmente de un fidedigno documento histórico muy antiguo que contenía también la historia de Samuel y de Saúl. El autor de esa narración consideraba la monarquía como una dádiva otorgada por Yavé; trazó cuadros llenos de vida y tenía dotes naturales para la descripción dramática. Escribió probablemente a fines del siglo X o en los comienzos del IX a. C.

Después de la muerte de Saúl, David avanzó hasta Hebrón, donde fue proclamado rey de la tribu de Judá. Como los filisteos no le molestaran, probablemente porque durante algún tiempo siguió siendo su vasallo, fue afirmando gradualmente su posición y reunió a su lado una fuerte guardia de valientes y expertos guerreros. En Majanaim, al este del Jordán, los restos de las tropas de Saúl se habían reunido bajo el mando de Abner, jefe del ejército de Saúl, quien puso en el trono a Isbaal, el único hijo superviviente del rey; era un gobernante débil y el poder estaba realmente en manos de Abner. El oeste del Jordán, desde el valle de Esdrelón hasta los valles situados al sur de Jerusalén, parece haber sido dominio de los filisteos, quienes establecieron posiciones fortificadas en importantes puntos estratégicos y de esta manera tenían bajo su poder a la población hebrea.^[2]

Abner pronto comprendió que Isbaal no era el hombre capaz de unir a los hebreos y dirigirlos contra los filisteos. Por consiguiente, hizo proposiciones a David y le prometió conseguirle el apoyo de los partidarios de Saúl. Desgraciadamente existía una sangrienta rencilla entre Abner y Joab, primo de David y segundo en el mando.^[3] Este último, por consiguiente, no fue consultado acerca de los planes de Abner, y cuando, a su vuelta de una correría, supo que aquel guerrero había tenido una entrevista con David, buscó una oportunidad para matarlo traidoramente. Así casi destruyó la propuesta unión de los clanes divididos. David no solamente juró su propia inocencia, sino que escribió un canto fúnebre en honor de Abner y se lamentó en público por su muerte.^[4] Esto convenció a los hebreos de su sinceridad y siguieron haciéndose planes para la unión. Isbaal fue asesinado por dos de sus soldados, y una vez muerto el último guerrero de la familia de Saúl, no había ya obstáculo alguno para la unión de los clanes. Así, pues, los ancianos enviaron una diputación a David pidiéndole una vez más que fuera su jefe contra el enemigo nacional. Estos clanes norteños, conocidos después con el nombre de Israel, eran evidentemente bastante fuertes para imponer sus condiciones; porque un pacto o carta de derechos fue aprobado antes de que David fuera ungido como rey de todo Israel en el santuario de

Hebrón.^[5]

Cuando estas noticias llegaron a los filisteos, comprendieron éstos que David estaba decidido a intentar audazmente la reconquista del territorio perdido por los hebreos; por esta razón determinaron anticiparse y atacarlo antes de que reuniera sus fuerzas. David se vio obligado en un principio a retirarse a su vieja fortaleza de Odulam, mientras los filisteos se apoderaban del sistema de valles conocido por el nombre de Refaim, que está situado entre la fila de crestas de las montañas Sefela y Belén. David, sin embargo, infligió dos derrotas tan aplastantes a los filisteos, que éstos fueron arrojados de la meseta central y en lo sucesivo quedaron confinados a las cinco ciudades en la llanura marítima.

David se hallaba ahora en condiciones de atacar Jerusalén, famosa ciudad que se menciona por primera vez en la correspondencia de Tell-el-Amarna, donde se le llama *Ura-sa-lim*. Los hebreos no habían sido nunca capaces de arrancársela a los cananeos o a los jebuseos;^[6] pero David, comprendiendo que era admirablemente adecuada para ser capital del ya unido Israel, a causa de su posición central y con fuertes defensas naturales, decidió entrar en posesión de ella. Un atrevido destacamento dirigido por Joab logró ganar una entrada, escalando uno de los antiguos conductos de agua que iban desde el corazón de la fortaleza hasta la fuente de Gihón.^[7] Se abrieron las puertas a David y sus guerreros, los defensores fueron sometidos y esta fortaleza, destinada a ser la más famosa ciudad del mundo, fue conocida desde entonces como «la ciudad de David».

Desde la desastrosa batalla de Eben Ezer, el Arca estaba guardada en Quiriat-Jearim o Baalat-Judá,^[8] ciudad que estuvo probablemente en poder de los filisteos hasta que David los arrojó de nuevo a la llanura. Así, David aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para traer el Arca a Jerusalén, con objeto de que tanto él como su pueblo estuvieran seguros de la presencia de Yavé entre ellos. Colocáronla en un carro nuevo tirado por bueyes, acompañado por una procesión de hebreos tañendo varios instrumentos, y la llevaron a Jerusalén. Desgraciadamente, al llegar a la era de Nacón, Oza, uno de los individuos que guiaban el carro, murió de repente y, de acuerdo con las creencias de aquel tiempo, esta desgracia se atribuyó a la cólera de Dios, porque habían visto a Oza tender la mano hacia el Arca para sostenerla cuando el carro rodaba sobre el suelo escabroso.

Para nosotros tal explicación resulta increíble; pero en aquel tiempo, lo mismo que durante muchos siglos después, cualquier calamidad inesperada era atribuida a la intervención directa de Dios.^[9] «Entristeciósse David» por aquello y decidió que sería mejor esperar algún tiempo antes de seguir adelante. El Arca fue llevada, por lo tanto, a la casa de Obededón, un filisteo,^[*] donde permaneció durante tres meses; como la prosperidad entró en su casa, David dedujo que podría llevar el Arca a salvo hasta dentro de las murallas de su capital. Esta vez fue transportada en hombros, no colocada en un carro, y entre gritos de júbilo y el sonar de las trompetas la procesión entró en Jerusalén, al mismo tiempo que David, el rey, danzaba delante del Arca «con

toda su fuerza» como expresión de gratitud a Dios que le había concedido tales favores.^[10] El Arca fue colocada en una tienda que David había alzado para ella, celebrándose una fiesta solemne y despidiendo después al pueblo con donativos del peculio real.

Para consolidar su poder y asegurar las fronteras de su reino, David atacó y derrotó sucesivamente a los moabitas, los ammonitas, los idumeos, los amalecitas y los sirios. Hizo un tratado comercial con los tirios que duró siglos, porque era igualmente ventajoso para ambas naciones.^[11] Los fenicios eran mercaderes y traficantes, y por tanto dependían de otros países para el suministro de alimentos; así los hebreos, ocupados principalmente en la agricultura, proporcionaban a los tirios cereales, vino y aceite, recibiendo en cambio materiales de construcción y artífices hábiles en la erección de aquellos edificios que ellos no eran capaces de construir. Este tratado fue confirmado por Salomón y renovado por Omri, cuyo hijo Ajab se casó con la hija del rey de Tiro. La riqueza de David aumentó con el tributo pagado por sus vasallos y su posición se afirmó. No fue sino hasta algunos años después de su muerte y la del temido y famoso Joab, cuando una de estas potencias trató de reconquistar su independencia.^[12]

La corte de David era sencilla comparada con la de los monarcas vecinos, pero era menos sencilla que la de Saúl. Nombró un cierto número de dignatarios de la corte y dio comienzo a la organización que más tarde hubo de desarrollar Salomón.^[13] Las funciones judiciales estaban en manos del rey. Oyendo los casos él mismo, y teniendo a su disposición la fuerza suficiente para imponer respeto a sus decisiones, el rey estableció, sin duda alguna, una justicia más llana y estricta en su reino que la que había sido posible bajo condiciones más primitivas. Sin embargo, parece que los métodos de David eran tan lentos que dieron origen a serio desagrado entre sus súbditos, de lo que se aprovechó su hijo. Absalón, cuando preparaba su rebelión.

Antes de la época de David los hebreos no tenían un ejército regular. Durante las crisis, todos los hombres aptos eran alistados y se desbandaban nuevamente cuando el peligro había pasado. Estos métodos eran, naturalmente, completamente inadecuados frente a la agresión de los filisteos, y tan pronto como David hubo asegurado el trono creó un cuerpo bien equipado de soldados preparados que habían de servir de núcleo de su fuerza de combate. Éstos se enviaban, bajo el mando de Joab, a cualquier punto de ataque y podían ser reforzados por cuerpos irregulares de hombres alistados para una campaña particular. Se hizo un censo, por orden de David, de todos los hombres capaces de llevar y manejar armas, con el propósito de desarrollar una organización militar. Como esto tendía a limitar la libertad de un pueblo que todavía no había aprendido a conocer el valor de los beneficios de un gobierno central, pero en cambio se daba perfecta cuenta de sus inconvenientes, ocasionó tal disgusto que Joab aconsejó al rey que no siguiera adelante. Es más, como por esta misma época apareció la peste, esto fue considerado como claro indicio de la desaprobación divina, y David se vio obligado a renunciar a su proyecto.^[14] Cuando la plaga cesó, David

ofreció sacrificios en una era de Jerusalén situada en el punto más alto de la colina oriental; la compró al jebuseo Arauna, y aquella planicie rocosa, llamada después es-Sahra, fue el lugar donde se colocó después el ara de Salomón; hoy está cubierta por la mezquita Qubbet-es-Sahra, o Cúpula de la Roca.

Aunque el alistamiento militar era impopular fue, no obstante, la causa principal del éxito militar de David y aseguró la paz, no solamente durante el resto de su propio reinado, sino durante la mayor parte del de su hijo Salomón.

La segunda mitad del reinado de David fue trastornada por la guerra civil y por disturbios internos que eran resultado directo de sus propios efectos. David deseaba la mujer de uno de sus dignatarios y, con objeto de conseguirla, planeó la muerte de su marido. Tan pronto como Natán, el profeta, tuvo conocimiento de los hechos, se presentó audazmente ante el rey y mediante una parábola le demostró la infamia de su conducta, consiguiendo un sincero reconocimiento de su mala acción. David, a diferencia de Saúl cuando fue reprendido por Samuel, no intentó justificarse, pues comprendía que Natán le había revelado un modelo de conducta superior al suyo, y admitió francamente que él, el rey, no estaba en lo justo, y que Natán le había presentado una ley que reclamaba obediencia incluso del propio rey, porque era la ley de Dios. A la existencia y enseñanza de hombres como Samuel, Natán, Elías, Amós e Isaías, quienes nunca temieron acusar, incluso a los reyes, si eran culpables de flagrantes delitos de desobediencia, inmoralidad, idolatría e injusticia, debieron los hebreos ese crecimiento en discernimiento espiritual y en ideas morales que convirtió su religión en algo único y que, con el transcurso de siglos, preparó a su raza para ser la cuna de Aquel que fue «luz para iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo, Israel».^[15]

Pero David había dado mal ejemplo a sus hijos. Absalón asesinó a su hermano Amnón, y David no tuvo fuerza para castigar a su arrogante hijo, quien fue lo bastante perverso para levantarse en armas en contra de su padre. Alentó las críticas contra la administración de justicia de David, y sus vacuas promesas consiguieron el favor de muchos judíos. Entonces pidió autorización para ir a Hebrón. Probablemente había descubierto que los hebreos estaban envidiosos de Jerusalén, que había suplantado a Hebrón como capital de David, y, con ayuda del más sagaz consejero de su padre, Ajitofel, creyó poder dirigir aquella desafección en provecho propio. Cogido completamente por sorpresa, y teniendo solamente una pequeña fuerza en Jerusalén, David se decidió a huir. Partió acompañado de su fiel guardia personal de filisteos, de Itai, jefe de los jeteos, de Joab y del hermano de éste, Abisai. Los sacerdotes fueron leales, pero David se negó a permitirles sacar el Arca y seguirle. Hizo esto, en parte por motivos piadosos, puesto que creía que Dios podía ayudarle si su causa era justa, tanto si el Arca estuviera con él en el campo de batalla como si estuviera en Jerusalén. Y en parte también por juzgarlo más prudente, ya que era de esperarse que los sacerdotes leales enteraran a David de los planes de Absalón. Asimismo convenció a Cusai, su amigo de confianza, de que debía volver a Jerusalén

y fingir simpatía por Absalón, contrarrestando los astutos consejos del sagaz Ajitofel. David y su pequeño grupo de leales siguieron su marcha en dirección de los vados del Jordán, donde se detuvieron.

Absalón entró en Jerusalén poco después de que David saliera de la ciudad, y Ajitofel le aconsejó que persiguiera al rey fugitivo y lo atacara antes de que éste reuniera tropas suficientes. Cusaí, sin embargo, le aconsejó dilación y persuadió a Absalón de que David y sus hombres harían una feroz resistencia. Habiendo frustrado de esta manera los planes de Ajitofel, el más inteligente de los partidarios de Absalón, Cusaí envió un mensaje a David y le aconsejó que penetrara en el país montañoso al otro lado del Jordán. Los mensajeros, hijos de los sacerdotes, estuvieron a punto de ser descubiertos en Roguel; pero David recibió el mensaje, cruzó el Jordán, y llegó hasta Majanaim, donde descansó y reunió refuerzos antes de tomar la ofensiva.

Las fuerzas de Absalón fueron derrotadas en el bosque de Efraín y él mismo muerto, a pesar de que David había ordenado que se respetara su vida. La desesperación de David al conocer la muerte de su hijo fue tan grande, que se olvidó de manifestar su gratitud a las tropas leales que le habían salvado de sus enemigos; sin embargo, Joab le hizo volver al buen sentido y reconocer su deuda para con ellos. La victoria ocasionó una fuerte reacción a favor de David, y la tribu de Judá, que había tomado parte importante en la rebelión, mostró gran deseo de hacer volver al rey. David, a su vez, queriendo ganarse su afecto, apeló, por intermedio de Abiatar y Sadoc, a sus sentimientos tribales; hasta llegó a prometer un completo perdón y el ascenso de Amasa, comandante en jefe de Absalón. Entonces, los hombres de Judá, anticipándose a las demás tribus, se apresuraron a ir al Jordán a fin de hacer volver al rey. Naturalmente, las tribus del norte se sintieron un tanto incómodas porque las del sur se les adelantarán, y la falta de verdadera unidad entre Efraín y Judá apareció de nuevo.^[16]

Aunque las generaciones posteriores idealizaran indudablemente a David, fue de hecho el más interesante de todos los gobernantes hebreos y el verdadero fundador de la monarquía. De corazón expansivo, generoso y caballero, logró ganar no solamente la devoción de sus amigos, sino la de sus antiguos enemigos. Por su odio a la violencia, su protección a los desamparados, su generosidad para quienes le habían ofendido, estuvo muy por encima de los hombres de su época. Fue esencialmente un hombre de fe y cumplió sus deberes para con Dios simple y sinceramente; siempre que pecó, aceptó la reprensión y admitió que la ley de Dios exigía la obediencia incluso del rey, porque «con todo su corazón amó a su Hacedor».^[17] Debe juzgársele con arreglo a las circunstancias de su tiempo, de su vida y de su país, si se quiere llegar a justipreciar su carácter. Pastor, jefe de una banda de facinerosos, rey de un pueblo que estaba saliendo de la barbarie, lo llevó desde la condición servil y sin ley del periodo de los jueces hasta el esplendor del reinado de Salomón. La mejor manera de juzgar un carácter como el de David, es recordando que su reinado produjo tal

efecto sobre su pueblo que las generaciones futuras vieron en él la encarnación de todo lo que un rey debe ser. Las esperanzas y anhelos de su pueblo se depositaron siempre en David y su familia, y fue un miembro de ésta el señalado por profetas como Isaías y Miqueas, al trazar la imagen del Rey Mesías, que sería recto juez, príncipe de la paz y salvador de su pueblo.^[18]

[Deberán leerse los siguientes pasajes:

II Sam. 3:17-39; 5; 6 (captura de Jerusalén); 9 (David y Mefibaal); 12:1-14; 15-19 (rebelión de Absalón); 23:13-17; 24. II Sam. 7 (el establecimiento «para siempre» de la dinastía de David es presentado por un escritor de época posterior como parte del propósito de Dios en la historia hebrea). I Crón. 29:9-19].

SALOMÓN

Para los hebreos, incluso en los días de nuestro Señor, Salomón era la sabiduría hecha hombre. Se le atribuyó tanto una colección de sentencias conocida como el libro de los Proverbios, como una obra del siglo I, llamada la Sabiduría de Salomón, incluida ahora entre los apócrifos, y una pequeña colección de salmos que apareció entre el año 70 y el 40 a. C. Sin embargo, su sabiduría fue más práctica que literaria; se sirvió de sus indudables dotes intelectuales para desarrollar la organización del reino que David había ya comenzado e iniciar nuevos planes que produjeron grandes ventajas materiales a sus súbditos.

Organizó un sistema de impuestos, y así las necesidades de su casa eran cubiertas por contribuciones cobradas a cada uno de los doce distritos en que estaba dividido su reino. Es más, para llevar adelante sus ambiciosos proyectos de construcción, instituyó un sistema de trabajo obligatorio por el cual cada hebreo físicamente apto trabajaba para el rey durante tres meses cada año.^[19] Para un pueblo de carácter tan independiente, este trabajo obligatorio era intolerable, y si bien los hebreos lo aguantaron durante la mayor parte del reinado de Salomón, protestaron de manera vigorosa contra ello poco antes de la muerte del rey. La revuelta fue rápidamente aplastada y el jefe de ella, Jeroboam, de Efraín, fue obligado a refugiarse en Egipto. No obstante, es difícil comprender cómo Salomón hubiera podido construir el Templo, su palacio, los edificios públicos y las plazas fortificadas que defendían los principales caminos en sus dominios, si no hubiera contado con un cuerpo de trabajadores adiestrados.

Salomón sabía muy bien que sus súbditos tenían poca habilidad para la arquitectura y que Palestina no podría jamás producir las maderas de construcción requeridas para los edificios que pensaba erigir en Jerusalén; así, pues, renovó y amplió el tratado con Hiram, rey de Tiro, quien no solamente suministró la madera necesaria de ciprés y de cedro, sino que le proporcionó también obreros hábiles en todas las artes de la construcción, canteros y albañiles, que pudieran enseñar a los hebreos y servir de capataces; también le envió a Hiram-Abif, experto trabajador de

metales, hijo de madre hebrea y padre tirio, que estableció su fundición en el valle del Jordán y allí fabricó toda la obra de metal necesaria.^[20]

En el punto más elevado de la colina oriental, dominando el valle del Cedrón, construyó Salomón el Templo. Era un edificio rectangular dividido en tres partes: el pórtico, frente al cual estaba la gran piedra que David había usado como altar y sobre la cual se colocó un ara de metal, el lugar santo, y el pequeño santuario oscuro, el *Sancta Sanctorum*, en el que estaba el Arca.^[21] Alrededor del edificio había un espacioso patio amurallado donde los hebreos se reunían en las grandes festividades. Un pasillo cubierto conducía al patio del palacio, que estaba separado del recinto del Templo únicamente por un muro; probablemente los reyes de Judá eran enterrados a lo largo de este muro.^[22] La colina tenía su vertiente de norte a sur y se angostaba, de modo que el palacio estaba situado a nivel más bajo que el Templo, aunque ligeramente más alto que los tres edificios públicos: la casa del Bosque del Líbano, el Salón de Columnas y el Tribunal de Justicia. Un muro rodeaba estos edificios, que ocupaban toda la superficie de la colina oriental.

El Templo fue dedicado por el propio Salomón. En I Reyes 8:12-13^[**] se encuentra el siguiente texto mutilado del poema de la dedicación, contenido originalmente en el libro de Jaser:

Yavé, has dicho que habitarías en la oscuridad.
Yo he edificado una casa para que sea tu morada.
El lugar de tu habitación para siempre.^[23]

Este fragmento primitivo tiene un gran valor, porque demuestra que los hebreos creían que Yavé habitaba realmente en el Templo, a pesar de ser el Creador del mundo; la densa oscuridad del santuario interior simbolizaba el misterio que le envolvía.^[24] La hazaña más grande de Salomón fue la construcción del Templo, pues sirvió para imprimir en la mente de su pueblo una verdadera y profunda idea de Dios, y de ella deducirían los maestros de época posterior, como, por ejemplo, Isaías, un nuevo y más hondo significado que la inteligencia espiritual de los hebreos sería ya capaz de asimilar.

Salomón amplió también sus horizontes y estimuló, acaso demasiado precipitadamente, la civilización de sus súbditos. Su tratado con los tirios dio ocasión a expediciones que fueron emprendidas en unión de marinos y con navios de Tiro que navegaron por la costa de Africa hasta Ofir, lugar que no ha sido definitivamente identificado todavía con certeza. A su regreso llevaban oro, marfil y animales extraños, monos y pavos reales. Compraron caballos en Cilicia y en Musri del Asia Menor (tal es la interpretación actual del texto) y los vendieron con provecho a los egipcios que los necesitaban para sus carros.^[25] Príncipes y princesas extranjeros, tales como la reina de Saba, visitaron Jerusalén y llevaron «presentes» al rey; en muchos casos eran sus vasallos, y aquellos regalos formaban parte del tributo que

debían pagar. Los moabitas, por ejemplo, pagaban su tributo en lana.^[26] De esa manera, la riqueza del país aumentó con extraordinaria rapidez y el genio comercial de sus súbditos empezó a revelarse.

A pesar de que las narraciones^[27] acerca de la magnificencia de Salomón son indudablemente exageradas, su reinado fue notable por el desarrollo de las artes de paz, y por un rápido aumento del lujo entre el rey y sus nobles, y, en consecuencia, por el aislamiento del rey, cuyo esplendor pudo haber despertado la admiración de sus súbditos; pero el rey mismo, personalmente desconocido para la mayoría de aquéllos, no llegó a sus corazones ni logró el afecto y devoción que tan gustosamente habían dedicado a su padre, David.

No obstante haber sido él quien construyó el Templo, Salomón tenía poco interés verdadero por la religión y ningún entusiasmo hacia ella. En aquella época, era costumbre, al firmarse un tratado entre dos naciones, que cada rey hiciera un cortés reconocimiento al dios o dioses de los otros. Salomón acostumbró a hacer esto respecto a Tiro, Egipto o Muzri; en sus últimos años parece haber adoptado esta misma actitud hacia el propio Yavé. El autor de I Reyes atribuye esta decadencia de su fervorosa religiosidad a sus mujeres; pero su creciente interés y su total dedicación a proyectos para alcanzar el progreso material de su pueblo le dejaban poco tiempo para consagrarlo al servicio de Yavé.

El Templo fue su mayor dádiva a los hebreos, porque mantenía la religión de Jerusalén a un nivel superior al que alcanzara en otros lugares e hizo indestructible la religión del reino meridional. En todas sus épocas de crisis, los judíos se volvían a Jerusalén y al Monte Sión, donde estaba el Templo, recordando las promesas que Yavé hizo a su pueblo, seguros de que su grito: «Óyenos, Tú, en los cielos, adonde moras, y cuando oigas, perdónanos», sería oído y contestado.

[Deben leerse los pasajes siguientes en relación con el reinado de Salomón:

I Reyes 3:4-28; 4:1-7; 5 (sabiduría de Salomón como juez y administrador); 8:12-53 (dedicación del Templo); 10:1:13 (la reina de Saba); 11:14-31 (adversarios de Salomón). Salmo 72].

VII. Historia de Israel

933-721 a. C.

LA HISTORIA del reino del norte, Israel, se encuentra en I Reyes y en II Reyes 1-17. La historia de Judá está asimismo en II Crón. 10-36, pero el cronista desaprobó de tal manera, y tan de corazón, la separación de Israel y Judá, que omitió toda mención del reino del norte, excepto en aquellos puntos en los que la historia de Judá tiene estrecho contacto con aquél. El autor de I y II Reyes, quien al recoger los datos para su historia utilizó un valioso material histórico contenido en las llamadas «crónicas de los reyes de Israel» y «crónicas de los reyes de Judá», era oriundo de Judá. No tuvo la menor palabra de aprobación para ningún gobernante del reino del norte; sus más cálidas alabanzas quedaron reservadas a aquellos miembros de la familia de David que emprendieron ciertas reformas religiosas; principalmente a Josafat y Ezequías, y en particular a Josías porque inició una reforma religiosa que el propio escritor defiende con todo entusiasmo. Al seleccionar sus materiales se guió únicamente por sus principios religiosos. Siendo discípulo de los grandes profetas del siglo VIII, creía que la fidelidad a Yavé y la obediencia a sus mandatos aseguraban la prosperidad, en tanto que el resultado de la apostasía, bien fuera de parte del rey, bien proviniera del pueblo, era la ruina nacional. Por consiguiente, dedicó seis capítulos al reinado de Ajab, debido a la importancia de la obra de Elías; pero al reinado de Omri, tan importante desde el punto de vista político, no le concedió más que seis versículos, pues desde su punto de vista no tenía significación alguna. Y, sin embargo, Omri, capaz y próspero monarca, fue el primer rey hebreo que conocieron los asirios.

Durante los últimos años, los arqueólogos han realizado una obra valiosa tanto en Egipto como en Mesopotamia, y sus descubrimientos no sólo han confirmado los hechos relatados en la historia de los reinos hebreos, sino que al mismo tiempo nos han ayudado a comprender mucho de lo que ignorábamos. La piedra moabita, el obelisco de Kalah, el cilindro hexagonal de Senaquerib y las memorias sobre las campañas de Salmanasar III, y V, de Teglath-falasar III, de Sargón II y de Nabucodonosor, han llenado las lagunas que dejaron los historiadores hebreos y han confirmado la exactitud de sus documentos desde el punto de vista puramente profano.

Los hebreos alcanzaron la unidad nacional durante los reinados de David y de Salomón. Ya hemos visto que entraron en Canaán en periodos diferentes y como grupos aislados y que durante muchos años vivieron separados; después de la ascensión al trono de Roboam se separaron de nuevo, y esta vez para siempre. La

causa inmediata de la separación fue la conducta torpe de Roboam, el hijo de Salomón, con una diputación de la tribu de Efraín presidida por Jeroboam, quien regresó de Egipto a la muerte de Salomón y se convirtió en el representante de las tribus norteañas.^[1] Roboam ya había accedido en un punto, porque había ido a Siquem para ser coronado; mas, por consejo de sus amigos, se negó a acceder a la razonable petición de Jeroboam de que el trabajo obligatorio debía ser menos riguroso. Jeroboam tenía el apoyo de los profetas —al que dio expresión Ajías de Silo— y al recibir la contestación del joven rey, las tribus israelitas se separaron, proclamando rey a Jeroboam, y haciendo de Siquem su capital. Políticamente, esta revuelta fue una reacción contra la tiranía de Salomón; religiosamente, fue un alegato a favor de la vuelta a la vida más sencilla de los primeros tiempos de la monarquía y a los ideales religiosos de Samuel y David.^[2] Desde aquel momento el reino del sur o Judá se convirtió en un reino relativamente insignificante, situación que se prolongó durante muchos años, y aun es probable que durante algunos periodos fuera vasallo de su vecino más rico y poderoso, Israel. Sin embargo, se vio libre de revoluciones y la dinastía de David gobernó honrosamente durante cuatro siglos. Jerusalén era casi inexpugnable, y el Templo era el centro de una religión que desde hacía tiempo se había liberado de los grandes abusos que se produjeron en los santuarios del norte; la fidelidad a Yavé mantuvo firmemente unidos al rey y al pueblo.

Jeroboam I hizo de Siquem su capital política y de Bétel y Dan los dos santuarios principales. El último fue muy pronto destruido por los sirios; pero el primero se hizo famoso como «casa del rey» o santuario real.^[3] En Bétel un toro de metal señalaba el sagrario; era éste un rasgo común del culto semítico a la naturaleza, y al adoptar este símbolo, Jeroboam daba un paso más hacia una aproximación entre las religiones hebrea y cananea, dando un fatal impulso a aquella mezcla de religiones contra la cual protestaron los profetas posteriores, y a la que atribuyeron el relajamiento moral que más tarde se hizo tan evidente en Israel.^[4] Después de su muerte, su hijo fue incapaz de retener el poder que su padre había usurpado. Los reyes fueron sucediéndose con desconcertante rapidez hasta que Omri, gobernante fuerte y popular, empuñó las riendas del gobierno.^[5] Derrotó a los moabitas y recibió de ellos un rico tributo de lana; pero le derrotaron los sirios, que fueron enemigos constantes del reino del norte hasta que ambos, Israel y Siria, se vieron obligados a unir sus fuerzas contra un enemigo más poderoso: Asiria. Ajab, que sucedió a su padre Omri, renovó el tratado con Tiro, hecho por David y confirmado después por Salomón, e Israel empezó a jugar un papel cada vez más importante entre las potencias del Mediterráneo oriental. Cada vez que Asiria se sentía fuerte y trataba de aplastar a los gobernantes de Palestina, se formaba una coalición en la que Siria e Israel tomaban parte; en cambio, cuando Asiria se debilitaba, había una constante lucha por la posición preponderante entre Israel y Siria. Hacia el año 900 a. C., el rey de Judá solicitó ayuda de Siria contra la agresión israelita; Ajaz, rey de Judá, solicitó en cambio ayuda a Asiria para liberarse de un ataque combinado de Israel y Siria (734 a.

C.).

Por importante que haya sido en la esfera política el reinado de Ajab, lo fue aún más con respecto a la religión. Jezabel, la princesa tiria que casó con Ajab, introdujo entre los hebreos la adoración al principal dios tirio: Melkart. Se concedió a la reina, desde luego, un sagrario para su dios; mas no conforme con esto trató de persuadir a los hebreos a fin de que abandonaran el culto a Yavé sustituyéndolo por el Baal de los tirios y llegó incluso a perseguir a los que rehusaron hacerlo.^[6] En ese momento, Elías, el profeta de las altas tierras de Galad, fue visto primero en Samaría, donde defendió la causa de Yavé y de sus fieles servidores, y acusó al rey y a todos aquellos de sus súbditos que se habían dejado persuadir por Jezabel. Una prolongada sequía, seguida del hambre, fue interpretada por él como expresión de la ira de Yavé por aquel acto de apostasía nacional. Así, pues, emplazó al rey, a los profetas tirios y a los representantes de la nación en el Monte Carmelo y los invitó a decidir de una vez por todas a qué dios querían adorar; era imposible adorar a ambos, porque representaban dos principios enteramente opuestos, y si uno era verdad, el otro tenía que ser falso. Yavé pedía a sus adoradores un modelo de conducta incomprensible para los adoradores del tirio Baal, y Elías estaba convencido de que la existencia misma de la nación dependía de la fidelidad a Yavé y de la observación del código de estricta moral enunciado primeramente por Moisés. Se erigieron dos altares de piedra en el Monte Carmelo y se prepararon dos sacrificios; se invocó entonces a ambos dioses para que mostraran su aceptación del culto de sus adeptos inflamando el sacrificio. Un dios inexistente no podría oír ni contestar; pero Elías tenía confianza en que Yavé oiría y contestaría la plegaria de su siervo, para «que se sepa que Tú eres Dios de Israel». Los profetas de Baal invocaron a su dios durante todo el día con frenéticas voces, pero nada aconteció. Al anochecer, Elías invocó a «Yavé, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, que se sepa hoy que Tú eres Dios de Israel y que todo esto hago por mandato tuyo». Bajó entonces fuego de Yavé que consumió el holocausto y la leña,^[7] mientras los presentes le reconocían como su Dios gritando: «Yavé es Dios». Los profetas tirios fueron asesinados por orden de Elías, y la defensa de los derechos de Yavé al culto único de Israel pareció completa. Una tempestad que subió rápidamente desde el mar acabó con la sequía; el Cisón, que corre a los pies del Monte Carmelo, se desbordó y el carro de Ajab llegó a Jezrael justamente a tiempo de escapar al desastre.

En el Monte Carmelo, Elías enseñó a los hombres de Israel el deber de fidelidad a Yavé y reafirmó el mandamiento fundamental de Moisés: «No tendrás otro dios frente a mí», pero al mismo tiempo les recordó los demás mandamientos de aquel código. Desde la división del reino se había manifestado una marcada decadencia en la moral del reino de Israel: la rebelión y el asesinato señalaron los años transcurridos entre Jeroboam I y Omri; y anteriormente, durante el reinado de Ajab, Jiel, natural de Bétel, reconstruyó las murallas de Jericó y sacrificó a dos de sus hijos.^[8] Es evidente que esperaba apartar por este medio la maldición que según la tradición había

pronunciado Josué contra el hombre que se atreviese a reedificar la ciudad que él había «ofrendado». Tales sacrificios eran comunes entre los cananeos y otros pueblos semíticos, pero los hebreos, cuyo pensamiento acerca de Dios había sido moldeado por los profetas, se horrorizaron siempre ante ellos. El resurgimiento de esta práctica en el reinado de Ajab se debió probablemente a la influencia de Tiro, que fue causa también del asesinato legal de Nabot. Ajab quiso ampliar los jardines de su palacio en Jezrael y deseaba para ello la viña de un hombre llamado Nabot. Éste era evidentemente un fiel adorador de Yavé, puesto que se negó a vender o cambiar la tierra que él consideraba como regalo de Dios a sus antepasados.^[9] Ajab, no obstante, accedió a que Jezabel tomara las medidas necesarias para conseguir lo que él sabía que era contrario a la ley de Yavé y de Israel, y Nabot fue acusado de traición y ajusticiado. Acompañado por dos de sus dignatarios, Jehú y Bidcar,^[10] fue el rey a tomar posesión de la viña, que era ya propiedad de la corona; pero allí se halló frente a frente con Elas, quien le acusó de haber asesinado a Nabot y le advirtió que Yavé no perdonaría tal violación a su ley. Las generaciones posteriores vieron en el trágico fin de la dinastía de Ajab el justo castigo de Yavé por este crimen, y el profético recopilador de los libros de los Reyes puso naturalmente en boca de Elías, refiriéndose a aquel suceso, una descripción del trágico fin de Jezabel unos cuantos años después, que tan profunda impresión produjo a los hebreos.^[11] Una vez más, como en los tiempos de Saúl, los hebreos que eran fieles a Yavé empezaron a pensar en la rebelión, pero esperaron hasta que un profeta les indicara quién era el elegido de Dios para suceder a la dinastía condenada.

Igual que su padre Omri, Ajab era un guerrero valiente y capaz; resistió con éxito la exigencia siria de aumento de tributos; derrotó a Ben-Adad II en dos campañas, e invirtió los términos del tratado que Omri se había visto obligado a aceptar.^[12] Además, indujo a Ben-Adad II a unirse a los reyes de Israel y de Hamat en la campaña que estaba proyectando contra Salmanasar III, rey de Asiria, cuyos avances hacia el Gran Mar amenazaban su independencia.^[13] Sabemos por los documentos asirios que la batalla tuvo lugar en Carear a orillas del Orantes en el año 853 a. C. y que Ajab y sus aliados sufrieron una aplastante derrota.^[14] Es probable que los sirios sufrieran un descalabro más grave que los israelitas, porque Ajab pensó que había llegado el momento de intentar la reconquista de Ramot de Galad, ciudad hebrea al oriente del Jordán, que estaba todavía en poder de los sirios. Así, pues, llamó a Josafat, rey de Judá, a Samaria, y las fuerzas combinadas se prepararon para emprender la campaña; mas de acuerdo con la costumbre de aquel tiempo, los profetas fueron consultados antes de comenzar. Éstos, dirigidos por Sedecías, hijo de Canana, animaron al rey prometiéndole la victoria; sin embargo, Josafat desconfiaba de ellos y preguntó: «¿No hay aquí ningún profeta de Yavé?». Ajab admitió que, en efecto, había uno, Miqueas, hijo de Yemla, a quien aborrecía porque siempre se oponía a sus designios; pero aceptó enviar por él. Miqueas, que evidentemente pertenecía al grupo de Elías, advirtió a Ajab en dos vividas parábolas lo que le

esperaba. En una de ellas describía a Yavé, sentado en su trono como juez, planeando deliberadamente la muerte de Ajab por medio del envío de un espíritu de mentira a la boca de los profetas de la corte. Tal concepción era corriente en las primeras etapas de la religión hebrea y no les planteaba los problemas que nos plantea a nosotros, pues durante largo tiempo se consideró que Yavé hacía uso de espíritus malignos o de mentira para lograr sus propósitos.^[15] Es más, como las consecuencias demostraron que Sedecías era indigno de confianza y que el menosprecio de Ajab por la advertencia de Miqueas le ocasionó la muerte en Ramot de Galad, la falsa profecía de Sedecías fue tomada como parte del designio de Yavé para destruir la dinastía de Omri. Debe recordarse que el recopilador de este libro anota estos incidentes de una manera peculiar a fin de destacar su creencia, según la cual Dios tiene un propósito decisivo que lleva adelante guiando el curso de la historia.

El enfermizo hijo de Ajab, Ocozias, fue sucedido por su vigoroso hermano Joram, quien se dedicó inmediatamente a tratar con toda energía a los enemigos de Israel. El rey de Moab, Mesa, se había aprovechado de los tiempos turbulentos del final del reinado de Ajab para no pagar el tributo en lana y para recuperar un territorio ocupado por los hebreos probablemente desde el reinado de David. Nos encontramos con una narración de esta rebelión, desde el punto de vista moabita, en la piedra de Moab, monumento erigido por Mesa cuando creyó que había recuperado su independencia.^[16] Joram, ayudado por Josafat de Judá, emprendió una expedición punitiva que tuvo un éxito completo hasta que llegaron a la capital de Moab, Quir Jareset, donde Mesa hizo una última resistencia, y la sitiaron. En su desesperación, el rey de Moab invocó a su dios, Camos, y sacrificó a su primogénito sobre la muralla de la ciudad, a la vista de los hebreos. Éstos creyeron que tal invocación al dios de aquella tierra no podía ser desoída y, atribuyendo cierta calamidad a la cólera de Camos, se retiraron de allí y volvieron a su tierra.^[17]

Acto seguido, Joram dirigió su atención a Siria e intentó recuperar Ramot de Galad. A causa de sus heridas se vio obligado a volver a Jezrael, pero dejó a su comandante en jefe Jehú para que continuara el sitio. Pero, instigado por el profeta Eliseo, que envió a uno de los hijos de los profetas a ungirlo, Jehú se rebeló, seguro de la ayuda del ejército. Se apresuró a entrar en Jezrael antes de que las nuevas de la rebelión pudieran llegar a oídos de Joram, y empezó su reinado con la matanza brutal de todos los miembros de la familia de Ajab y de los que adoraban a Melkart, dios de Tiro. Fue, no obstante, ayudado por leales servidores de Yavé, tales como Jonadab ben Recab y los hijos de los profetas, quienes comprendían que la libertad civil y religiosa estaba en peligro en tanto que la dinastía de Ajab ocupara el trono.

Jehú y sus sucesores inmediatos Joacaz y Joás mantuvieron su dominio sobre el reino con dificultad. En el año 841 a. C. Jehú fue derrotado y obligado a pagar tributo a Salmanasar III.^[18] Los asirios estaban por aquel tiempo en el pináculo de su poder y gradualmente dominaron los pequeños estados emplazados entre el Éufrates y el Mediterráneo: pero la subordinación a Asiria no significaba la paz entre las pequeñas

potencias y las guerras entre Israel y Siria —Hazeel se había apoderado del trono después de haber asesinado a su señor Ben-Adad— fueron constantes y brutales durante los reinados de Joacaz y de Joás. Hacia fines del reinado de este último cambió la marea, y su hijo Jeroboam II logró el triunfo en una serie de campañas, gracias a las cuales los sirios fueron arrojados más allá de su frontera habitual.^[19] Libre de constantes ataques, el reino del norte aumentó su riqueza y prosperidad. No obstante, paralelamente al desarrollo de la civilización surgió una pecaminosidad tal que provocó la indignada protesta de los profetas Amós y Oseas.

El remado de Jeroboam señaló el punto más alto del poderío de Israel; después de su muerte subieron al trono sucesivos reyes débiles o brutales que pagaron tributo al rey asirio Teglath-falasar III o Pul (745-727 a. C.), quien incluyó a Israel y a Judá entre sus vasallos. En el año 732 a. C. los sirios fueron totalmente derrotados por Asiria y la mayor parte del pueblo deportado. Los hebreos perdieron mucho territorio, su rey Pécay fue asesinado y un asirio llamado Oseas ocupó el trono. Pasado algún tiempo intrigó con Egipto; Samaría fue sitiada por Salmanasar V, y en el año 721 a. C. capturada por su sucesor Sargón II. Lo mejor del pueblo fue deportado a territorio asirio y solamente los israelitas más pobres permanecieron en su tierra, que fue repoblada por cautivos de los asirios procedentes de Cuta, Sefarvaim y otras ciudades derrotadas; estos colonos trajeron consigo varias religiones extrañas a las que añadieron prontamente la de Yavé, como dios de aquella tierra.^[20] Los recién llegados se mezclaron en matrimonio con los israelitas, y sus descendientes, conocidos como samaritanos, practicaron una forma mixta de religión que parece ser la misma que profesaban los judíos que en el siglo VI regresaron de Babilonia. La petición de los samaritanos de tomar parte en la construcción del segundo Templo les fue negada por Zorobabel, probablemente por consejo del profeta Ageo, con la intención de que el culto irregular de aquella raza mestiza no fuera una mala influencia sobre los judíos fieles cuya fe se había purificado con los sufrimientos del Cautiverio.^[21]

El desastroso final del reino de Israel le pareció al profético recopilador de los libros de los Reyes ser la prueba de que «la virtud engrandece a una nación», y que la prosperidad comercial, la sagacidad política y un tipo de civilización más o menos elevado no tienen poder alguno para evitar la ruina que inevitablemente sobrevendrá a las naciones que desoigan las demandas de Dios y no cumplan sus deberes para con Él y para con sus hermanos, fieles servidores de Aquél. La frase «¿qué pide de ti Yavé sino hacer justicia, amar el bien y humillarte en la presencia de tu Dios?», expresa sucintamente la enseñanza de los profetas del siglo VIII; y el desastre político que sufrió Israel, y en época posterior Judá, fue interpretado como castigo de un Dios justo a un pueblo que, en su vida nacional y personal, había desafiado sus leyes.

[En relación con el apogeo y decadencia del reino de Israel deben leerse los siguientes pasajes:

I Reyes 12:1-20, 28-30 (Jeroboam I); 16:23-34; 17; 18; 19; 21 (la obra de Elías); 20; 22:1-40 (las tres

campañas sirias de Ajab); II Reyes 1:1-8 (Elías); 3:4-27 (campaña moabita de Joram); 9:1-37 (rebelión de Jehú); 13:1-5, 22-25; 14:23-29 (dinastía de Jehú); 15:17-31; 17:1-6 (caída del reino de Israel)].

LOS PROFETAS DEL REINO DEL NORTE

Desde los tiempos de Samuel, fundador de los «hijos de los profetas», una serie notable de hombres, «amigos de Dios y profetas»,^[22] había guiado la vida social y religiosa de los hebreos. Natán recriminó a David, Ajías estimuló a Jeroboam para que protestara contra la tiranía de Salomón, y Elías denunció la apostasía nacional y su inevitable secuela, la injusticia social. Su propia fe personal en Dios triunfó en el Monte Carmelo; pero fue fortalecida en el Monte Horeb, o Sinaí, la montaña de Dios, a donde huyó ante la reacción producida por el triunfo de su invocación a Yavé frente a la hecha por los sacerdotes de Tiro. La última escena de la vida de este gran profeta está enteramente de acuerdo con la severidad e imparcialidad de sus primeros mensajes.^[23] Ocozías, el inválido sucesor de Ajab, envió a sus mensajeros a Acarón para consultar en el santuario local si llegaría a curarse. En el camino encontraron a un individuo a quien aparentemente no reconocieron y que describieron como un hombre «vestido de pieles y con un cinturón de cuero a la cintura». El rey, sin embargo, supo de quién se trataba; era Elías, tesbita, cuya imprecación: «¿No hay Dios en Israel para que mandes tú a consultar a Baalzebub, dios de Acarón?», fue seguida del mensaje «Morirás».

Eliseo, elegido por Elías para continuar su obra, era un hombre de carácter muy diferente, que circulaba libremente entre las gentes, que familiarizaba con los reyes y era probablemente el jefe reconocido de los hijos de los profetas. Nada sabemos de su mensaje, pero muchos incidentes de su vida, recogidos por la leyenda con más cariño que juicio crítico, fueron conservados quizá por aquellas comunidades a cuyos ojos parecía dotado con una doble porción del espíritu de Elías.^[24] A él apeló Josafat cuando, en la campaña moabita, el ejército se encontró con dificultades por falta de agua; fue él quien inspiró de tal manera la resistencia israelita contra las embestidas sirias que fue llamado por el rey «carro de Israel y su auriga»;^[25] él fue quien, diciendo a Jehú cuándo debía actuar, aseguró el éxito de su rebelión y la destrucción de la dinastía de Ajab, de la cual era tan decidido adversario como Elías. Jamás hubiera podido realizar la obra de aquel gran profeta, pero la llevó adelante y la completó, preparando de este modo el camino al pastor de Tecua que fue el primer profeta que dejó una narración escrita de su mensaje.

Amós, pastor en los yermos de Tecua, al oeste del Mar Muerto, fue inspirado por Dios para comunicar su mensaje sobre la condenación del reino del norte en la época más próspera de aquel país y cuando los santuarios se veían atestados de fieles.^[26] Apareció repentinamente en el santuario real en Bétel, y en tres parábolas, la de las langostas, la del fuego devorador, y la de la plomada, declaró que Yavé no podía ya

pasar por alto los pecados de Israel y que el castigo era inevitable. Amasías, sacerdote de Bétel, negó la autenticidad del profeta y le aconsejó que regresara a Judá y comiera allí su pan haciendo el profeta. Amós, sin embargo, sostenía que el hecho mismo de no ser profeta ni hijo de los profetas era una prueba convincente de que obedecía el mandato divino al ir a Bétel: «Ve a profetizar a mi pueblo Israel». Cuenta la tradición que Amós fue apaleado y arrojado del santuario real, pero que sus discípulos anotaron por escrito «la palabra de Yavé» que le fue prohibido pronunciar, y de este modo se conservó para las generaciones futuras.

Su mensaje, expresado en un lenguaje severo y sencillo, está dividido, por su naturaleza misma, en dos partes: una condenación de la vida social y religiosa de la nación; Amós acusó a los israelitas de egoísmo y crueldad,^[27] glotonería y embriaguez,^[28] de lujo y de estúpidas orgías.^[29] Las mujeres, a quienes este pastor llamaba en tono de mofa «vacas de Basán», merecían especial censura, porque ellas incitaban a sus señores a su insensata extravagancia.^[30] El pobre no podía obtener justicia porque los jueces se dejaban sobornar;^[31] los mercaderes daban corto el peso, cargaban con elevados precios mercancías de baja calidad y se lamentaban de que el sábado y el novilunio interfirieran en su comercio.^[32] Y, a pesar de todo, estos hombres esperaban ansiosos el «día de Yavé», porque creían que su prosperidad era prueba de la satisfacción que Aquél encontraba en ellos. Un extranjero hubiera visto en ellos un pueblo piadoso. Los santuarios en Bétel y en Gálgala estaban repletos de gente e incluso se hacían peregrinaciones a la distante Berseba;^[33] se pagaban diezmos regularmente, se daba publicidad a las ofrendas hechas por libre voluntad, se ofrecían sacrificios en pródiga escala, y, sin embargo, se acallaba a los profetas y los nazarenos se vieron tentados a romper sus votos.^[34] No obstante, decía el profeta, Dios no aceptará esas ofrendas, pues Él ve a través de la ofrenda la conducta del que la ofrece, y el espíritu que le lleva a hacer el sacrificio.^[35] La escandalosa conducta de los israelitas había llegado a tal desenfado que el profeta, hablando en nombre de Yavé, exclama: «Yo odio y aborrezco vuestras solemnidades y no pondré mis ojos en vuestras cebadas víctimas. Aleja de mí el ruido de tus cantos. Como agua impetuosa se precipitará el juicio; como torrente que no se seca, la justicia».^[36] Dios y su pueblo, Israel, habían hecho un pacto tiempo atrás, cuando Él los sacó de la tierra de Egipto; pero el pueblo había violado el convenio; Israel y Yavé ya no iban juntos.^[37] Creían los judíos que sus privilegios estaban seguros, cualquiera que fuere su conducta, pero Amós les advirtió por medio de una serie de gráficas descripciones de causa y efecto que la fuente definitiva del mensaje de un profeta es el propio Yavé: «Hablando el Señor, Yavé, ¿quién no profetizará?», y que los privilegios implican responsabilidades: «Sólo a vosotros conocí yo entre los pueblos todos de la tierra; por eso haré en vosotros justicia de todas vuestras iniquidades».^[38] El instrumento de su castigo sería el rey de Asiria, quien trataría a Israel como había tratado ya al pueblo de Hamat, a Siria y a Gat, pues Dios había jurado por su santidad no pasar ya por alto

los pecados de su pueblo, y seguramente cumpliría su palabra.^[39]

El mensaje de Amós es directo y lleno de fuerza, se expresa por medio de afirmaciones precisas y abundan en él los ejemplos tomados de su propia experiencia en los yermos de Tecua.^[40] Incluyó en su juicio a los pueblos vecinos de Israel; pero en tanto que aquéllos eran condenados por violación de la ley natural, Israel era condenado por violación de la ley revelada de Yavé. Su mensaje implicaba una condenación irremisible, resumida en las siguientes palabras.^[41] «Ved que los ojos del Señor, Yavé, están puestos sobre el reino pecador y que yo los borraré de la faz de la tierra».

El ministerio de Oseas tuvo lugar unos diez o veinte años después del de Amós. Era entonces Israel vasallo de Asiria, pues Menajem había pagado tributo a Teglat-falasar III en el año 738 a. C. y los territorios del norte y del este ya se habían perdido.^[42] El país se había empobrecido, las facciones políticas rivales luchaban por la supremacía y la catástrofe final no estaba muy lejana. Oseas, un israelita culto, tiene poco que decir acerca de la condición social de su tiempo. Tenía los ojos puestos en el aspecto religioso de sus paisanos y tenía un hondo conocimiento de la ingratitud de aquéllos hacia Yavé. Expresó su mensaje en una sucesión de cuadros llenos de vida que cambian con desconcertante rapidez; su lenguaje es poético y lleno de ritmo; pero su profecía es mucho más difícil de comprender que la de Amós.

Había conocido el dolor en su propia vida, porque su esposa Gomer lo abandonó, le fue infiel y acabó en la esclavitud. Sin embargo, él la amaba aún, la rescató, la llevó de nuevo a su hogar y trató, con toda la fuerza de su cariño, de despertar su arrepentimiento y guiarla para que enmendara su vida. Su experiencia personal le hacía comprender los agravios que Israel había hecho a Yavé; al practicar el culto cananeo a la naturaleza había abandonado a su verdadero esposo, Yavé.^[43] En toda su obra describe a Yavé como un padre amoroso que ama tanto a su hijo, Efraín, que lo sacó de la tierra de Egipto, lo enseñó a andar y lo ató con ataduras de amor; pero Efraín se negó a responder tan tozudamente como una vaca cerril.^[44]

Oseas fue el primer profeta que condenó la cruel matanza que siguió a la rebelión de Jehú^[45] y la adoración al becerro que comenzó con Jeroboam I.^[46] Tenía la creencia de que los sacerdotes eran culpables de la ignorancia del pueblo^[47] y que ellos mismos violaban la ley.^[48] Los profetas hablaron en vano,^[49] los príncipes y el pueblo confiaban en su alianza política con Egipto,^[50] o en su riqueza,^[51] y no fueron capaces de comprender la lección que su propia historia debiera haberles dado: «Yo soy Yavé, tu Dios, desde la tierra de Egipto y fuera de mí no hay salvador». Igual que Amós, Oseas creía que ningún culto podía ser aceptable a Dios si se separaba de lo ético; el sacrificio debe ir acompañado de misericordia y justicia para los demás.^[52] Termina el libro con un serio llamamiento a los israelitas para que vuelvan a Yavé, admitan sus iniquidades e imploren su perdón; Él no quería abandonar a su pueblo,^[53] y si el arrepentimiento de éste era sincero, le devolvería su amor y apartaría de él

su cólera.^[54]

La profecía de Oseas es también digna de atención por las numerosas referencias a la tradición y a la historia que se encuentran en ella. Habla de Moisés como del profeta que libertó a los hebreos del yugo egipcio,^[55] y hace referencia a los diez preceptos de la Ley mosaica.^[56] En relación con la fundación de la monarquía, refleja el punto de vista que es característico de las tradiciones posteriores de Israel.^[57] Alude a la historia a Jacob, a su nacimiento,^[58] al incidente en Peniel, al sueño en Bétel,^[59] su huida a casa de Labán, a quien sirvió.^[60] Parece probable, por consiguiente, que la colección de narraciones conocida como el documento E, debido a que el nombre *Elohim* es usado para hablar de Dios, fue redactada en este periodo, tal vez incluso por uno de los discípulos de Oseas, el cual conservó de esta manera las tradiciones orales de las tribus del norte dominadas por la tribu de Efraín.^[61] Comienzan en Génesis 15 y se extienden al través de los libros Éxodo, Números, Josué, Jueces y I Samuel. En el siglo VII a. C. estos relatos fueron combinados con una colección de tradiciones semejantes que tienen su origen en el reino de Judá, hacia el año 850 a. C.; en estas últimas se emplea el nombre de Yavé para referirse a Dios y se diferencian también de la colección forjada en el reino del norte por otras muchas características.^[62] A veces estas dos narraciones están tan estrechamente entrelazadas que cuesta gran trabajo separarlas; otras veces corren por cauces paralelos y difieren de tal modo que nos hallamos ante esas narraciones duplicadas que ya hemos advertido en el libro de Samuel, y que también se encuentran en el Génesis (especialmente en la leyenda de José), en el Éxodo y en Números, y las cuales, a menos que se lean sin atención, hacen de estas leyendas algo lleno de contradicciones y muy difícil de comprender.

Al presentarse la inevitable destrucción del reino del norte, los adoradores leales de Yavé se refugiaron en Judá y llevaron consigo estos documentos, que se conservaron así como herencia inestimable para todas las generaciones venideras. Ambas narraciones, la J y la E, vienen del círculo de los profetas, y, si bien conservan las tradiciones referentes a los días primitivos del pueblo en formas diferentes, como era casi inevitable, tienen un valor inestimable para nosotros, si comprendemos por lo menos que representan una primitiva pero importante etapa en el desarrollo nacional y religioso del pueblo hebreo, y sirven para preparar el camino a una revelación más plena de la voluntad de Dios.

[En relación con esta sección conviene leer los siguientes pasajes:

II Reyes 1:1-8 (la historia de Elías); II Reyes 4:1-44; 5; 6:8-23; 9:1-6; 13:14-19 (historia de Eliseo); Amós 7:1-17 y los pasajes citados al pie de página; Oseas 6; 7; 10:1-8; 11:1-11 y los pasajes citados al pie].

VIII. Historia de Judá

933-586 a. C.

DURANTE los dos siglos (de 933 a 721 a. C.) que presenciaron el apogeo y la decadencia de Israel, el reino de Judá representa un papel insignificante en la historia; sin embargo, esta insignificancia política no era incompatible con la fortaleza de carácter, la tenacidad de propósito y el desarrollo de la visión espiritual. La adversidad sirvió para purificar y ennoblecer el carácter de los habitantes de Judá, en conjunto, y en la plenitud de los tiempos, el propósito de Dios para el género humano se cumplió en un Hijo de David que nació en Belén de Judá.

Después de la rebelión triunfante del reino del norte, en el año de 933 a. C., el profeta Semeyas aconsejó a Roboam, hijo de Salomón, que aceptara las consecuencias de su propia insensatez y se dedicara al gobierno de su disminuido territorio. El único acontecimiento importante durante este reinado fue un ataque egipcio hecho bajo el mando del faraón Sesac;^[1] el Templo y el palacio fueron saqueados y, dado que el recopilador se refiere especialmente a la pérdida de los «tesoros de la casa de Yavé», no es nada improbable que el Arca fuera destrozada o transportada a otro lugar. Tal vez haya permanecido en el oscuro santuario interior donde la dejara Salomón hasta la destrucción del Templo mismo por Nabucodonosor; pero no se menciona de nuevo en los libros históricos más antiguos.^[2]

El nieto de Roboam, Asa, tomó sus providencias para impedir el culto cananeo dentro del palacio;^[3] pero el hijo de Asa, Josafat, era el verdadero responsable de la introducción del culto tirio en Judá, debido al casamiento de su hijo Joram con Atalía, hija de Jezabel, unión que fue casi tan desastrosa para el reino del sur como había sido la de Ajab para el del norte. Durante este reinado hubo estrecha cooperación entre Israel y Judá, pues Josafat no solamente ayudó a Ajab en su desastrosa campaña siria, sino que acompañó también a Joram en la expedición a Moab.^[4] En ambas ocasiones se mostró como digno descendiente de David, pues fue él quien desconfió de Sedecías ben Canana y obligó a Ajab a enviar en busca de un profeta de Yavé, Miqueas; fue también únicamente por deferencia a su petición que Eliseo dio el consejo que salvó las fuerzas aliadas cuando se encontraban en gran dificultad a consecuencia de la escasez de agua.^[5] Se planeó también una expedición naval en unión del rey de Israel, pero los navíos se fueron a piqué en la bahía de Asiongaber, desastre que fue interpretado por uno de los profetas como señal de que Yavé desaprobaba la alianza entre Judá e Israel.^[6] El fracaso que sufrió la política exterior de Josafat encontró, a pesar de todo, su contrapeso en el éxito que caracterizó su conducta en los asuntos interiores. Parece probable que durante aquel reinado se haya

establecido un sistema regular de administración judicial, y que las peticiones de los poblados exteriores fueran falladas en Jerusalén por jueces conminados por el rey a actuar fielmente en el temor del Señor, sin fijarse en la calidad de las personas y sin admitir soborno.^[7] Josafat era evidentemente un gobernante capaz y justo cuyo largo reinado se distinguió no solamente por su intento de establecer la administración de justicia sobre una base firme, sino igualmente por una considerable actividad literaria. Las crónicas de Judá se habían venido escribiendo desde el reinado de David, pero en la época de que estamos hablando, las tradiciones orales de los hebreos y del reino del sur fueron recopiladas y redactadas por un profeta que poseía una capacidad maravillosa para relatar una bella leyenda. Esta colección de narraciones se conoce generalmente como el documento J, debido a que el nombre que en ella se usa para hablar de Dios es el de Yavé [o Jehová]. Contiene algunas de las más bellas y dramáticas narraciones del Antiguo Testamento^[8] y se caracteriza por una notable frescura y sencillez de estilo.

Josafat fue sucedido por Joram, cuyo reinado tuvo corta duración, y se señaló únicamente por la rebelión del estado vasallo, Edom, y de la ciudad de Libna; su hijo Ocozías fue asesinado por Jehú, y su esposa, Atalía, después de haber exterminado a todos los varones de la familia real de Judá, usurpó el trono. Pasados seis años, sin embargo, el sumo sacerdote, Joyada, ayudado por la guardia personal del rey y por los ciudadanos de Jerusalén, restauró en el trono al legítimo heredero, un joven príncipe llamado Joás, que había sido salvado por su hermana y escondido en el recinto del Templo hasta que se halló en edad de reinar. Mataron a Atalía, y el culto tirio que ella había establecido fue abolido. Joás y su hijo Amasías fueron asesinados; el primero, según afirma un autor de época posterior, por amigos del sumo sacerdote Zacarías, hijo de Joyada, que había sido lapidado por mandato de Joás;^[9] y Amasías porque se había hecho impopular en los últimos años de su reinado a causa de su insensata acción contra Joás de Israel. Habiendo conseguido restablecer su soberanía en Edom, Amasías desafió a su poderoso vecino, quien, después de varios años de guerra desastrosa, había al fin derrotado a los sirios y reconquistado la independencia de Israel gracias a su capacidad militar. Joás de Israel replicó al desafío de Amasías con la ingeniosa pequeña parábola del cardo y el cedro y le aconsejó que no arrastrara su reino al desastre.^[10] Amasías persistió en su insensatez y en Betsamés sufrió una grave derrota; se abrió una brecha en la muralla de Jerusalén y les fue arrancado fuerte tributo.

Del reinado de Azarías (u Ozías) existen pocos documentos. Gobernó Judá durante muchos años y lo gobernó bien, a juzgar por lo narrado en II Crón. 26. Hacia el final de su reinado el reino de Asiria fue a parar a manos de Teglat-falasar III, monarca poderoso que hizo sentir muy pronto su influencia desde el Éufrates a la planicie de Esdrelón. Israel y Siria eran vasallos suyos; pero Judá era todavía independiente.

Ajaz, que subió al trono hacia el año 735 a. C., mezcló a Judá en las empresas

políticas del mundo de entonces, privando de esta manera al pequeño reino montañoso no sólo de su independencia política, sino aun de su libertad religiosa. En 734 a. C., se formó una de las muchas confederaciones contra Asiria entre los más pequeños estados de Asia occidental, y Pecaj de Israel y Rasín de Siria, que esperaban conseguir su independencia, invitaron a Ajaz a formar parte de aquella liga. Ajaz, muy prudentemente, se negó a unírseles, y aquéllos sitiaron Jerusalén. Los judíos temían de tal manera que fuera tomada la ciudad, que Ajaz apeló al rey de Asiria para que viniera a salvarla;^[11] en pago a aquella ayuda se vio obligado naturalmente a aceptar la soberanía asiria. Fue en aquel momento cuando el gran hombre de estado y profeta Isaías hizo su primer y notable anuncio. Con anterioridad había pronunciado varios oráculos de Yavé sobre la condición social de Judá; pero su dramática intervención en aquellas circunstancias hizo una profunda impresión en sus discípulos, cuyo relato se ha conservado para nosotros en Isaías 7:1-8:22. Isaías, acompañado de su hijo, se encontró con el rey junto al acueducto de la piscina superior^[12] y le aseguró que Siria e Israel no eran sino «dos cabos de tizones humeantes», desagradables pero no peligrosos, y le conminó a poner su confianza en Yavé y a esperar la liberación que Él seguramente enviaría. También le ofreció como contraseña el nombre significativo de Emmanuel (Dios con nosotros). Uno de sus propios hijos llevaba el nombre de Sear-Jasub (un resto volverá o será convertido), y en este momento anunció que nacería un niño cerca de Jerusalén al cual su madre daría el nombre de Emmanuel: antes de que ese niño tuviera edad bastante para desechar lo malo y elegir lo bueno, y antes de que su propio hijo supiera decir «padre y madre», aquellos dos reyes, que tanto terror producían a Ajaz y a sus nobles, quedarían impotentes para hacer daño alguno.^[13] Ajaz, sin embargo, no tenía la fe sublime del profeta; depositó su confianza en su propia sagacidad política y en la fuerza militar de Asiria y no quiso cambiar su política. En el año 732 a. C. Pecaj y Rasín fueron derrotados, los sirios deportados y un hombre designado por los asirios ocupó el trono de Israel. Ajaz fue llamado a Damasco para rendir homenaje personal al conquistador; parece ser que durante su estancia allí quedó impresionado, hasta cierto punto al menos, por los dioses que adoraba el rey asirio; porque ordenó que en el patio del Templo de Jerusalén se erigiera una copia del altar que usaba Teglat-falasar III en Damasco. El vasallaje llevaba consigo ordinariamente no sólo el pago de tributo, sino al mismo tiempo la aceptación de los dioses del conquistador; Salomón, a pesar de ser un monarca independiente, había iniciado la tradición seguida por Ajaz en esta ocasión, y que llegó a su lógica conclusión en Manasés, el cual incluso introdujo en el recinto secreto del Templo de Jerusalén emblemas relacionados con el culto del sol, de la luna y de las estrellas.^[14]

Fue poco después de la muerte de Ajaz y de la elevación al trono de su hijo Ezequías cuando Samaria fue sitiada y tomada por Sargón II y cuando la mayoría de los israelitas fueron deportados a territorio asirio. Es probable que algunos de los más leales de ellos huyeran a Judá antes de que el sitio empezara de hecho, llevando con

ellos aquellos documentos de las crónicas de Israel a las cuales hace referencia tan frecuentemente el recopilador del libro de los Reyes, como igualmente las tradiciones referentes, no sólo a tan grandes guías como Débora, Gedeón, Samuel y Elías, sino también a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. De esta manera, los primeros documentos de la historia del reino de Israel fueron conservados junto con los del reino de Judá, y con el tiempo fueron entrelazados en una sola narración por un hombre que quiso conservar lo mejor de estas dos fuentes. Así, pues, la vida religiosa de Judá fue enriquecida y fortalecida por los fugitivos del reino del norte, cuya fidelidad a Yavé había sido probada seriamente durante las desastrosas experiencias de los últimos años de la monarquía israelita.

En la primera parte de su reinado, Ezequías, probablemente influido por las enseñanzas del profeta Isaías, parece haber intentado una reforma religiosa. Ordenó la destrucción de una serpiente de bronce, llamada por él Nejustán, que estaba en el Templo y cuyo origen se atribuía popularmente a Moisés.^[15] Varios santuarios del país fueron suprimidos y varios emblemas idolátricos echados fuera del recinto del Templo. El recopilador del libro de los Reyes creía indudablemente que Ezequías había sido fiel a las mejores tradiciones religiosas de la dinastía de David, y había tratado de hacer de la más pura religión de Yavé una fuerza viva en la vida nacional. En política, sin embargo, el rey estaba menos dispuesto a dejarse guiar por el profeta Isaías; pues intrigó con Merodac-Baladán, rey de Babilonia, quien alentaba la oposición a su señor Senaquerib, rey de Asiria (705-682 a. C.). Ezequías, influido por algunos de sus nobles y confiando en la ayuda de Egipto, se unió a los rebeldes.^[16] En el año 701 a. C. Senaquerib marchó hacia el sur en una expedición punitiva; devastó Fenicia, se apoderó de las ciudades filisteas, rescató a su vasallo leal Padi, rey de Ecron, tomó cuarenta y seis ciudades fortificadas de Judá y desde su campamento en Laquis envió a Ezequías demandas de sumisión. El relato asirio de esta campaña, escrito en un cilindro hexagonal de barro cocido, refiere que Ezequías pagó fuerte tributo y reconoció a Senaquerib como a su soberano.^[17] En general coincide con esto la aseveración que hay en II Reyes 18:13-16, y se ha pensado, por tanto, que representa la narración oficial hebrea de aquella campaña. Pero el relato bíblico contiene una magnífica descripción, obra probablemente de discípulos de Isaías, de la llegada a Jerusalén de los mensajeros de Senaquerib, sus irrisorios comentarios sobre la política adoptada por Ezequías y su desdeñosa referencia a Yavé, quien no podría salvar a su pueblo de la suerte que ya habían sufrido potencias más fuertes, tales como Jamat, Arfad o Sefarvaim.^[18]

En aquel momento de crisis, Ezequías acudió a Isaías, quien aconsejó al pueblo y al rey que esperaran pacientemente la liberación que, según él, les enviaría Yavé. Asiria no era más que un instrumento en manos del Señor para conseguir un propósito definido; pero Asiria se había ensoberbecido y, por consiguiente, por amor a su propio nombre y a su siervo David, Yavé no permitiría que Jerusalén fuera tomada; el invasor se volvería por el camino por donde vino.^[19] Tanto los

documentos hebreos como los egipcios hablan de cierta desgracia que cayó a las tropas asirias cuando se hallaban cerca de la frontera egipcia: dice el profeta historiador que el ángel del Señor asoló el campamento y destruyó muchas vidas; los documentos egipcios afirman que los ratones royeron las cuerdas de los arcos asirios, y como el ratón era el antiguo símbolo de la peste, las dos parecen apoyarse respectivamente.^[20] Con un número tan reducido Senaquerib no podía atacar a Egipto, y por tanto se vio obligado a volver a Nínive. El partido proegipcio de Jerusalén cayó en el descrédito por algún tiempo, pues Egipto había demostrado de nuevo ser una caña rota porque «el socorro de Egipto no es más que vanidad, nada».^[21] La confianza de Isaías en Yavé fue triunfalmente reafirmada por esta prodigiosa liberación, y durante algún tiempo el rey y el pueblo se unieron en su servicio.

A la muerte de Ezequías hubo un cambio total y desastroso en su política religiosa. Su hijo Manasés era vasallo de Asiria, y en una gran asamblea de príncipes súbditos en Karkémis en 677 rindió homenaje al nuevo rey Esarhadón. Las consecuencias de esto se sintieron sobre todo en la esfera religiosa, porque Manasés adoptó con entusiasmo el culto de los dioses asirios. No solamente introdujo el culto del sol, de la luna y de las estrellas, el sacrificio de niños y la adivinación, sino que persiguió severamente a los que continuaron fieles a Yavé; muchos de los profetas y de sus discípulos, sufrieron martirio, porque «derramó también Manasés mucha sangre inocente hasta llenar a Jerusalén de un cabo al otro».^[22] Algunos autores judíos de época posterior creían que al final de su reinado Manasés se arrepintió de sus malas acciones y que la «Oración de Manasés» era la expresión de su contrición.^[23] Esto es, no obstante, difícilmente compatible con los hechos; porque la gran reforma religiosa que fue realizada por Josías, su nieto, parece no haber tenido sino un éxito parcial, pues no logró influir sobre la mayoría de la nación que ya había adoptado el código moral inferior de la religión asiria, prefiriéndolo a la severa moral que exigía la de Yavé.

Cuando Josías subió al trono, el poder de Asiria declinaba, y, por consiguiente, las circunstancias políticas eran favorables a la reforma religiosa que inició y en la que él mismo tomó parte principal. En 621 a. C., al hacerse las reparaciones en el Templo, los obreros encontraron un rollo que entregaron al sumo sacerdote Helcías; éste consultó con Safán, el escriba, quien dio cuenta del hallazgo al rey. Josías quedó muy impresionado por la enseñanza encontrada en aquel rollo, conocido después como el Libro de la Ley, y se atemorizó por las penas que la desobediencia a sus consejos implicaba. Se reunieron representantes de la nación en Jerusalén, y rey y pueblo se propusieron solemnemente observar las reglas contenidas en el Libro de la Ley. La obra de reforma dio comienzo en Jerusalén y después fue llevada a las ciudades vecinas. Todos los objetos relacionados con el culto asirio, tales como el carro del sol y la estatua de Istar, fueron destruidos; el valle de Hinnom, caído de la gracia de Dios por los sacrificios de niños, fue maldecido; los santuarios del país fueron totalmente suprimidos, porque en ellos se habían producido grandes abusos; se tomaron las

medidas necesarias para que los sacerdotes del país tomaran parte en el culto en Jerusalén. Habiendo obedecido los preceptos destructores incluidos en este libro, Josías emprendió entonces su política constructiva. En el futuro, los sacrificios se harían exclusivamente en Jerusalén; se dieron mayores detalles para la celebración de las tres grandes festividades: Pascua, con la que se combinaba la fiesta del pan ácimo, Pentecostés y la fiesta de los Tabernáculos, esperándose que en cada una de estas ocasiones todos los hebreos se presentaran ante Yavé con una ofrenda. Solamente los sacerdotes levitas tenían el derecho de ofrecer sacrificios, y para su sostenimiento se apartaban ciertas primicias de frutos de la tierra.^[24] En la primavera se celebraba en Jerusalén la Pascua con gran solemnidad, de acuerdo con las indicaciones halladas en aquel libro, y el pueblo, en conjunto, se consagraba nuevamente al culto de Yavé. Es importante recordar que esta reforma, que realizaba los ideales de profetas y sacerdotes, fue llevada a cabo en obediencia a una autoridad escrita, y que por vez primera en la historia de la religión hebrea un documento escrito fue reconocido como el medio de una revelación divina al igual que el mensaje oral del profeta.

Y ahora se plantea el siguiente problema: ¿qué libro del Antiguo Testamento corresponde con este libro de la Ley? La contestación es ésta: la parte central del Deuteronomio.^[25] Josías destruyó todos los emblemas de los cultos extraños que el Deuteronomio señala como idólatras, y él inició las reformas que están evidentemente incluidas en aquel libro. Por otra parte, el libro debe haber sido escrito después del reinado de Manasés, pues de lo contrario no podrían haber sido condenadas prácticas que tuvieron lugar por primera vez en aquel tiempo; además refleja tan claramente el lenguaje y las enseñanzas de los grandes profetas Amós, Oseas, Isaías y Miqueas, que aplica a los problemas de la vida diaria, que solamente puede haber sido escrito por sus discípulos.^[26] Como tantas otras cosas bellas del Antiguo Testamento, permanece anónimo; pero ha influido en la religión hebrea más directamente que cualquier otro libro, con excepción acaso de los Salmos. Nuestro Señor, al contestar la pregunta de un fervoroso estudiante de la Ley, empleó palabras del Deuteronomio^[27] que eran familiares a todo devoto hebreo: «Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y con todas tus fuerzas».

La reforma que comenzó con tantas esperanzas Josías nunca llegó a penetrar más que superficialmente. Antes de terminar aquel siglo, Judá fue arrastrada en la corriente de los acontecimientos que siguieron a la caída del reino asirio. Cuando Nabopolasar, rey de Babilonia, sitió y tomó Nínive en el año 612 a. C., todos los vasallos de aquel reino tuvieron la esperanza de recobrar su independencia. El faraón Necao de Egipto tomó rápidas medidas para sacar alguna ventaja, y en el año 608 a. C. marchó hacia el norte a lo largo del camino costero de Palestina a Magedo, donde se encontró con Josías, quien tal vez tratara de asegurar su propia independencia o fuera conminado a pagar mayor tributo. Josías fue muerto; su hijo Joacaz, quien evidentemente estaba a favor de la política anti-egipcia de su padre, fue llevado a

Egipto, se le exigió fuerte tributo, y Joaquim, un hijo de Josías, que tenía simpatía por los egipcios, fue colocado en el trono de Judá. Jeremías, cuya obra como profeta pertenece a este periodo, lamentó la suerte de Joacaz y de su padre Josías,^[28] poniendo de relieve el contraste entre el gobierno justo de éste con la brutal tiranía de Joaquim.^[29] En el año 605, el faraón Neco fue derrotado en Karkemis por Nabucodonosor, hijo y general en jefe de Nabopolasar, y Judá fue obligada a aceptar la soberanía de Babilonia. Para el rey y para el fuerte partido proegipcio de la corte, este cambio fue un golpe y pronto empezaron las intrigas para un levantamiento general de los príncipes sirios. Nabucodonosor, que sucedió a su padre en 604 a. C., afrontó vigorosamente la situación; y en año 601 a. C. tuvo una feroz batalla con Egipto en el sur. Pero no le fue posible regresar al oeste sino varios años después, cuando se enfrentó severamente con los estados rebeldes, pero cuando llegó a Jerusalén en 596, Joaquim había muerto y su hijo Joaquín sufría por los pecados de su padre.^[30] El rey, la reina madre, los príncipes, los sacerdotes, los nobles y lo mejor de la nación de Judá fueron deportados a Babilonia. Jeremías, usando una pintoresca y viva expresión, declaró que los higos buenos habían sido sacados del cesto y que los que quedaron carecían de valor; aconsejó a los desterrados que se acomodaran en su nueva morada y que no intentaran rebelarse; que laboraran «por el bien de la ciudad» y renunciaran a toda esperanza de una pronta vuelta a Judá.^[31] El nuevo rey, Sedecías, era completamente incapaz de hacer frente a la situación, pues era un monarca débil, aunque bien intencionado, que se vio obligado a confiar en hombres sin experiencia cuya única idea era rechazar el pacto con Babilonia y organizar una rebelión general con la ayuda de Egipto. Nabucodonosor envió un destacamento mandado por Nabuzardan para enfrentarse a esta rebelión, y el año 586 Jerusalén fue tomada, el Templo y la ciudad destruidos, las murallas derribadas, y la mayoría de los habitantes deportados al otro lado del Éufrates. Sedecías y sus hijos fueron llevados ante Nabucodonosor en Ribla; los hijos fueron asesinados a la vista de su padre, a quien, después de haberle sacado los ojos, llevaron prisionero a Babilonia. Godolías, miembro de la familia de aquel Safán que tuvo un importante papel en el reinado de Josías, fue nombrado gobernador de Judá, y durante un corto tiempo ejerció autoridad sobre los tristes y empobrecidos judíos que habían quedado en el país para que cultivaran la tierra. Desgraciadamente, Godolías fue asesinado a instigación del rey de Amón, y un grupo de sus partidarios judíos, aterrados por el castigo que los babilonios pudieran infligirles sin esperar a discernir entre el inocente y el culpable, huyeron a Egipto, llevando con ellos al profeta Jeremías.

Después del año 586 a. C. no hubo ya ningún Estado judío organizado; la monarquía había llegado a su fin y la vida nacional parecía condenada a extinguirse. De allí en adelante los judíos no estuvieron confinados en Palestina, sino representados por tres grupos o colonias de los cuales el más extenso, más rico y más inteligente era el que se hallaba en Babilonia, donde, bajo la guía del sacerdote-profeta Ezequiel y otros maestros cuyos nombres no han llegado a nosotros,^[32]

aprendieron las lecciones que los grandes profetas anteriores al Cautiverio habían tratado en vano de enseñarles y se prepararon para el regreso a su patria, cuando el propósito de Yavé lo requiriera.

Las comunidades de judíos que había en Egipto estaban asentadas en Tahpenes y en Menfis, lo mismo que Nilo arriba en Asuán y en la isla de Jeb o en Elefantina, opuesta a aquélla. Allí erigieron un templo y formaron una colonia militar de la cual tenemos abundantes noticias en el siglo v.^[33]

Los judíos más pobres, a la vez espiritual y físicamente, fueron aquellos infelices campesinos que habían quedado en Judá. La tierra se convirtió en yermo, sus vecinos, invadieron poco a poco su territorio, y, a pesar de tener probablemente cierta vida religiosa, carecían de toda iniciativa y cayeron en la apatía y la desesperación. Pensando en Jerusalén y en sus hermanos, más de un judío expatriado pudo preguntarse:

¿Por qué, ¡oh Dios!, nos has rechazado del todo?
Prendieron fuego a tu santuario;
y profanaron, arrasándola, la morada de tu nombre.
Se decían: «Destruyámoslos a todos»...
¿Hasta cuándo, ¡oh Dios!, insultará el adversario
y sin cesar blasfemarás tu nombre el enemigo?^[34]

[Léase, en relación con la historia de Judá:

I Reyes 12:1-24 (rebelión contra Roboam); 14:25-31 (invasión de Judá por el faraón); I Reyes 22:41-50, II Crón. 19 (reinado de Josafat); II Reyes 11 (usurpación y muerte de Atalía); II Reyes 16 e Isaías 7:1-17 (reinado de Ajaz); II Reyes 18:13--19:37 (sitio de Jerusalén); II Reyes 21:1-16 (Manasés); 22, 23:1-30 (reforma de Josías); 23:36-24:7 (Joaquim); Jer. 22:10-80 (elegía de Jeremías a Josías y sus hijos); II Reyes 24:8-25:26 (final del reino de Judá); 25:27-30 (el trato dado a Joaquín por Evil-Merodac)].

LOS PROFETAS DEL REINO DEL SUR

No fue sino hasta la segunda mitad del siglo VIII cuando los profetas empezaron a desempeñar parte principal en la historia de Judá. El primero y, quizá, el más noble de todos ellos es el gran profeta y estadista Isaías, cuyo inspirado mensaje fue comunicado durante los reinados de Jotam, Ajaz y Ezequías, pero cuya enseñanza religiosa dejó su huella en la religión hebrea para siempre y fue después incorporada al cristianismo. Las enseñanzas de Isaías están contenidas en los capítulos 1-23 y 28-35 del libro que lleva su nombre.^[35]

Hacia el año 740 a. C. vio en el Templo la maravillosa visión de la adoración de las huestes celestes y oyó su canto: «Santo, santo, santo, es el Señor de los ejércitos; la tierra toda está llena de su gloria».^[36] El profeta creía que su propio trato con Dios estaba desfigurado por el pecado y que él era indigno de tomar parte en la adoración

del coro angélico.^[37] Comprendió que Dios le pedía que fuera su mensajero ante su pueblo, y cuando sus pecados fueron simbólicamente consumidos por el fuego del altar celestial, se ofreció en respuesta a la llamada de Dios.^[38] Le fue advertido que su mensaje sería mal recibido por sus compatriotas y que se endurecerían más; a pesar de ello, Isaías permaneció fiel a su vocación que, al cabo del tiempo, lo llevó al martirio durante el reinado del malvado rey Manasés.

En dos ocasiones en que el desastre amenazaba a Judá, Isaías dio prudentes consejos, primero al rey Ajaz y después a su hijo Ezequías. El primero se negó a atender el mensaje del profeta y se avino a las condiciones de Asiria; pero el segundo pidió al profeta que le aconsejara cuando las tropas de Senaquerib amenazaban Jerusalén en el año 701 a. C., y recibió la maravillosa «palabra de Yavé», cuya verdad se manifestó cuando el ejército asirio se vio obligado a retirarse dejando en salvo la ciudad.^[39]

La obra característica de Isaías no quedó limitada a su momento; fue el primer profeta que señaló al futuro rey de la estirpe de David: el Mesías, quien sería juez ideal, hombre de estado y rey;^[40] y que no solamente reuniría Israel y Judá bajo su autoridad,^[41] sino que incluiría incluso a sus enemigos, Asiria y Egipto, en un reinado de paz que se extendería hasta que «la Tierra esté llena del conocimiento de Yavé, como llenan las aguas del mar».^[42] El santo y seña para su pueblo, Emmanuel (Dios con nosotros), encontró, según sus contemporáneos, su plena realización en la liberación de Jerusalén el año 701 a. C.; sin embargo, nosotros sabemos que la completa significación de esa palabra sólo fue comprendida cuando reyes y pastores llevaron sus ofrendas al Niño que reposaba en un pesebre de Belén.^[43]

Amós enseñó que Dios era justo; Oseas, que anhelaba perdonar; pero la obra primordial de Isaías fue enseñar que Él era el Santo Señor de Israel; todo mal y toda impureza deben ser destruidos como consumidos por el fuego en una nación que profesa adorarle. Isaías, por consiguiente, igual que Amós, puso de manifiesto las maldades sociales de su tiempo, la corrompida administración de la justicia,^[44] el egoísmo de las mujeres,^[45] la avaricia de los terratenientes,^[46] la infidelidad a Yavé que revelaban todos aquellos que encontraban satisfacción en farfullerías de brujos y en adoración a dioses extraños.^[47] Aunque le llevaran ofrendas costosas, eran un insulto al Santo Señor de Israel, porque no eran inspiradas por una sincera y cordial devoción hacia Él, sino por el trato con sus prójimos, y por esto Él las rechazaba.^[48] En la dramática parábola de la viña, mostró Isaías que Dios había hecho todo lo que se podía hacer por su pueblo, pero que su ingratitud y falta de correspondencia a sus desvelos le obligaron a destruir la nación que era semejante a una viña que no producía fruto.^[49]

Isaías creía que Dios tenía un propósito respecto a su pueblo elegido, los judíos, y por intermedio de éstos para toda su Creación; realizaría ese propósito a despecho de la negativa de la mayoría a responder y a hacerse colaboradores de Dios. Sólo una

minoría de la nación sería obediente a la enseñanza de los profetas y volvería a Yavé, pero gracias a éstos, que son el verdadero Israel, Dios sería una luz que guiaría a los gentiles, y la redención de la raza humana entera sería realizada cierta, aunque lentamente, en el tiempo señalado por Dios.^[50]

Pertenece también a este periodo otra pequeña colección de enseñanzas proféticas; se trata de la de Miqueas, un campesino que vivía en una aldea de la región de Hebrón; se ocupa en primer lugar de los daños hechos a hombres de su clase por propietarios codiciosos y por jueces injustos que los apoyaban en su mal proceder.^[51] Creía que Yavé se revelaría a su pueblo mediante alguna manifestación de su cólera que comprendería la destrucción de Jerusalén y del Templo. Jeremías cita este mensaje y parece que pensó que penetraría en la conciencia de sus contemporáneos.^[52]

Jeremías, el último y, en algunos aspectos, el más grande de los profetas anteriores al Cautiverio, pertenecía a una familia de sacerdotes que habitaba en Anatot, y no es improbable que descendiera de aquel Abiatar que fue desterrado por Salomón y que se proclamaba descendiente de Helí de Silo.^[53] Las primeras enseñanzas que recibió ayudaron a moldear un carácter naturalmente devoto, y, desde muy joven, tuvo conciencia de que Dios lo llamaba para separarse de sus conciudadanos y dedicarse enteramente a su servicio. Su ferviente ayuda a la reforma de Josías lo hizo tan poco grato en Anatot que su vida estuvo en peligro;^[54] así, pues, se unió a los sacerdotes de Jerusalén, lo que lo llevó a darse cuenta de que todas sus esperanzas de un verdadero renacimiento religioso estaban condenadas al fracaso. Al principio del reinado de Joaquim, cuando la situación era aún más decepcionante, dio a conocer un mensaje en el patio del Templo.^[55] Advirtió al pueblo de Jerusalén que su confianza en el Templo para salvar la ciudad del desastre no tenía ninguna justificación; porque el Templo en sí mismo no era visible garantía del favor de Yavé. No podía hacer más para salvar a Jerusalén de lo que pudo hacer el Arca para salvar a Silo. El culto en Judá era poco sincero, la religión falsificada, la vida social se caracterizaba por el egoísmo, la crueldad y la injusticia. La percepción moral de los judíos estaba tan embotada que ni siquiera reconocían su propia maldad. Además, habían caído en el engaño de las promesas de falsos profetas, de los cuales era el más notorio Ananías,^[56] y Jeremías se vio obligado a defender su legitimidad como mensajero de Yavé y a denunciar a los impostores.^[57] Esto le hizo tan impopular que fue encarcelado por Pasjur, dignatario real, y su vida estuvo en peligro.^[58]

Después de la batalla de Karkémis en 605 a. C., Jeremías pareció comprender que los caldeos, o babilonios, eran el instrumento por medio del cual Dios castigaría a su pueblo infiel; así, pues, dictó a su leal discípulo Baruc una serie de acusaciones que produjeron tan profunda impresión en algunos de los nobles, que las leyeron inmediatamente al rey Joaquim, quien destruyó en seguida el rollo.^[59] Jeremías, sin temor alguno, dictó a Baruc un rollo más extenso de advertencias, y cuando en el año

596 Jerusalén se vio obligada a entregarse a los babilonios y los más nobles judíos fueron deportados, por lo menos algunos de sus contemporáneos comprendieron la verdad de sus palabras.

En el reinado del débil y bien intencionado Sedecías (o Matanías), Jeremías se hizo cada vez menos grato, y por haber anunciado que toda resistencia sería inútil, se le calificó de antipatriota. Fue maltratado y preso; y lo dejaron para que muriera en una cisterna abandonada, de la que fue sacado por un benévolo etíope.^[60] Después de la toma de Jerusalén en 586, Jeremías fue tratado con gran consideración por los babilonios; pudo ir a Babilonia, pero pidió permiso para quedarse en Judá y ayudar al gobernador local, Godolías. Al ser asesinado este último, Jeremías fue obligado a ir a Egipto con los judíos que temían la venganza de los caldeos. Allí, según la tradición, sufrió el martirio.

La enseñanza de Jeremías tenía una gran influencia de la de Oseas,^[61] profeta cuya vida y experiencia espiritual no eran muy diferentes de la suya. Ambos previeron que un desastre fulminante amenazaba su país, y en vano intentaron llevar a su pueblo al cambio de actitud del corazón que sería lo único que justificaría el perdón de Dios; ambos eran hombres tiernos, sensibles, que sentían agudamente la larga vida de sufrimientos que hubieron de padecer como parte de su misión. Nos dice Jeremías que se resistió a su vocación y que incluso discutió con Dios sobre este asunto; y, sin embargo, comprendía, y en esto es único entre los profetas, que tenía una relación personal tan estrecha e íntima con Dios que podía hacer que la voluntad de Dios fuera la suya propia.^[62] Afirmó que la alianza que Dios había hecho al principio con la nación, era ahora privilegio de cada individuo, y que su propia y profunda conciencia de unión con Dios podía ser compartida por sus hermanos, «que todos me conocerán, desde los pequeños a los grandes, y no me acordaré más de sus pecados».^[63]

Jeremías no fue un pensador original; mas sus palabras y sus acciones convirtieron en realidad las verdades que otros expresaron. La influencia de su vida y de su carácter fue de tan largo alcance que se le ha dado con toda justicia un lugar entre los más grandes profetas hebreos. Su proclamación de la verdad sin temor a nada, por desagradable que fuera a su auditorio, fue lo que impulsó a los hombres a buscar el secreto de su fuerza. Los judíos comprendieron, por sus propios sufrimientos durante el Cautiverio, que su conciencia de íntima unión con Dios era lo que daba a Jeremías la firmeza en todas sus tribulaciones; su ejemplo los inspiró y aprendieron por propia experiencia personal la verdad de su interna convicción de familiaridad con Dios.

[Deberán leerse los siguientes pasajes de Isaías y Jeremías:

Isaías 6 (vocación del profeta); 5 (parábola de la viña); 1 (condición de Judá); 19:11-12; 30:2-3; 31:1-3 (la impotencia de Egipto); 9:2-7; 11:1-9 (el Rey-Mesías); 34, 35 (descripción de un reino ideal, aun cuando estos capítulos puedan no provenir del propio Isaías).

Jeremías 1:1-10 (su vocación); 11:18-23; 20:1-6; 37:3-21; 38:1-13 (los sufrimientos del profeta); 39:11-18;

43:1-7 (cómo lo trataron los babilonios y su propio pueblo); 1:11-15; 18:1-8 24:1-10 (parábolas de Jeremías); 36:19-26 (quema del rollo); 31:31-34 (el nuevo pacto con cada individuo); 29:1-14 (advertencia a los cautivos). Deuteronomio 6:4-9; 10:12-14; 15:7-75; 26:5-11; 30:11-20].

IX. El Cautiverio

EN EL año 586 a. C., la vida nacional de los hebreos fue arrancada de raíz y trasplantada a suelo extranjero. El que los judíos se recuperaran de aquel golpe tan magníficamente como lo hicieron se debió al valor moral y a la visión espiritual de sus grandes conductores, los profetas y los sacerdotes, que les enseñaron a ver en aquel desastre un designio de Dios para su pueblo, y aun para toda la raza humana. La reforma de Josías había causado profunda impresión, no solamente sobre los hombres más espirituales de su propia generación, sino también, por medio de las enseñanzas contenidas en el libro del Deuteronomio, sobre sus descendientes. Por consiguiente, cuando su fe tuvo que pasar por la prueba del Cautiverio, se mantuvo firme bajo aquella tensión. Por lo menos algunos reconocieron la justicia del castigo de Dios, y mediante el arrepentimiento y la renovada devoción a su servicio, emprendieron la preparación para su vuelta a la patria que sus maestros, con tan sublime confianza, les hacían esperar.

En Babilonia se encontraron los judíos en medio de una laboriosa vida comercial en la que muy pronto empezaron a tomar parte importante. Formaban varias grandes comunidades que arreglaban sus propios asuntos bajo la guía de los ancianos, quienes, cuando surgían dificultades, pedían consejo a hombres de piedad y visión como Ezequiel.^[1] En los primeros tiempos del Cautiverio, algunos judíos, mal aconsejados por falsos profetas, fueron lo bastante insensatos para intentar una rebelión; pero el castigo impuesto por Nabucodonosor fue fulminante y severo, y en general prefirieron seguir el consejo de Jeremías y se mantuvieron en paz. Muchos se elevaron a posiciones importantes en la corte de Babilonia, y después en la de los monarcas persas, y llegaron a tener cargos de confianza cerca de sus soberanos, como prueban las leyendas de Zorobabel, Nehemías y Daniel.^[2]

El hecho de que el Templo hubiera sido destruido y ellos deportados, era considerado por algunos como una prueba clara de que Yavé había abandonado a su pueblo; en consecuencia abandonaron su fe y adoptaron la religión de los conquistadores. Otros se sentían seguros de que Yavé seguía siendo fiel al pacto con su pueblo, y la presencia entre ellos de algunos profetas fortaleció su convicción. Éstos, los fieles, creían firmemente que algún día volverían a Judá, a pesar de que ninguna nación cautiva había regresado jamás. Los registros familiares se siguieron haciendo con todo cuidado, las antiguas costumbres eran escrupulosamente observadas y se escribieron los detalles del culto del Templo a fin de que pudiera reanudarse en fecha no lejana la vida política y religiosa en su propia tierra. En Babilonia se observaban ciertos días de descanso, o sábados, y así no les fue difícil a los judíos guardar el sábado aún más estrictamente de lo que lo hicieran en el pasado.^[3] Podían reunirse para el culto, discutir las cuestiones dudosas, leer pasajes de las enseñanzas de los profetas y los documentos históricos que habían llevado con ellos a

Babilonia; de hecho, el culto en la sinagoga, tal como lo conocemos por el Nuevo Testamento, tiene sus raíces en estas reuniones. Es más, se dio a conocer un grupo de hombres, discípulos de los sacerdotes y de los profetas, que empezaron no solamente a copiar los antiguos documentos, sino a sacar a luz algunos de ellos de acuerdo con el mismo espíritu que animó a los recopiladores del libro del Deuteronomio; los libros de Josué, de los Jueces, I y II de los Reyes fueron recopilados por estos escribas.^[4] Puesto que el último incidente narrado en II Reyes 25: 27-30 tuvo lugar hacia el año 560 a. C., cuando Evil-Merodac sacó a Joaquín de su prisión y honró su cautividad haciéndole comer a la mesa real, deben haber terminado su trabajo a mediados del siglo VI a. C.

Moral, intelectual y espiritualmente, los judíos de Babilonia eran lo mejor de la nación, y de una u otra de aquellas comunidades surgieron los grandes hombres que en los siglos VI y V a. C. inspiraron a la población de Jerusalén un nuevo entusiasmo y actuaron como directores en todo movimiento de reforma de la vida nacional y religiosa. Y no sólo esto; sino que los judíos de Jerusalén y sus cercanías dependían —para obtener ayuda material en los momentos críticos de su historia— de los que, por voluntad propia, permanecieron en Babilonia o incluso en Persia. Desde el siglo VI en adelante, los judíos de Judá constituían solamente una pequeña parte del judaísmo, y los que continuaron viviendo fuera de Palestina y fueron posteriormente conocidos como la Diáspora, o judíos de la dispersión, tuvieron una parte mucho mayor en el desarrollo religioso de la nación y ejercieron influencia en su literatura, en su pensamiento e incluso en el lenguaje más profundamente que los que aún vivían en Judá, aunque Jerusalén continuara siendo, hasta el año 70 a. C., la morada espiritual de todo judío.

Los dos maestros más destacados del periodo del Cautiverio son Ezequiel y el autor anónimo de Isaías 40-55, a quien, por conveniencia, se conoce como el segundo Isaías, ya que su mensaje está incluido en el rollo de Isaías.^[5]

Ezequiel era un joven sacerdote que en 597 a. C. fue deportado a Babilonia con el rey Joaquín, los nobles y las clases superiores.^[6] Era esencialmente un pastor de almas cuyo primer deber fue dar guía espiritual a su rebaño y que dejó un relato de su propia experiencia religiosa en una serie de mensajes notables por el vivo y pintoresco lenguaje en que están expuestos. Frecuentemente ilustraba sus enseñanzas con parábolas^[7] y las hacía resaltar por medio de acciones simbólicas.^[8] Una de sus más bellas parábolas es la del cap. 34,^[9] en la que Dios, el pastor de Israel, declara que Él buscará sus ovejas, las pondrá a salvo y las devolverá a su propia tierra: «Yo mismo apacentaré mis ovejas y yo mismo las llevaré a la majada. Buscaré la oveja perdida y vendaré la perniquebrada».^[10]

El mensaje está dividido en cuatro partes: en la primera (capítulos 1-24) describe el profeta en una serie de visiones su llamado a ser el guardián de la casa de Israel. Después, cuando medita sobre la historia de su pueblo, le parece que jamás mantuvo

su fe en Yavé y que los desastres recientes debieran inducirles a examinar su conducta y a reconocer sus faltas; porque su desobediencia es la que impulsó a Dios a castigarlos en vindicación de su honor. Los hebreos tuvieron siempre un fuerte sentido de su responsabilidad colectiva respecto al pecado, y por ello mismo, nada tenía de sorprendente que los desterrados afirmaran con frecuencia que eran castigados por las culpas de sus padres más que por las suyas propias, y como justificación citaban el viejo proverbio: «Los padres comieron los agraces y los dientes de los hijos tienen la dentera». En tales circunstancias había verdadero peligro de que, perdida toda esperanza, se sumieran en el desaliento y no hicieran ningún intento para enmendar su conducta. Pero Ezequiel incitó a sus contemporáneos a renovar su esfuerzo mediante un alentador mensaje que revolucionó su concepción del mundo. Afirmó que el pecador era responsable de su mal proceder y que su penitencia hallaría el perdón de Dios. Que no podía apoyarse en los méritos de sus antepasados ni tampoco ser abrumados por el peso de las malas obras de aquéllos. Así, pues, Ezequiel les mostró claramente la falsedad de aquel proverbio, tan popular en los días de Jeremías como en los suyos, y sustituyó la doctrina que contenía por la enseñanza que hay en la raíz de toda verdadera religión: «El alma que pecare, ésa morirá; y si el malvado se retrae de su maldad y hace lo que es recto y justo, vivirá y no morirá. Que no quiero yo la muerte del que muere. Convertios y vivid».^[11]

La segunda parte de su libro (capítulos 25-32) trata de los vecinos de Israel, quienes se regocijaron con su caída, pero que están destinados en un futuro inmediato a sufrir un destino semejante en manos del monarca babilonio.^[12] La tercera sección (capítulos 33-39) describe la llegada del mensajero con las noticias de que Jerusalén había sido tomada y destruida; contiene también la visión prodigiosa del campo de los huesos secos, que simboliza la resurrección de la nación, ahora muerta en el Cautiverio, a nueva vida y la promesa definitiva: «Yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel y viviréis. Y sabréis que yo, Yavé, lo dije y lo hice».^[13] En el tiempo en que Ezequiel hizo esta promesa no había, hablando humanamente, ningún destello de esperanza que justificara su convicción; sin embargo, su fe en Dios se vio satisfecha. Poco después de la caída de Jerusalén había tenido una visión en la que Yavé salía del Templo por la puerta que da al Oriente, llevado en las alas de un querubín; luego en la última parte de su libro (capítulos 40-48) traza un cuadro de la Jerusalén ideal: el Templo reconstruido sería el centro de la vida nacional; el culto, ordenado y reverente; los sacerdotes, fieles a su vocación. Dios volvería entonces a su Templo y a su pueblo y moraría con ellos para siempre.^[14] El ideal de Ezequiel es el de un pueblo santo asentado en tomo a la ciudad santa, Jerusalén, en el centro de la cual está el Templo, morada del Dios Santo, de donde brota el río de vida que será salud de todas las naciones.^[15] Así, el sacerdote-profeta Ezequiel enseña clara e inequívocamente que por medio de actos colectivos de culto se fortalece y renueva la vida espiritual del individuo, y que tal culto colectivo requiere forma y expresión ordenada. Ezequiel

murió antes de que los judíos recibieran permiso para volver a Judá; pero su obra fue continuada por sus discípulos y también por el déutero Isaías, que vivió hacia la época en que vino el rey persa, empezó su maravillosa carrera de conquistador y vio en él el libertador de su pueblo señalado por la divinidad.

El mensaje de este profeta es de consuelo y comienza con la palabras «Consolad, consolad a mi pueblo». Afirma que Dios, que rige el curso de la historia y que utiliza las naciones y los reyes como instrumentos suyos, ha llevado al monarca persa de victoria en victoria con objeto de que su pueblo pudiera quedar libre. Ha preparado incluso un camino a través del desierto para su vuelta.^[16] La liberación de los judíos de Babilonia era parte de un propósito divino que tenía por objeto nada menos que la salvación del género humano, y los judíos fueron llamados por Dios para cooperar con Él en el logro de este propósito. Ellos debían ser los misioneros por medio de los cuales los gentiles, esto es, las naciones no judías, serían llevadas al reconocimiento de Yavé, como el Dios Único, el creador del mundo, el gobernador del universo.^[17] «Yo te hago luz de las gentes; para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra».^[18] De hecho, la recuperada libertad de los judíos había de ser utilizada en el servicio de su prójimo y en honor de Dios.

Incluidos en la obra de este profeta encontramos cuatro pasajes de maravillosa ternura y belleza, que son conocidos generalmente como el «Poema del Siervo del Señor».^[19] No sabemos si en estos poemas el profeta describe los sufrimientos de un hombre o si piensa en aquellos jefes judíos que, durante el Cautiverio, parecían sufrir por los pecados ajenos. La persona del Siervo representa a uno que fue mirado con aversión por sus compatriotas, el cual, limpio de pecado, sufría voluntariamente en beneficio de aquéllos. Duro como el pedernal, lleva adelante la misión que Dios le encomendó en la más completa soledad; sus prójimos, los hombres, no lo comprenden y lo persiguen. Al final, sufre el martirio y muere a manos de éstos. Y entonces, al reivindicar Dios a su Siervo, los hombres comprendieron que sus sufrimientos tenían valor de redención, no solamente para los judíos, sino para toda la raza humana.

Al leer estos poemas, en los que alcanza su más elevada expresión la religión del Antiguo Testamento, nosotros, los cristianos, vemos claramente que la única interpretación plena de su significado se encuentra en la vida de nuestro Señor y en su sacrificio en la Cruz.^[20] Comprendemos que Dios, a su debida hora, dio a esta profecía un cumplimiento más glorioso que cualquiera de los que soñara el segundo Isaías, y comprendemos por qué aludían tan frecuentemente al último «Poema del Siervo» los seguidores de nuestro Señor^[21] y por qué hablaban de Él como «el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo».

[Deben leerse los siguientes pasajes del libro de Ezequiel:

Ezeq. 1 (vocación del profeta); 10:1-4, 18, 19; 11:14-25 (el Templo abandonado); 18:1-32 (responsabilidad personal); 27 (Tiro, la rica nave, naufraga); 37:1-14 (el campo de los huesos); 43:1-12 (la gloria de Dios en el

nuevo Templo); 44:10-16 (leyes para sacerdotes y levitas); 47:7-12 (el río de vida). Salmos 42, 43, 137. Además del «Poema del Siervo» deben leerse los siguientes pasajes de Isaías: 40:1-11; 43:1-13; 44:6-20; 45:1-7.13-25].

X. El regreso

EN EL año 539 a. C., Ciro, rey de Persia, después de una notable serie de campañas por medio de las cuales estableció el Imperio medo-persa y se adueñó del Asia Menor, aniquiló las fuerzas babilónicas mandadas por Belsasar, hijo de Nabonido, el último rey de Babilonia. No se hizo intento alguno para defender la capital, y cuando Ciro entró en Babilonia fue recibido con gran entusiasmo por los ciudadanos, cuya voluntad se había enajenado Nabonido, y por los pueblos cautivos cuya esperanza de retomo a sus hogares iba a realizarse muy pronto. En 538 se publicó un edicto que daba permiso a todos los extranjeros para regresar a sus países nativos, llevándose las imágenes de sus dioses.^[1] El permiso dado a los judíos no fue, por consiguiente, un acto especial de clemencia por parte de Ciro, sino un ejemplo de aquella política general de conciliación que adoptaron los persas hacia todas las naciones extranjeras. Como los judíos no tenían imágenes de su Dios, los vasos del Templo, que Nabucodonosor se había llevado, les fueron devueltos. Algunos judíos se aprovecharon probablemente del permiso de Ciro, pero desgraciadamente no poseemos ninguna narración fidedigna sobre las circunstancias relacionadas con la vuelta a Judá de algún grupo de judíos, hasta llegar a la declaración del profeta Ageo, cuyo mensaje está fechado en «el año segundo del rey Darío». La información que poseemos se halla en los libros de Esdras y Nehemías, que forman los tomos finales de una historia sagrada de los judíos que conocemos como libros I y II de las Crónicas. El autor, a quien se llama corrientemente el cronista, era un sacerdote o levita que vivió hacia los finales del periodo persa y cuyo interés principal era el Templo y el culto en él.^[2]

Podemos comprobar las afirmaciones que hace en los libros I y II de las Crónicas sobre la monarquía gracias a los libros de historia que aún poseemos: I y II de Samuel, I y II de los Reyes, y, cuando lo hacemos, nos vemos forzados a sacar la conclusión de que seleccionó, del material que tenía a su disposición, únicamente los incidentes que a él le parecían interesantes; que omitió mucho de lo valioso y que con harta frecuencia modificó las declaraciones de acuerdo con lo que él creía que era verdad.^[3] Su obra tiene un gran valor histórico cuando describe el culto en el segundo Templo; pero no puede ser considerada como historia *strictu sensu*, ni puede ponerse al mismo nivel que los documentos históricos más antiguos.

Por lo que se refiere al periodo comprendido entre los años 536 y 400 a. C. dependemos desgraciadamente de la historia tal como la interpreta el cronista en los libros de Esdras y Nehemías; solamente podemos comprobarla, en cierta medida, gracias a los datos contenidos en los libros de Ageo, Zacarías (capítulos 1-8) y Malaquías. La historia de este periodo es tan oscura y los problemas que presenta tantos y tan difíciles, que será mejor dejarlos aparte y concentrar nuestra atención en los tres grandes hombres, Zorobabel, Nehemías y Esdras, que condujeron al pueblo

durante el periodo de la supremacía persa.^[4] Cada uno de ellos impulsó a sus conciudadanos a entrar en acción en defensa de su religión y de su vida nacional, y debido principalmente a la energía y al entusiasmo de estos tres guías se mantuvieron las antiguas normas de conducta y se despertaron nuevas esperanzas.

Los judíos estuvieron sujetos al gobierno persa desde 538 hasta 331 a. C., cuando la derrota de Darío III por Alejandro el Grande implicó el cambio de dueños. Los persas trataron bien a los judíos, y con tal de que éstos pagaran sus impuestos con regularidad y permanecieran tranquilos, disfrutaban de una generosa libertad civil y religiosa. Algunos de ellos, no obstante, parece que estuvieron complicados en las rebeliones que tuvieron lugar en Siria cuando el poderío de Persia empezó a declinar, pues un cierto número de judíos fue transportado a las costas del Mar Caspio en 353 a. C. Durante este periodo, el hebreo pasó a ser una lengua muerta, y el arameo — lengua hermana de la hebrea que había sido empleada largo tiempo para el comercio y la diplomacia en Siria— desplazó al hebreo en Palestina y llegó a ser la lengua popular.^[5]

Los judíos que regresaron a Judá, sea en 536, como creía el cronista, sea en los años transcurridos entre aquella fecha y 520 a. C., cuando Zorobabel se convirtió en gobernador de Judá, tuvieron que hacer frente a muchas dificultades. Los pueblos del desierto se habían apoderado del territorio meridional del reino de Judá, y los samaritanos, pueblo mestizo que descendía de los israelitas y de los colonos introducidos por alguno de los reyes asirios, habían adquirido tierras en el norte.^[6] Las ciudades estaban en ruinas, la tierra, sin cultivo durante muchos años, se había convertido en yermo, y los judíos que vivían en los pueblos vecinos a Jerusalén recogían con dificultad suficiente cosecha para su propio alimento, el de sus familias y el de sus ganados.^[7] Su condición era tan lastimosa, que parecía poco probable que los judíos que estaban tan cómodamente instalados en los grandes centros mercantiles del imperio persa pensarán en unírseles.

En el año 520 a. C., segundo del reinado de Darío I, llegó a Judá una nueva caravana procedente de Babilonia. Eran sus jefes Josué, sacerdote, y Zorobabel, quien, según se dice, había conquistado el favor del rey por su sabiduría, y había sido, en consecuencia, nombrado gobernador de Judá.^[8] Con ellos llegaron dos profetas, Ageo y Zacarías, quienes declararon audazmente que la pobreza de los judíos cesaría, las cosechas volverían a ser abundante, siempre y cuando el servicio de Yavé viniera antes que sus propias necesidades y se empezara inmediatamente la reconstrucción del Templo. Tan conmovedor fue aquel llamamiento que, dirigidos por Zorobabel y Josué, los judíos pusieron manos a la obra enseguida, y, hacia el otoño de 516 a. C., el Templo quedó terminado.^[9] El edificio no era tan magnífico como el Templo de Salomón; pero Ageo animó a los que veían desolados su insignificancia con la promesa de que Dios llenaría su casa de gloria y que en ella les daría la paz.^[10]

Mientras avanzaban las obras de reconstrucción, sus vecinos del norte, los

samaritanos, pidieron a los judíos que les permitieran colaborar con ellos en la obra, alegando que ellos también veneraban a Yavé. Pero los judíos creían que la religión practicada en el reino del norte antes de su caída no era agradable al Señor y sabían también que los samaritanos adoraban a Yavé en unión de otros dioses introducidos por los colonos asirios. Así, pues, consultaron al profeta Ageo, quien por medio de una vivida parábola declaró que los judíos se corromperían seguramente si permitían a los samaritanos trabajar y practicar el culto con ellos; por tanto, les aconsejó que rechazaran la oferta samaritana.^[11] Esto molestó de tal modo a los samaritanos que intentaron interrumpir la obra totalmente haciendo falsas acusaciones contra los judíos a Tatnai, el sátrapa persa que respondía de la marcha del gobierno de Siria y de Palestina. Es evidente que estaba bien dispuesto hacia los judíos, porque permitió que los trabajos continuaran en tanto que se hacían averiguaciones en Babilonia y en Ecbatana. Finalmente, se encontró un decreto de Ciro en el cual daba autorización a los judíos para reconstruir el Templo. Este decreto estaba también firmado por Darío, quien prohibió igualmente toda intromisión en su trabajo.^[12] Se hizo la dedicación del Templo antes de que comenzara la estación lluviosa de 516 a. C., celebrándose luego, en la primavera siguiente, una Pascua solemne con grandes regocijos.^[13]

Durante un periodo de cincuenta años nada se sabe de la historia de la comunidad judía, salvo un incidente ocurrido hacia el final. Algunos judíos, acaso bajo la influencia de los profetas que escribieron los capítulos 56-66 de Isaías,^[14] determinaron reconstruir las murallas de Jerusalén y poner puertas a la ciudad, a pesar de que los persas nunca les dieron permiso para hacerlo y de que su acción podía ser mal interpretada. Los samaritanos, que no los perdían de vista, enviaron inmediatamente noticia de aquello a los dignatarios persas Rehum y Simsai, quienes llevaron el asunto al rey, recordándole que Jerusalén había sido una poderosa ciudad independiente y que la única interpretación de la acción de los judíos era que pensaban rehusar su vasallaje a Persia y reafirmar sus derechos como nación. Artajerjes I era peculiarmente sensible a toda insurrección que viniera del lado de la frontera egipcia; de modo que inmediatamente dio órdenes para que cesaran los trabajos. No tuvieron tiempo los samaritanos en ejecutarlas, y las murallas de Jerusalén fueron demolidas y las puertas consumidas por el fuego.^[15]

Hacia el año 445 a. C. las noticias de aquel desastre llegaron a los judíos que se habían instalado en Shushan, o Susa, una de las tres capitales de los reyes persas, y Nehemías, judío principal que había llegado al cargo de copero de Artajerjes I, decidió inmediatamente buscar una oportunidad para conseguir del rey la autorización a fin de regresar a Judá con el solo propósito de reconstruir las murallas de Jerusalén.^[16] Artajerjes I no sólo accedió a la petición de Nehemías, sino que le dio una fuerte escolta y cartas para los sátrapas persas ordenándoles que le ayudaran en su camino; le nombró además gobernador de Jerusalén, aunque sólo por un periodo señalado. Fue ésta una concesión sumamente importante, porque significaba que Nehemías era el igual de Sambalat, gobernador de Samaria, y que Judá quedaba

en adelante libre de la vigilancia y de la intromisión de los samaritanos.

En el año 444 a. C. llegó Nehemías a Jerusalén, con gran disgusto de Sambalat y de sus dos amigos Tobías el ammonita y Guesem el árabe. Nada dijo de sus planes hasta después de haber revisado por la noche las ruinas de las murallas y decidido lo que tenía que hacer. Entonces, habiendo convocado a los judíos principales, les pidió que cooperaran con él en la obra, asegurándoles que Dios, que había puesto aquel generoso impulso en el corazón del rey, les llevaría seguramente a feliz solución. Representantes de todos los ciudadanos de Jerusalén y judíos de los pueblos comarcanos, sacerdotes y seglares, se pusieron a la obra, y pronto desaparecieron escombros y basuras y empezaron a verse porciones de muralla. Sambalat y sus amigos les acusaron inmediatamente de rebelión; pero apoyado en la autoridad del rey, Nehemías pudo rápida y eficazmente acallar las insinuaciones de los samaritanos. Las burlas, un ataque por sorpresa a los trabajadores, las intrigas con judíos desleales dentro de la ciudad y aun una confabulación para atraer a Nehemías a una conferencia durante la cual podía ser fácilmente asesinado; todo ello fue intentado en vano.^[17] La vigilancia de Nehemías no flaqueó un instante, ni decayó jamás su confianza en Dios. Además, aunque las dificultades a las que tenía que hacer frente parecían no tener término, fue capaz de inspirar a sus compatriotas, los judíos, algo de su propio valeroso optimismo e imperturbable fe en Dios, y así llevó a feliz término la misión que él mismo se había impuesto. Antes de que las murallas fueran solemnemente dedicadas, fieles oficiales fueron designados como guardianes de la ciudad, y una familia de cada diez de los pueblos vecinos se trasladó a Jerusalén a fin de proporcionar la población necesaria para la defensa en caso de ataque.^[18]

Aunque esto era importante, no fue la única obra a que dedicó sus energías el gobernador Nehemías. Pronto descubrió que las condiciones sociales estaban muy lejos de ser satisfactorias y que donde hay un mal, hay que enfrentarse a él inmediatamente. Los judíos más pobres estaban tan cargados de deudas para con sus hermanos más ricos —a quienes habían pedido dinero prestado para pagar los impuestos persas— que habían hipotecado sus tierras y vendido sus hijos como esclavos.^[19] Nehemías congregó rápidamente a los nobles principales y a los ciudadanos más opulentos y les reprochó por haberse aprovechado de manera tan despiadada de sus hermanos pobres. Apeló a sus buenos sentimientos, y los avergonzó con su propio ejemplo; pues no solamente no había cobrado sus rentas como gobernador, sino que había rescatado algunos esclavos judíos de sus amos gentiles y dado de comer a los necesitados de su propio bolsillo. Este justo llamamiento, respaldado por sus propios actos generosos, tuvo el efecto deseado, y los judíos hicieron un juramento solemne de devolver las casas y las tierras que habían tomado e incluso renunciar a parte de sus justas reclamaciones.^[20]

El primer periodo gubernamental de Nehemías parece haber durado doce años; entonces volvió a Persia. En su segunda visita a Jerusalén encontró que muchos abusos habían aparecido nuevamente en la comunidad judía.^[21] El sábado no se

celebraba estrictamente; pues las compras y las ventas, la pisa de la uva, la recolección, todo se realizaba tan corrientemente en aquel día como en un día de trabajo cualquiera. Con su vigor acostumbrado, Nehemías atacó el mal. Los mercaderes tirios de pescado fueron expulsados de la ciudad, y como establecieran un mercado a las puertas de ésta, los amenazó con mayores violencias a menos que se marcharan definitivamente. Las puertas de la ciudad se cerraban desde el anochecer del viernes hasta el anochecer del sábado, y estaban guardadas por sus propios sirvientes. Al insistir sobre la debida observancia del sábado, Nehemías seguía los pasos de Amós, Jeremías y Ezequiel.^[22]

El sumo sacerdote que fue contemporáneo de Nehemías era Eliasib, nieto del sumo sacerdote Josué que había ayudado a Zorobabel, pero era hombre de ideas muy diferentes. No sólo veía mal las reformas del gobernador, sino que incluso intrigó contra éste. Durante la ausencia de Nehemías autorizó al ammonita Tobías a establecerse en los atrios del Templo en una gran cámara que había sido usada por los sacerdotes para almacenar los diezmos que pagaban los seglares para su sostenimiento. Cuando Nehemías tuvo noticia de ello inmediatamente echó fuera a Tobías y todo cuanto le pertenecía, volvió la cámara a su uso anterior y mandó que los diezmos y las ofrendas fueran recogidos regularmente de nuevo. Los levitas, que habían sido forzados a abandonar sus obligaciones en el Templo y a trabajar la tierra o morir de hambre, fueron restituidos a sus puestos y se nombraron intendentes que se hicieran cargo del cobro y distribución de diezmos.^[23] El tercer asunto que exigía reformas era el del matrimonio de judíos con mujeres ammonitas y moabitas; en consecuencia, no solamente hablaban los hijos una lengua corrompida, sino que eran educados en una religión corrompida. En el libro llamado Malaquías,^[24] escrito hacia el año 430 a. C., se reprende a los judíos por sus matrimonios con mujeres gentiles, y si repudiaban a sus esposas hebreas, como en aquel libro se dice, para hacerlo, Nehemías tenía razón sobrada para usar toda su severidad frente al mal.^[25] El tomar medidas contra esto se hizo aún más difícil debido a que el anciano sumo sacerdote Eliasib había permitido a su nieto casarse con la hija de Sambalat de Samaria. Una vez desterrado el principal delincuente, quien probablemente se refugió en Samaria en casa de su suegro, Nehemías hizo a los judíos prestar solemne juramento de que en lo futuro no se verificaría ningún matrimonio mixto. Nehemías, el laico, el sabio y generoso gobernador de Jerusalén, ha sido justamente descrito como «un hombre que confía en Dios más que en sí mismo». Creyó que Dios le había dado una misión que cumplir hacia Él y hacia sus propios compatriotas, y sin arredrarse por las dificultades, porque se mantenía unido a Dios por medio de la oración, llevó adelante su tarea hasta el final con el mismo ánimo con que la empezó: «¡Acuérdete de mí, Dios mío, para bien!».

Durante el siglo V hubo una gran actividad literaria entre los judíos de Babilonia. Los discípulos de Ezequiel dieron forma a las ideas fundamentales de las enseñanzas de su maestro en el «Código de Santidad», el principio básico del cual es que Dios es

santo y que sus adoradores y su culto deben también ser santos.^[26] Posteriormente, las prescripciones sacerdotales contenidas en el Éxodo y Números, juntamente con muchas nuevas reglamentaciones referentes a ayunos y a festividades, se combinaron con algunas tradiciones antiguas y fueron agrupadas en un tomo conocido como la «Ley de los Sacerdotes». Éste fue obra de los escribas en Babilonia, y Esdras, que fue uno de los más activos y entusiastas, creyó que su misión era dar a conocer a los judíos de Palestina aquel «Libro de la Ley», tercera versión de la Ley que los judíos llamaban «mosaica», y exhortarlos a ordenar su vida según los preceptos de aquel libro.^[27]

Creía el cronista que Esdras llegó a Jerusalén al comenzar el reinado de Artajerjes I; que fracasó al principio y se vio obligado a vivir retirado hasta que, ayudado por el gobernador Nehemías, realizó su propósito.^[28] Sin embargo, los eruditos han tenido grandes dificultades para poner de acuerdo las afirmaciones del cronista con los hechos, tal como se exponen en otras partes de los libros de Esdras y de Nehemías;^[29] por otra parte, no poseen ninguna información digna de confianza que provenga de otras fuentes, que les ayude a resolver los muchos e intrincados problemas a los que tienen que hacer frente. El descubrimiento de cierto número de documentos árameos en Elefantina^[30] ha dado ciertamente alguna luz sobre este periodo, y dos de ellos tienen un especial valor en lo que se refiere al asunto que tratamos, porque nos ayudan a corregir una suposición del cronista y a fijar la fecha de la obra de Esdras con mayor exactitud. Se afirma en uno de los documentos arameos que un templo, erigido por los judíos en Elefantina, fue destruido hacia el año 410 a. C. por celosos sacerdotes egipcios. A consecuencia de esto, los judíos pidieron auxilio al sumo sacerdote Jojanán, y al gobernador persa de Judá, Bagoas.^[31] Como no hubo respuesta alguna a este llamamiento, enviaron una segunda carta, en el año 408 a. C., no sólo a Bagoas, sino asimismo a los hijos de Sambalat, gobernador de Samaria. Recibieron una respuesta verbal a esto, cuyo memorándum conservaron. Sabemos ahora que Jojanán fue sumo sacerdote en los tiempos de Esdras^[32] y que era nieto de Eliasib, contemporáneo de Nehemías.^[33] Josefo, el historiador judío, refiere también que Bagoas castigó a los judíos en 404 a. C. por un crimen que había cometido este mismo sumo sacerdote Jojanán.^[34] Además, los hijos de Sambalat, el viejo enemigo de Nehemías, parecen haber actuado a favor de su anciano padre que aún era gobernador de Samaria. Las fuentes de información del cronista^[35] no especificaban cuál de los Artajerjes era rey de Persia cuando Esdras llegó a Jerusalén; así, pues, el cronista pensó que era Artajerjes I y arregló sus materiales de acuerdo con esto. Pero si Esdras llegó hacia el año 400 a. C., durante el reinado de Artajerjes II, muchas aunque no todas las dificultades que han desconcertado durante largo tiempo a los eruditos desaparecerían. En tal caso, Esdras no sería contemporáneo de Nehemías, porque habría llegado a Jerusalén unos treinta años después del regreso de Nehemías a Persia; pero habría sido su sucesor, no como

gobernador, sino como conductor de la opinión pública, y especialmente en el asunto de los matrimonios mixtos, su misión sería llevar a realización completa lo que Nehemías había comenzado.

Esdras era sacerdote, miembro principal de un cuerpo de escribas que vivía en Babilonia, y había dedicado su vida al estudio de la Ley; no solamente era erudito, sino que deseaba ardientemente compartir sus conocimientos con los demás.^[36] Habiendo obtenido permiso de Artajerjes II para conducir una caravana de judíos a Jerusalén, reunió junto al río Ahavá a las familias que deseaban unírsele y allí examinó la formación de la caravana.^[37] Se dio cuenta de que había bastantes sacerdotes, pero que los levitas eran muy pocos, de manera que envió mensajeros a Ido, jefe de la colonia judía de Casifía, de la cual le enviaron treinta y ocho levitas y doscientos veinte netineos o servidores del Templo. Entonces, poniendo su confianza en Dios, la caravana partió. Llevaban valiosas ofrendas para su uso en el Templo y, sin embargo, iban sin escolta, porque, habiendo alardeado ante el rey de Persia del cuidado de Dios para con su pueblo, Esdras se hubiera avergonzado de pedir una escolta armada contra «el enemigo y el taimado que acechan en el camino». Después de un viaje de cuatro meses llegaron a Jerusalén; los documentos reales fueron entregados a las autoridades persas, los donativos para el Templo puestos bajo el cuidado de los sacerdotes, y Esdras y sus compañeros ofrecieron a Dios una solemne acción de gracias por su feliz llegada.

Pero antes de que Esdras pudiera dedicarse a enseñar la Ley, tuvo que enfrentarse, mucho más drásticamente de lo que lo hiciera Nehemías, a la cuestión de los matrimonios. La prohibición de Nehemías sobre el matrimonio con no judíos tuvo aparentemente poco efecto y aquellos matrimonios siguieron siendo muy corrientes, incluso entre los sacerdotes. Hemos de recordar que los hebreos, por aquel tiempo, formaban solamente una minoría entre los habitantes de Palestina, y que podrían haber sido fácilmente absorbidos por sus vecinos de no haber conservado estrictamente la pureza racial. Esdras conferenció con los jefes de la comunidad, y se decidió que todos los varones que tuvieran esposas extranjeras deberían comparecer en Jerusalén. Allí prometieron solemnemente repudiar a sus esposas y a los nacidos de ellas y enviarlas a sus tierras; y no permitir en adelante que tales matrimonios se efectuaran.^[38]

A comienzos del séptimo mes se celebró una solemne asamblea en una plaza espaciosa de Jerusalén, ante la puerta de las Aguas, y Esdras, respondiendo a la demanda del pueblo, hizo traer el libro de la Ley y lo leyó sección por sección en hebreo. Cada sección era luego explicada en arameo por los levitas, quienes aclaraban de este modo a la multitud el significado de cada uno de sus mandatos. Al principio, el pueblo sintió remordimientos de conciencia, porque comprendió cuán por abajo de aquellas normas sacerdotales habían caído sus vidas. Pero Esdras les dio aliento y estímulo, y en vista de que la gozosa festividad de los Tabernáculos se aproximaba, se instalaron por vez primera, para celebrarla, en cabañas hechas en los

terrados de las casas.^[39] Pocos días después todo el pueblo, por intermedio de los nobles y de los sacerdotes, hizo promesa solemne de observar la Ley que les enseñó Esdras; no permitir matrimonio con gentiles, guardar el sábado como día santo y tomar el séptimo año como descanso;^[40] pagar un impuesto anual para el sostenimiento del Templo y sus servicios; pagar regularmente los diezmos y primicias a levitas y sacerdotes.^[41]

Así la obra de Nehemías y Esdras consolidó la que iniciara Zorobabel, y el Templo construido bajo la dirección de este último se convirtió en el centro de un ordenado y reverente culto y en el hogar espiritual del judaísmo. Los judíos permanecieron bajo la autoridad de los reyes persas hasta que Alejandro el Grande destruyó el Imperio Persa y reemplazó la autoridad de éste por la suya. La independencia política de los judíos se había desvanecido, pero su importancia religiosa aumentó; raramente eran los judíos nombrados gobernadores de Judá; mas el sumo sacerdote se convirtió de manera casi inevitable en el jefe reconocido del estado judío con quien todos los futuros señores habían de tratar. No era un autócrata, porque su poder dependía del apoyo de los ancianos que formaban en Jerusalén un tribunal supremo presidido por el sumo sacerdote; pero su autoridad se extendía más allá de Palestina a todos los centros comerciales del mundo, donde los judíos se reunían el sábado para el culto, estudiaban la Ley, enviaban contribuciones para sostenimiento del Templo y del sacerdocio, y de los cuales salían para Jerusalén grupos de peregrinos tan pronto como el invierno terminaba a fin de celebrar por lo menos una de las festividades en el Monte Sión.

[En relación con este capítulo deberán leerse los pasajes siguientes:

Zorobabel: Esdras 5 y 6:1-18 y 4:1-4; además, Ageo 1 y 2 y Zac. 4:6-10.

Nehemías: Neh. 1-7:5; 12:27-43 y 13: 4-37.

Esdras: Esdras 7:27; 10:17 y Neh. 8 y 10:28-39. El libro de Ruth].

NOTA SOBRE LA LEY DE LOS SACERDOTES

La Ley de los Sacerdotes representa el resultado final de la obra de sucesivas generaciones de escribas en Babilonia durante el siglo y medio que transcurrió entre la muerte de Ezequiel y la partida de Esdras hacia Jerusalén. Formaba el núcleo del Pentateuco; pero no solamente tuvo que ser revisado sino aun aumentado, antes de que saliera a luz, combinado con otros documentos, como el primer tomo de la Biblia Hebrea, la Ley o Pentateuco.^[42]

He aquí algunos de los rasgos principales de la Ley de los Sacerdotes:

- | | |
|--------------------------------|---|
| 1. La enseñanza acerca de Dios | Él es el Único Dios, Creador del mundo, justo y santo, que pide rectitud de quienes le veneran. |
| 2. La importancia | Los sacrificios expiatorios, por el pecado y por el delito, |

- | | |
|---|--|
| del pecado | forman en adelante un importante elemento en la religión hebrea. No se los menciona antes del Cautiverio (Cf. Lev. 4-7:10). |
| 3. Las tres órdenes de ministros, sumo sacerdote, sacerdotes y levitas. | El sumo sacerdote ocupa una posición única, porque reemplaza al rey como jefe de la nación. A los levitas se les asignó el oficio de sacristanes. |
| 4. Estaciones sagradas. | En el Libro de la Alianza y en el Deuteronomio había tres. Este número se aumenta hasta siete, se fija la fecha de cada una de ellas y se dan detalles minuciosos para su observancia, se ordena el sacrificio matutino y el vespertino. Se instituye el gran ayuno de la Expiación como un acto de arrepentimiento colectivo. |
| 5. Esclavitud. | En el Libro de la Alianza y en el Deuteronomio se permite la esclavitud de hebreos. En la Ley de los Sacerdotes se prohíbe. |

Las prescripciones de la Ley de los Sacerdotes, que eran tan familiares al cronista que llegó a creer que tenían vigencia desde los días de Moisés, formaron la base de la reforma de Esdras. Al pasar el tiempo, se combinaron con el libro del Deuteronomio y con las primitivas tradiciones acerca de la historia hebrea desde Abraham hasta la muerte de Moisés para formar una obra continua: el Pentateuco.^[43]

LOS PROFETAS POSTERIORES AL CAUTIVERIO

La atmósfera en que trabajaron los profetas después del regreso de los judíos a Judá era muy diferente de la que prevalecía antes de la destrucción de la monarquía, o incluso durante el Cautiverio. Los profetas mismos eran hombres que no tenían la grandeza de aquellos que, desde Elías hasta Jeremías y el déutero Isaías, proclamaron el mensaje de Yavé con sonoridades de trompeta. No obstante, en un pueblo deprimido y falto de espíritu, Ageo, Zacarías y el profeta cuyo mensaje está contenido en el libro llamado «Malaquías» llevaron adelante fielmente la obra que les fue confiada y, por simple y práctico que parezca ser su mensaje, sostuvieron durante su vida la religión judía y evitaron que se identificara con la religión que practicaban sus vecinos o fuera absorbida por ella.

Todo el mensaje de Ageo se centraba en el Templo.^[44] Él animó, como ya hemos visto, al sumo sacerdote Josué, al gobernador Zorobabel y al pueblo a emprender la obra de reconstrucción del Templo con objeto de dar a la nación un centro religioso, un punto de unión para la actividad espiritual y la devoción. La historia posterior del judaísmo es un elocuente testimonio de la importancia del Templo en la vida de un pueblo cuyo principal lazo de unión era su religión.^[45]

En el libro de Zacarías^[46] las profecías asumen una nueva forma porque este profeta transmitió su mensaje por medio de una serie de visiones, cuyo significado le fue explicado por un ángel. Exhortó a los judíos al arrepentimiento y les recordó que Yavé exigía, de todos los que profesaban su culto, el amor fraternal y la justicia social.^[47] Tenía puestas grandes esperanzas en la reedificación del Templo, morada de Yavé en medio de su pueblo; pero también anhelaba un glorioso futuro, cuando el Templo de Jerusalén fuera el centro de una religión mundial.^[48] Los ideales de Ageo y Zacarías no se realizaron inmediata ni literalmente; «a pesar de ello siguieron siendo el ideal del destino señalado por Dios al hombre, destino hacia el que —debemos esperarlo— va avanzando lentamente la historia de la humanidad. Las esperanzas de Zorobabel se realizaron naturalmente, en un sentido más amplio, en Cristo».^[49]

El pequeño rollo de enseñanzas titulado «Malaquías» pertenece probablemente a los años transcurridos entre la partida de Nehemías y la llegada de Esdras a Jerusalén.^[50] Es una profecía anónima a la cual se ha dado el nombre de Malaquías, «mi mensajero», a causa de la promesa contenida en 3:1 Lo mismo que los profetas anteriores, Malaquías tuvo que conminar a sus compatriotas a fin de que llevasen una vida más moral y espiritual. Vio en su descuido respecto al culto y al espíritu en que debían cumplir sus deberes religiosos la evidencia de la mala actitud hacia Dios mismo. Estos judíos se atrevían incluso a ofrecerle en sacrificio animales mutilados que no hubieran osado presentar al gobernador persa como pago de los impuestos.^[51] Las prácticas religiosas familiares eran impedidas por los matrimonios mixtos, que a despecho de la prohibición de Nehemías seguían contrayéndose y en consecuencia eran imposibles las justas relaciones entre padres e hijos.^[52] La conducta de los sacerdotes era indigna de su sagrada misión; ejecutaban sus deberes de manera descuidada,^[53] sin preocuparse de instruir a su pueblo en la Ley del Señor^[54] y eran responsables de la ignorancia de los laicos. El profeta creyó que Dios se manifestaría como Juez, y lo mismo que en un crisol se separaría lo vil de lo precioso.^[55] Su camino sería preparado por un mensajero cuya apariencia y conducta sería semejante a la de Elías.^[56] Nuestro Señor mismo aplicó esta profecía a San Juan Bautista, que cuatro siglos más tarde proclamaría su mensaje de arrepentimiento en el valle del Jordán y prepararía el camino a Uno mayor que él.^[57]

Incluido entre los Profetas está el libro de Jonás. No es, sin embargo, una profecía, sino una leyenda sobre un profeta, que trata de convencer a los judíos de su deber de enseñar a los gentiles. En ella se reitera el mensaje de Jeremías y el del déuterio Isaías,^[58] y revela que el amoroso cuidado de Dios no se limita a Israel solamente, sino que se extiende a todas aquellas de sus criaturas que se vuelvan a Él arrepentidas. El libro no contiene dato alguno que le permita ser considerado como histórico.

El héroe es Jonás, hijo de Amitai,^[59] que es enviado a Nínive a denunciar la

maldad de los asirios y a exhortarlos al arrepentimiento. Disgustado por esta misión, el profeta se embarca en un navío que va a Tarsis,^[60] pensando que puede huir de Yavé y de su mandato. Pero se desata una fuerte tempestad y los marineros, creyendo que alguien de a bordo ha disgustado a su dios, echan suertes para descubrir al culpable. La suerte cae sobre Jonás, que es arrojado al mar.^[61] Y el mar se aquieta en su furia. Jonás, salvado por un gran pez,^[62] va a Nínive, comunica su mensaje, y los ninivitas se arrepienten. Pero el profeta se enoja sobremanera, pues esperaba ver la destrucción de aquella ciudad que tan cruelmente había tratado a su pueblo.^[63] Entonces recibe una segunda lección por la destrucción de un ricino que le defendía de los abrasadores rayos del sol. El profeta se apesadumbra por la destrucción de la planta, en cuya creación y crecimiento no había tenido parte alguna, y, sin embargo, no podía comprender la piedad que sentía Dios por los habitantes de Nínive ni la alegría con que había recibido su arrepentimiento. Jonás se parece al hermano mayor de la parábola del hijo pródigo;^[64] es una persona justa que no necesitando el arrepentimiento, no comprende que «Dios obra de acuerdo con los sentimientos humanos corrientes cuando pone su corazón en el que se ha perdido y recibe su vuelta con gran alegría».

[En relación con este capítulo deberán leerse los siguientes pasajes:

Ageo 1; 2:1-9, 20-23. Zacarías 6:9-15; 8:20-23. Malaquías 1:1-13; 3:1-6; 4:4-6. El libro de Jonás].

XI. Desde Alejandro el Grande hasta la muerte de Herodes

EN el siglo IV el Imperio Persa empezó a mostrar señales de debilidad, y muy pronto se reveló que un nuevo poder había surgido para desafiar su fuerza. Alejandro, hijo de Filipo de Macedonia, derrotó a Darío III (336-331 a. C.) en las batallas de Gránico, Isos y Arbela, destruyó el poderío de Persia, y estableció un imperio que se extendía desde Macedonia hasta Egipto y desde el Indo hasta el Mediterráneo. Para los judíos tuvo muy importantes consecuencias este cambio de señores.

Nada sabemos de la historia judía durante los últimos años del dominio persa. Es posible que los judíos tomaran parte en las revueltas que estallaron en Siria y en Egipto; porque se dice que Artajerjes III (358-338 a. C.) envió algunos de ellos a las costas del Mar Caspio. Pero cuando Alejandro, después de la toma de Damasco y de Tiro en el año 332 a. C., avanzó hacia el sur en dirección a Egipto, dice la tradición que el sumo sacerdote Jadda salió a encontrarlo fuera de Jerusalén y que, habiendo jurado lealtad a Darío III, Jadda se negó a faltar a su palabra.^[1] El joven monarca se impresionó tanto ante la actitud del sumo sacerdote que trató a los judíos en Palestina excepcionalmente bien y les concedió muchos privilegios. También les dio la bienvenida como ciudadanos en la nueva capital que fundó en Alejandría, donde disfrutaron de completa libertad religiosa lo mismo que de la plenitud de derechos como ciudadanos; se les asignó en la ciudad barrios especiales, en los que estaban bajo la autoridad de sus propios magistrados, y poco tiempo después Alejandría contenía la mayor población judía fuera de Palestina.^[2]

A la muerte de Alejandro en el año 323 a. C. dio comienzo una lucha feroz por sus posesiones. Uno de sus generales se apoderó de Egipto y otro de Siria, en tanto que Palestina, situada entre aquellos dos países, fue presa primero de uno y después del otro.^[3] Desde 301 a 198 a. C. los judíos quedaron sujetos al dominio egipcio, y en general llevaban una vida próspera y feliz, porque conservaron su libertad religiosa; pero cuando Antíoco III, rey de Siria, se apoderó de la presa por la que habían luchado en vano sus predecesores, los judíos conocieron tiempos de tribulación.^[4] En el año 176 a. C., Antíoco IV, de sobrenombre Epifanes, subió al trono, y despreciando la severa religión de sus súbditos judíos, determinó abolir prácticas que a él le parecían bárbaras y torpes. Durante algún tiempo había habido cierta separación entre los judíos estrictos conocidos como los devotos o hasidim, y los judíos más mundanos llamados helenistas; estos últimos sostenían que no era una deslealtad a Dios derribar las barreras que les separaban de los gentiles y que los judíos adoptaran el lenguaje, las maneras y las costumbres de la sociedad pagana. Los jóvenes judíos de las clases superiores tomaron nombres griegos, se unieron a los gremios de la ciudad, visitaban el gimnasio, el estadio y el teatro. Incluso los sacerdotes de Jerusalén despachaban aceleradamente su diario ministerio en el atrio del Templo

para ir a ver el lanzamiento de discos.^[5]

El fiel sumo sacerdote Onías III fue asesinado y su puesto vendido, primero a Jasón, «el impío, más que sumo sacerdote», y después a Menelao; ambos deshonraron su puesto.

Desgraciadamente para los judíos, la campaña egipcia de Antíoco fue un fracaso y en su cólera determinó vengarse en ellos. Así, pues, en el año 168 a. C. publicó un decreto que prohibía, bajo pena de muerte, la práctica de su religión y ordenaba la destrucción de sus libros sagrados.^[6] Se llegó al colmo el 25 de Casleu [Kisler], cuando sobre el altar de Yavé edificaron un altar dedicado a Zeus Uranio, «abominación de la desolación», y se ordenó a los judíos, en toda ciudad y aldea, que ofrecieran sacrificio a los dioses paganos.^[7] En esta crisis, la nación produjo mártires, que sufrieron torturas y muerte antes que traicionar su fe.^[8] Muchos huyeron a los montes y, cuando se les atacaba en sábado, rehusaban defenderse antes que profanar el día santo.^[9] Se enviaron oficiales sirios a los distritos rurales para hacer cumplir el real decreto, y de este modo parecía que el judaísmo desaparecería muy pronto. Pero Antíoco había equivocado sus cálculos sobre la tenacidad de los judíos y su capacidad de sacrificio en favor de su fe.

Llevados a la desesperación por la salvaje crueldad con que se hacía cumplir el decreto del rey, los judíos, al fin, estallaron en abierta rebelión. En Modín, un anciano sacerdote, Matatías, se negó a sacrificar, mató al representante del rey, y con sus cinco hijos, que mandaba Judas, escapó a los montes y allí organizó la resistencia armada. Judas, que llegó a convertirse en jefe de las fuerzas judías, era un buen soldado que inspiró a sus compañeros a luchar valerosamente contra fuerzas abrumadoramente superiores; porque, según decía, «para el Dios de los cielos no hay diferencia entre salvar con muchos o con pocos; y no está en la muchedumbre del ejército la victoria en la guerra: del cielo viene la fuerza».^[10] Ganó batalla tras batalla contra las armadas y disciplinadas fuerzas sirias y, finalmente, en el año 165 a. C. tomó Jerusalén.^[11] El santuario, parcialmente en ruinas, fue restaurado, el altar de Yavé se consagró nuevamente y se celebró una gran fiesta durante ocho días. Se la llamó la festividad de la Dedicación o de las Lucas, y se observó desde entonces como una gozosa festividad en recuerdo de aquella liberación.^[12] El año 161 a. C. murió Judas en la batalla de Laisa y fue sucedido por sus dos hermanos, Jonatán (161-143) que llegó a ser el primer rey-sacerdote, y Simón (143-135), que aseguró a los judíos la completa independencia de Siria y los gobernó tan juiciosamente que algunos pensaron que había llegado la aurora de la edad mesiánica.^[13] Bajo Simón y su hijo Hircano, el estado judío alcanzó su mayor prosperidad; pero desgraciadamente este príncipe llegó a un abierto rompimiento con los hasidim, quienes rechazaban las empresas militares emprendidas únicamente a fin de ensanchar sus dominios y no en defensa de la religión. Una vez que la libertad religiosa quedó asegurada, estaban dispuestos a tolerar el sometimiento político; pero

les disgustaban los métodos de Jonatán y tenían sospechas acerca de los motivos de Simón y de Juan Hircano I, a quienes, en su opinión, animaba no el celo a favor de la Ley, sino únicamente la ambición personal. Juan Hircano I se vio, en consecuencia, obligado a buscar ayuda en la aristocracia sacerdotal, el viejo partido helenizante, cuyos miembros, por aquel tiempo, empezaban a ser conocidos con el nombre de saduceos. Simpatizaban éstos con las miras políticas de aquél y, siendo más sagaces que devotos, no estaban coartados por ningún escrúpulo religioso para seguir el camino que a su parecer servía a la vez sus intereses y los de su nación.^[14] Como los hasidim se separaron del grupo principal de judíos, sus adversarios les llamaron fariseos, es decir, los separados. Permanecían al margen de toda combinación política y se negaban a tener trato alguno con los gentiles; no obstante, por medio de los escribas ejercieron una influencia considerable sobre la nación y eran muy respetados y venerados. Tenían una gran seriedad y una profunda devoción a la Ley,^[15] que tomaban como guía en cada acto de la vida cotidiana, produciendo así un tipo de piedad personal que cifraba su mayor ambición, no en la gloria nacional, sino en la fervorosa religiosidad. Hombres así, justos y devotos, anhelaban el establecimiento del reino de Dios y la venida del Mesías y, aunque sufrieron grandes persecuciones, su creencia en una vida futura más allá de la tumba —donde disfrutarían de una mayor unión y conocimiento de Dios—^[16] les daba valor para ser fieles hasta la muerte.

Surgió también por aquel tiempo una comunidad más austera: la comunidad conocida como los esenios en el primer siglo de nuestra era y de la cual probablemente provengan los Rollos del Mar Muerto. A su cabeza estaba el que llamaban Maestro de Justicia. Tenían una organización muy rígida en la que cada cual ocupaba un lugar determinado. Pasaban mucho tiempo estudiando las Escrituras y tenían sus propiedades en común. Eran más estrictos que los fariseos en la observancia del sábado, y aparentemente desaprobaban a los sacerdotes de Jerusalén por no sujetarse ya a la línea de Zadok; quizá por esta razón se apartaron a Qumran, cerca del Mar Muerto, donde se establecieron, aunque había pequeños grupos en otras partes del país. A pesar de que vivían en paz y retirados del resto del mundo, en uno de los textos que guardaban celosamente se describe una gran guerra que debió inaugurar el Reino de Dios, y es posible que cuando los judíos se rebelaron contra Roma en el año 66 d. C., hayan pensado que la realización de sus deseos estaba al alcance de la mano. De cualquier manera su centro de Qumran fue destruido —aparentemente por los romanos— en el año 68 d. C.

Por fortuna, antes de la destrucción de su centro escondieron en las cuevas vecinas gran cantidad de manuscritos bíblicos, y de otras clases, recientemente descubiertos, aunque casi todos en pequeños fragmentos.

Los fariseos no se apartaron del mundo pero continuaron siendo enemigos de los saduceos.

Bajo los últimos príncipes Asmoneos, los fariseos fueron tratados cruelmente.^[17]

El gobierno de Alejandra les dio un breve respiro desde el año 78 al 69 a. C., pero a la muerte de ésta, reinó la anarquía, que llevó a la guerra civil y a la intervención de los romanos. El año 63 a. C. Pompeyo tomó Jerusalén y asesinó a millares de judíos; el rey judío Aristóbulo II, sus dos hijos y muchos prisioneros judíos fueron forzados a tomar parte en el triunfo que se otorgó a Pompeyo a su vuelta a Roma.^[18] Desde aquel tiempo Palestina quedó sujeta a Roma y el poder cayó gradualmente en manos de los Herodes, familia procedente de Idumea, que intrigó al principio a beneficio de los Asmoneos y después los suplantó. Para dar cierto viso de legalidad a su aspiración al gobierno de Judea, Herodes, después de asesinar a todos los príncipes Asmoneos, se casó con Mariamne, nieta de Aristóbulo II.^[19] Su reinado se distinguió por una gran prosperidad material; se construyeron nuevas y bellas ciudades —Cesárea fue la más importante de ellas—, espléndidos edificios según la moda romana surgieron por doquiera, e incluso se erigieron en Jerusalén un teatro y un anfiteatro. La más grande de todas aquellas obras fue el nuevo y magnífico Templo, empezado en Jerusalén el año 20 a. C., que vino a reemplazar al de Zorobabel.^[20] Era un edificio grande y notablemente bello; pero los judíos no lo amaban, porque comprendieron que Herodes lo había erigido no por motivos religiosos, sino únicamente para satisfacer su ambición personal y asegurarse el favor de sus súbditos judíos. Cuando murió, el Templo no estaba aún terminado.

Hacia fines del reinado de este tirano hábil y capaz, pero brutal, nació en Belén de Judá, la ciudad de David, el rey que habían anunciado los profetas y por quien tanto habían suspirado los santos hombres de Israel, el Príncipe de la Paz, el Salvador del mundo.^[21]

[En relación con esta sección deben leerse los siguientes pasajes:

I Mac. 19:22 (rebelión de los judíos dirigidos por Judas); II Mac. 6:18-31 (el valiente Eleazar); San Mateo 2:1-18].

LA VERSIÓN DE LOS SETENTA, LOS LIBROS SAPIENCIALES Y LA LITERATURA APOCALÍPTICA

Durante los tres siglos últimos antes de Cristo se produjo un tremendo cambio en el mundo civilizado, y ninguna raza fue tan afectada por él como la judía. El helenismo, nombre con el que nos referimos al ideal griego de pensamiento y de conducta, fue extendiendo su influencia a todos los países, y particularmente a Siria y Egipto. Palestina no tenía posibilidad de escapar a ello, porque gran número de colonos griegos se establecieron en las ciudades nuevas que habían sido construidas a imitación de las de Europa y se mezclaron libremente con la población judía en las viejas ciudades que pronto empezaron a tomar nombres griegos. En todos los aspectos de la vida se sentía la influencia del espíritu griego y en todas partes el

griego se convirtió en el lenguaje de las clases cultas y los dirigentes, aunque en la provincia se hablaba todavía el arameo. El hebreo era una lengua tan muerta desde tanto tiempo atrás, conocida únicamente por los sacerdotes y los escribas, que en todas las sinagogas de Palestina se hacía una traducción verbal en arameo con objeto de que los fieles pudieran entender los pasajes de las Escrituras que se leían los sábados. Los judíos de habla griega de la Diáspora sintieron la necesidad de una traducción griega de las Escrituras, y en Alejandría, donde había una gran población judía, y donde los judíos no hablaban más que el griego, se emprendió la primera traducción de las Escrituras a aquel idioma. Los cinco libros de la Ley fueron traducidos hacia el año 250 a. C., y gradualmente se fueron añadiendo los rollos de los profetas y los libros restantes;^[22] durante el siglo que precedió inmediatamente al nacimiento de Nuestro Señor, las escrituras eran leídas en griego en todas las sinagogas fuera de Palestina. Esta versión griega fue llamada la *Versión de los Setenta*, ordinariamente designada LXX, porque la creencia popular afirmaba que había sido hecha por setenta eruditos judíos. Fue una acción audaz, una verdadera aventura de fe, que tuvo importantes consecuencias, pues de esta manera todo el mundo gentil pudo llegar a familiarizarse con las sagradas escrituras de los hebreos. En consecuencia, muchos gentiles, atraídos por el monoteísmo y las nobles prescripciones morales de los judíos, se adhirieron a la sinagoga y observaban las reglas referentes a la oración, el ayuno y la limosna; se les llamaba «temerosos de Dios».^[23]

Además, cuando los primeros misioneros cristianos proclamaron su mensaje en las principales ciudades del mundo romano, no solamente fue posible que se hicieran entender, ya que el griego era su lengua natural, sino que pudieron basar su enseñanza en la versión griega del Antiguo Testamento, familiar a su auditorio y cuya autoridad era reconocida. La mayoría de las citas del Antiguo Testamento que aparecen en el Nuevo están tomadas de la versión de los Setenta, no del texto hebreo; se leían partes de ella durante el culto cristiano antes de que se escribieran los Evangelios; de hecho, el Antiguo Testamento en griego era la Biblia del mundo cristiano de habla griega. La influencia de la Versión de los Setenta sobre los escritores del Nuevo Testamento, no solamente en lo que se refiere al lenguaje, sino más particularmente en lo que atañe a las ideas religiosas, es tan señalada y de tan largo alcance, que es casi inconcebible que sin aquélla hubiera llegado a existir éste. No sin razón la Versión de los Setenta ha sido llamada «la madre del Nuevo Testamento griego».

Pero el contacto con el pensamiento de los gentiles, tanto en Palestina como en Alejandría, produjo un efecto estimulante sobre los judíos, y dio como resultado el desarrollo de una nueva forma de literatura conocida con el nombre de *libros sapienciales*. Del Antiguo Testamento pertenecen a este tipo de escritos el Eclesiastés, Job, los Proverbios y algunos de los Salmos, y de los Apócrifos, el Eclesiástico y el libro de la Sabiduría [de Salomón].^[24] Los autores de esos libros eran hombres religiosos que luchaban con los problemas de la vida y dieron sagaces

consejos prácticos sobre la conducta. Ensalzaban la sabiduría y enseñaban que era un don divino; no capacitaba a un hombre para adquirir cultura, pero le enseñaba a distinguir entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto.^[25] El hombre sabio es el que busca conocer y cumplir la voluntad de Dios: «El principio de la sabiduría es el temor de Dios». El «necio» es el que dice «no hay Dios».

En el libro de los Proverbios está expresada esta sabiduría en varios grupos de concisos refranes o proverbios, algunos de los cuales son mucho más antiguos que los otros. Era casi inevitable que el más antiguo —se encuentra en los capítulos 10 a 22:16— fuera atribuido a Salomón, ya que los hebreos lo consideraban como la personificación de la sabiduría.^[26] En los últimos años se ha aclarado algo el origen del libro de los Proverbios por medio de la traducción de una pequeña colección de aforismos egipcios titulada *La enseñanza de Amen-em-ope, hijo de Kanakht*.^[*] Las coincidencias de pensamiento y de lenguaje entre éste y los proverbios encontrados en la tercera sección del libro hebreo de los Proverbios (capítulos 22:17-24:22) son tan numerosas y tan precisas que es evidente que estos últimos se derivan de aquél. En un caso (Prov. 22:20), se ha aclarado que el significado de una palabra que durante largo tiempo había desconcertado a nuestros traductores es «treinta», en tanto que después de 24:12 puede seguirse ciertamente la influencia egipcia. «Pero aquí, como siempre, lo que Israel tomó prestado fue adaptado y transformado de acuerdo con el sentido de su propia religión».^[27]

En el libro del Eclesiastés o el Predicador, encuentra expresión un concepto pesimista de la vida. Admite el autor que Dios tiene un plan para su mundo y sus criaturas, pero cree que el hombre no puede comprenderlo; por todas partes el desengaño y la injusticia le salen al paso y todos sus esfuerzos son inútiles; «Vanidad de vanidades; todo es vanidad» es su clamor constante.^[28] No cree en una vida futura,^[29] no busca ningún Mesías, no espera ningún reino de Dios. Su libro forma un señalado contraste con los escritos de los profetas y demuestra cuán perjudicial pudo haber sido la influencia del helenismo para los judíos.^[30]

En el libro de Job el problema de estos autores encuentra su más noble expresión. Job, un hombre a quien Dios mismo reconoce como su fiel servidor, sufre una serie de terribles infortunios,^[31] y sus amigos se presentan con ánimo de confortarlo, al parecer, pero en realidad a exhortarlo a buscar qué injusticia ha cometido y a arrepentirse, para que Dios pueda perdonarlo; porque en aquella época y durante muchos años después, los judíos consideraban todos los desastres como castigo de Dios por pecados conocidos u ocultos. Pero el problema de Job era que él podía decir honradamente que había hecho todo lo posible por obedecer a Dios, y él creía que, si sus amigos tenían razón, Dios no había sido justo con él. Entonces, Dios mismo ayuda a Job a resolver parcialmente su problema. Le hace ver que toda su creación es testimonio de su maravillosa sabiduría.^[32] ¿Acaso puede explicar Job las leyes a que obedecen el ave y la fiera, la luz y la tempestad? El hombre sabe tan poco del

universo de Dios que debe admitir su ignorancia y confiar en que Dios lo guiará rectamente, pues «confiar en Dios cuando le comprendemos, sería un irrisorio triunfo de la religión. Confiar en Dios cuando tenemos todas las razones para desconfiar de Él, conservar nuestra interna certidumbre de Él, ésta es la suprema victoria de la religión. Ésta es la victoria que Job alcanza. Pero solamente puede lograrla cuando Dios toma la iniciativa y le da la revelación de Sí mismo».^[33]

La enseñanza de estos sabios hebreos se basa en la fe en Dios y en la veneración a su Ley, y cumplieron su propósito en lo que respecta a dar a la juventud judía una guía de buena conducta en la vida diaria. Con agudo sentido común y digna moderación daban su opinión sobre una gran variedad de temas, pero retrocedían ante el entusiasmo y eran incapaces de incitar a sus conciudadanos a un acto heroico. Es más, ninguno de estos autores tenía un mensaje de consuelo para los tristes, ni podían ayudar a quienes bajo la amenaza de la persecución se veían impulsados a preguntar por qué había olvidado Dios a sus fieles servidores y por qué se permitía el triunfo de los malvados.^[34] En aquellas circunstancias aparecieron los escritores apocalípticos para dar ánimo y ayuda a sus hermanos sufrientes. Antes del Cautiverio, los judíos creían que la recompensa o el castigo los enviaba Dios en esta vida, y como el individuo se aproximaba a Dios solamente a través de la nación, esto ocasionaba pocos problemas.^[35] Pero Jeremías y Ezequiel habían enseñado que el individuo tenía posibilidad de unirse a Dios; de que Dios lo hacía responsable de sus malas acciones y lo recompensaba por su fiel servicio. En el libro de Job, se hace frente al problema presentado por el sufrimiento del justo y se reflexiona en torno a él; pero la bárbara persecución de Antíoco Epifanes lo planteó en forma aún más aguda y lo convirtió en asunto de importancia vital para el individuo. Los sirios aniquilaban por entonces, constantemente y sin piedad alguna, a los más fieles servidores de Dios y, sin embargo, parecía que Él era indiferente a sus sufrimientos, puesto que no hacía el menor intento para intervenir en su favor. Por consiguiente, la vieja y cómoda doctrina de la retribución en esta vida era evidentemente falsa y, sin embargo, ¿qué había que pudiera sustituirla?

La respuesta fue dada por un nuevo grupo de maestros religiosos, quienes enseñaron que Dios dejaba que ocurrieran aquellos desastres y catástrofes como preludio a una vida de paz y felicidad en el reino de los cielos. Los pecadores y los impíos serán arrojados aparte porque no pueden resistir «el castigo que proviene del Señor de los Espíritus». Pero los justos morarán en mansiones celestiales donde la eterna luz los ilumina para siempre y, conociendo la verdad, crecerán en sabiduría y en santidad.^[36] Estos maestros animaron a los judíos a permanecer firmes contra insuperables obstáculos, ciertos de que al cabo del tiempo había de triunfar la causa de Dios. Su mensaje difería en muchos aspectos del de los profetas anteriores al Cautiverio, y como era expresado como la experiencia de una visión o sueño por medio del cual se revelaba a los santos el propósito de Dios, fue llamado apocalipsis o revelación. Mirando al futuro, porque desesperaban completamente ante el

presente, los escritores apocalípticos describieron la bienaventuranza de los justos en un reino de Dios gobernado por un rey mesiánico descendiente de David. Declararon que, después de un juicio final que seguiría a la resurrección, Dios aniquilaría a los enemigos de su pueblo elegido y otorgaría eterna recompensa a aquellos que le hubieran sido fieles. Las persecuciones presentes eran la más segura garantía del advenimiento de aquella nueva era de paz y felicidad, pues por medio de las tribulaciones de los últimos días Dios les daría entrada en su reino. La misión de aquellos hombres fue sobre todo reafirmar la justicia y rectitud de Dios mostrando que más allá de la tumba había una vida en la cual los fieles servidores de Dios crecerían en santidad y en conocimiento de Él. Creían que la muerte no podía romper la amistad con Él, sino que entonces se hacía más profunda y extensa. De esta manera, la creencia en la vida futura, que había intentado difundir el autor del libro de Job, se convirtió en la profunda convicción de la mayoría de los judíos.^[37] En el Nuevo Testamento nos encontramos con que esta creencia era negada por los saduceos, pero defendida por los fariseos, y fue autorizada por Cristo, quien, por su resurrección, la convirtió en el hecho fundamental del credo cristiano.^[38]

En el Antiguo Testamento hay varios breves escritos apocalípticos; el más importante de todos ellos es el libro de Daniel.^[39] Fue escrito para dar valor a los judíos en su heroica resistencia al mandato de Antíoco Epifanes, asegurándoles que Dios siempre defiende a los que le son leales. Consta de dos partes: la primera (capítulos 1-6) contiene leyendas sobre un cierto Daniel que vivió durante el Cautiverio.^[40] Se muestra la obediencia de Daniel y de sus tres amigos a la Ley: se negaron a comer alimentos que habían sido ofrendados a ídolos; acción que los judíos devotos consideraban equivalente a la adoración a dioses paganos.^[41] Se pone a prueba su lealtad a Dios y lo arrojan a la cueva de los leones, porque continúa orando tres veces al día a pesar de la prohibición del rey.^[42] Dios no sólo defiende a Daniel, sino asimismo a los tres nobles mancebos que fueron arrojados a un horno encendido porque se negaron a adorar la imagen erigida por el rey.^[43] Las historias de los reyes paganos que fueron humillados,^[44] lo mismo que las visiones contenidas en la segunda parte del libro, tienen por objeto asegurar a los judíos que su actual perseguidor, Antíoco Epifanes, no lograría tampoco conseguir su propósito, y a pesar de que «se gloriará por encima de todos los dioses, y del Dios de los dioses dirá cosas increíbles... luego llegará su fin, sin que nadie pueda socorrerle».^[45] La segunda parte del libro es un ejemplo excelente de lo que es un apocalipsis, ya que el autor emplea símbolos de animales salvajes y extraños para representar los poderes paganos que habían oprimido a los judíos;^[46] usa la expresión «abominación desoladora» para describir la erección del altar a Zeus, pues ningún judío sería capaz de escribir aquella odiosa palabra;^[47] cree que las tribulaciones que describe en la forma de una visión anuncian una intervención de Dios a beneficio de sus servidores.^[48] Entonces los malvados serán castigados y los justos se elevarán a la vida

sempiterna.^[49] Otro escritor apocalíptico, que vivió unos setenta años antes del nacimiento de Cristo, expresó esta creencia en lenguaje notable por la belleza de la forma y la profundidad de visión espiritual:

Bienaventurados vosotros, los justos y elegidos,
Porque gloriosa será vuestra suerte.
Y el justo morará en la luz del sol,
Y el elegido en la luz de vida eterna:
Sus días no tendrán fin,
Y los días del santo serán innumerables.
Y buscarán la luz y encontrarán justicia en el Señor de los Espíritus.
Allí habrá paz para los justos en nombre del Eterno.
Entonces todos, a una voz, proclamarán y bendecirán,
Y glorificarán y santificarán el Nombre del Señor de los Espíritus.^[50]

Por muy fantásticas que puedan ser las imágenes empleadas por estos escritores apocalípticos, y por extrañas que puedan parecernos las visiones que les sirven para manifestar su mensaje, hemos de recordar que contribuyeron a la suma total de los elementos de la religión de Israel que tuvieron un permanente valor religioso, pues fueron dignos de ser incluidos en la enseñanza de Cristo, al lado de los mandamientos de la Ley y los nobles preceptos de los profetas.

[En relación con este capítulo deben leerse los siguientes pasajes:

Job 1-2:10; 31:5-40, y *cf.* Salmo 15; 24:1-6. Job, capítulos 38, 39, 42; Daniel, capítulos, 3, 6 y pequeños extractos de los capítulos 7-12; v. *gr.*: 8: 20-24; 11:31-36; 12:1-4. Sabiduría 3:1-9; 7:22-27].

XII. El carácter progresivo de la religión hebrea

LA RELIGIÓN de los hebreos tenía su raíz en un hecho histórico: la liberación de un grupo de tribus, bajo la dirección de Moisés, de la esclavitud en Egipto. A aquel acontecimiento recurrían todos sus maestros religiosos como prueba evidente no solamente del amoroso cuidado de Dios para su pueblo, sino asimismo de su propósito permanente respecto a ellos. Así, pues, desde el principio mismo de su historia, se concedió una gran importancia a la relación normal en que se hallaban con Dios. «Yavé», el nombre que Moisés usó para revelarlo al pueblo, significa virtualmente «Yo mostraré más y más plenamente qué soy Yo en verdad, qué puedo hacer, a las generaciones venideras». Por consiguiente llevaba consigo la promesa de una más plena comprensión de su carácter y la seguridad de un conocimiento más profundo de su propósito con respecto a ellos, a medida que, mediante el aumento en percepción espiritual, fueran capaces de aprehenderlo. Moisés, en el Monte Sinaí, representó a los judíos en un convenio o pacto en el cual Yavé mismo era la parte principal.^[1] Al libertarlos de Egipto, Dios había demostrado su favor hacia ellos; por medio de la fidelidad y obediencia a su voluntad, ellos mostrarían su gratitud hacia Él. Por virtud de su carácter Él no podría romper jamás su alianza con ellos,^[2] pero los judíos necesitaban constantemente que sus jefes les recordaran su deber de fidelidad a la obligación fundamental de aquel pacto: «No tendrás más dios que a Mí». Este sentido de lealtad al Dios Uno, su libertador, y a una promesa fue creando gradualmente en los hebreos un sentimiento de unidad y compañerismo que fue de valor inestimable en la educación espiritual de su raza. Por otra parte, como este pacto, tal como se expresa en los diez mandamientos, exaltaba también la importancia de la buena conducta entre los hombres e insistía en la observancia de un sencillo código moral, proporcionó una base segura sobre la cual pudieron construir los maestros posteriores. «Estableció las condiciones morales de lo religioso no solamente para su tiempo sino para todos los tiempos. Fue un paso en la historia religiosa del que, aun ahora, no podemos comprender cabalmente la grandeza».^[3]

Si, desde el umbral del Nuevo Testamento, volvemos la vista atrás hacia la historia de los hebreos con la que su religión se entreteje inseparablemente, nos daremos cuenta en modo inmediato de un progreso gradual, pero perfectamente definido, hacia adelante y hacia arriba, a pesar de repetidos retrocesos. Políticamente, la nación dejó de existir en los primeros años del siglo VI a. C.; pero al ocurrir el desastre nacional la religión de los judíos era ya lo suficientemente fuerte para resistir el choque, y resurgir, purificada y fortalecida por el tónico amargo de la adversidad. Sus maestros dieron una interpretación religiosa a la situación y los llevaron a ver en ello una nueva prueba de aquel divino propósito que sintieron siempre tan intensamente. Eran un pueblo elegido al cual Dios enseñaba «en diversas porciones y de diversas maneras» por medio de aquellos que aseguraban ser sus portavoces, y a

quien Él llevaba hacia una meta definida situada mucho más allá de los confines de la nacionalidad. El judío estaba destinado a ser nada menos que «una luz para iluminar a los gentiles» y portador del divino mensaje a toda la raza humana. Nosotros, los cristianos, sabemos que sus maestros no se equivocaban al mantener esta convicción; sabemos que su afirmación estaba justificada y que la culminación de aquella revelación gradual del propósito de Dios se halló en la vida y enseñanza de Jesucristo.

Acaso fuera más sencillo si trazáramos el desarrollo gradual del propósito divino, tal como fue revelado en las Escrituras del Antiguo Testamento, a través de tres etapas claramente señaladas: 1) la enseñanza de los profetas; 2) la disciplina de la Ley, y 3) la espera de un reino de Dios, gobernado por el Mesías, rey descendiente de David.

Durante muchos años después de la entrada en Canaán de las tribus hebreas, tan poco organizadas (acaso no todas entraron al mismo tiempo), la misión principal de sus jefes fue unirlos en la fidelidad a Yave e insistir en la obediencia al primer mandamiento de Moisés. La fidelidad a Dios y la existencia nacional iban mano a mano; sin la primera jamás hubieran conseguido la segunda. Sin embargo, cuando la unidad y la conciencia nacional quedaron aseguradas en cierta medida por el establecimiento de la monarquía, los profetas consideraron necesario recordar todavía, tanto al rey como al pueblo, que los deberes para con Dios comprendían obligaciones morales hacia Él y consideración a los derechos de los demás.^[4] Pero tan completa era la falta de conocimiento de sus oyentes y tan poco prometedoras las circunstancias en que se propagaba su mensaje, que su misión hubo de ser llevada a cabo gradualmente por una serie de hombres, llamados profetas, cada uno de los cuales construía sobre los cimientos que habían preparado los que lo precedieron; él, a su vez, preparaba el camino a un sucesor. Aquellos individuos tenían una clara conciencia de ser los mensajeros de Dios y de que hablaban en obediencia directa a su mandato. Amós declaraba: «Yavé me tomó de detrás del ganado y me dijo: Ve a profetizar a mi pueblo Israel».^[5] El mandato a Ezequiel fue: «Ve luego y llégate... a los hijos de tu pueblo, y háblales, diciéndoles: Así dice el Señor, Yavé».^[6] La misión de los profetas era hablar a favor de Dios y dar a conocer sus peticiones a los que prometieron servirle. El severo mensaje de Amós, quien afirmó que Dios es un juez recto, quedó equilibrado por el de Oseas, que exaltó la amorosa bondad de Dios y su anhelo por el amor y la obediencia de sus hijos. Isaías unió ambas enseñanzas, la de Amós y la de Oseas, dándoles un significado más profundo. Se extendía predicando sobre la majestad de Dios, su Santidad, su pureza, que inspiraba un asombro reverente, a la que horrorizaban todos los pecados. Enseñó que Dios era una Persona santa, amante, justa, que pedía a sus adoradores un carácter semejante al suyo. Jeremías, desde el fondo de su propia experiencia personal de unión con Dios, abrió el camino a la religión personal y reveló que cada una de las criaturas de Dios podía hablarle «como un hombre habla a su amigo». La predicación de Jeremías, en

vísperas del Cautiverio y de la destrucción de la vida política de la nación, tuvo una enorme importancia; porque así la religión quedó libre de limitaciones puramente nacionales, y el pacto con la nación fue sustituido por un pacto de Dios con cada alma individual: «Todos me conocerán, desde los pequeños a los grandes; palabra de Yavé; porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados».^[7]

Pero la enseñanza de los profetas no estaba limitada a aquellos a quienes se dirigía su mensaje hablado; las generaciones venideras pudieron aprovecharla por medio del Deuteronomio. Este código, al cual juró el pueblo solemnemente su obediencia, reunió y dio expresión al más elevado pensamiento profético sobre Dios y mostró que el amor de Dios y la devoción personal a Él debían ser la influencia principal en la conducta de sus servidores. Los deberes del hombre para con Dios encontraron expresión en palabras tan veraces que fueron incluidas en las operaciones diarias del judío devoto, y fueron usadas por Cristo en su respuesta a la pregunta del joven estudiante de la Ley, «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?».^[8]

Durante los últimos años de la monarquía se produjo una reacción, y los principios del Deuteronomio fueron ignorados o deformados por la mayoría. La única voz de protesta fue la de Jeremías, pero sus advertencias provocaron burlas y él mismo fue perseguido. Cuando, al cabo del tiempo, perdieron la independencia nacional, la religión se salvó; porque la enseñanza de los profetas tenía profundas raíces entre una minoría de sus fieles adeptos, quienes esperaban pacientemente la consolación de Israel.

Estos discípulos de los profetas no permanecieron inactivos durante el Cautiverio. Fueron ellos quienes estudiaron de nuevo los documentos históricos de su nación y quienes los seleccionaron, arreglaron e interpretaron desde el punto de vista tan característico del Deuteronomio. Comprendieron que el Cautiverio era el justo castigo de Dios a una nación que había desafiado su ley y que no había acertado a comprender su responsabilidad como pueblo elegido. No eran historiadores en el sentido actual del término. Eran maestros religiosos cuya misión consistía en señalar la moraleja de su historia y juzgar los acontecimientos desde el punto de vista religioso. De esta manera hicieron de la historia un medio por el cual se reafirmó la enseñanza de los profetas y se imprimió en su propia generación y en las sucesivas. Su obra fue incluida en la porción de las Escrituras conocida como «los primeros profetas»,^[9] y a su labor debemos los primeros pasos en la formación de aquellas Escrituras del Antiguo Testamento que debían convertirse en «la escuela sagrada del conocimiento de Dios y de la vida espiritual de toda la humanidad».

Después del Cautiverio, la religión de los judíos estuvo dominada por la Ley; y esta Ley, tal como fue codificada por Esdras y otros escribas, sufrió la influencia de Ezequiel de la misma manera que el Deuteronomio sufrió la influencia de las enseñanzas de los profetas anteriores al Cautiverio. Combinó Ezequiel en su propia enseñanza los ideales del profeta y del sacerdote, y él mismo fue el medio por el cual la Ley, tal como se encuentra en el Deuteronomio, fue complementada por la ley

expresada en la *Ley de los Sacerdotes*. Dio importancia a la responsabilidad moral del individuo por sus propias iniquidades y esperaba la regeneración espiritual de la nación por la gracia de nuevo corazón y nuevo espíritu concedidos por Dios a sus servidores. Enseñó también que Dios se complacía en morar en medio de un pueblo santo, una comunidad organizada, preparada mediante el arrepentimiento y la obediencia a su voluntad para su presencia entre ellos. El pecado era la barrera que impedía la realización de aquella esperanza, y por la importancia que dieron al pecado como delito moral contra un Dios Santo, Ezequiel y sus sucesores cumplieron fielmente su misión como portavoces de Dios y fueron sus colaboradores al trabajar de acuerdo con su propósito.

Durante los cuatro siglos que transcurrieron desde la aceptación de la Ley como guía de conducta justa y el cumplimiento de las esperanzas que su fuerza para conservar la nación hizo posible, la Ley sirvió también como muralla de protección de la vida espiritual del individuo. Ella defendía el tesoro peculiar de los judíos: la creencia en un solo Dios; alentó la fidelidad a Dios que permaneció firme bajo la persecución, produjo una fuerte y sincera piedad personal que resistió los sutiles atractivos del paganismo y sirvió como guía para conducir a los hombres hacia Dios. Verdad es que los mandamientos de la Ley tendían en cierto sentido a anquilosarse en reglas fijas, que ponía las normas no morales en el mismo plano que las morales, y que en años posteriores nos encontramos con personajes desagradables que surgieron como resultado del cumplimiento mecánico de la letra de la Ley; pero esto no debe cegarnos ante el hecho de que la obediencia de todo corazón al espíritu de la Ley produjo caracteres que fueron notables ejemplos de la belleza de la santidad. En los Evangelios nos encontramos con aquellos que, como Simeón y Ana, «esperaban la consolación de Israel»,^[10] y si nos volvemos al Libro de los Salmos, en el cual no sólo encontró expresión la devoción pública, sino la privada, encontramos reflejado en él un ideal muy elevado del carácter que es grato a Dios,^[11] y una sed de Dios que encuentra su mayor satisfacción en el santuario de Dios y en la adoración ofrecida en las moradas del Señor.^[12] El estudio de la Ley es la suprema felicidad, porque «los preceptos de Yavé son rectos, alegran el corazón; más estimables que el oro, más dulces que la miel». La Ley es guía a través de todas las perplejidades de la vida, «es para mis pies una lámpara, la luz de mis pasos». Los salmistas reconocen la guía de Dios en la armonía de la naturaleza y en el curso de la historia lo mismo que en la vida del individuo. Reafirman la enseñanza de los profetas de que «el sacrificio grato a Dios es un corazón contrito y humillado», y que el acercamiento del hombre a Dios debe ir acompañado de inocencia, pureza de corazón y manos limpias, en tanto que comprenden asimismo que «cumplir sus promesas al Altísimo» y ofrecer «el sacrificio de acción de gracias» son los más altos deberes del hombre.

De este modo encontramos en el Libro de los Salmos la expresión infinitamente variada de la experiencia espiritual de innumerables almas que fueron enseñadas por los profetas y preparadas por la Ley, que buscaban la unión con Dios y esperaban con

ansia la venida de aquel reino de Dios en el cual se realizarían todas sus esperanzas y todos sus anhelos serían satisfechos.

La espera del reino de Dios está profundamente arraigada en la religión hebrea. Desde el principio creyeron que Dios los había elegido como su pueblo, y que esta posición única y privilegiada llevaba implícitas graves responsabilidades hacia ellos mismos y también hacia la humanidad. El propósito de Dios, claramente visible en su pasado, no sólo reclamaba la cooperación activa en el presente, sino que estaba destinado a encontrar en el futuro un cumplimiento que excedería en mucho todo cuanto ellos habían soñado. Los profetas recordaban constantemente al pueblo que por no vivir según los mandamientos y peticiones de Dios impedía la realización de su propósito.

Los profetas, a partir de Isaías, hablaban de un reino de paz gobernado por un miembro de la familia de David, quien, cuando Dios hubiera aniquilado a los enemigos de su pueblo, gobernaría con justicia, misericordia y rectitud. El pecado y los sufrimientos serían desterrados de su reino e incluso los animales vivirían en paz con los hombres. «No habrá ya más daño ni destrucción en todo mi monte santo; porque estará llena la tierra del conocimiento de Yavé como llenan las aguas el mar». Este ideal fue ampliado por la enseñanza del déutero Isaías y sus sucesores, quienes creyeron que los hebreos serían misioneros entre los gentiles y que las naciones paganas quedarían incluidas, con el tiempo, entre los adoradores del verdadero Dios. Así, pues, la religión de Israel estaba destinada a tener una mira universal y Jerusalén debía ser el centro del reino mundial de Dios.

La profecía dejó de tener influencia moral en el periodo griego, pero a su lado, manteniéndose mientras aquélla decaía, irrumpiendo con nueva vida bajo la persecución, encontramos una extensa literatura apocalíptica, por cuyo intermedio los sucesores de los profetas llevaron adelante su misión. Estos escritos apocalípticos reavivaban el interés por el advenimiento del reino de Dios y alentaban a la nación a hacer un esfuerzo desesperado en defensa de la fe nacional. De esta manera salvaron la religión de los judíos en una seria crisis de su historia, y representaron parte importante en la realización del propósito de Dios durante los años que precedieron inmediatamente al nacimiento de Nuestro Señor en Belén.

Estos nuevos seguidores de los profetas afirmaban que Dios ocuparía su reino después de un periodo de tribulación. Cielos y tierra pasarían, y entonces Él juzgaría a los que habían oprimido a sus servidores; los pecadores y los impíos, los reyes y los hombres poderosos serían apartados de la vista del Señor de los Espíritus; los justos, en cambio, morarían en mansiones celestes y crecerían en sabiduría y santidad.^[13] Algunos de estos autores describen al Mesías como un hijo de David que reinaría con equidad y estaría dotado de sabiduría y entendimiento.

Él, el rey justo, enseñado por Dios, está sobre ellos,
Todos son justos y su rey es el Señor, el Mesías.^[14]

Esta concepción del Mesías era muy popular en los días de Nuestro Señor y era la que tenían no solamente la mayoría de los fariseos, sino incluso los discípulos de Cristo, quienes esperaban que «sería Él quien rescataría a Israel».^[15] Muy diferente es el ideal que hallamos en el libro de Enoc. Este autor habla de un Hijo del Hombre que tiene autoridad sin límite y poder universal y que vendrá en las nubes del cielo como juez del mundo:

El Hijo del Hombre ha aparecido
Y se asienta en el trono de su gloria,
Y todo mal se desvanece a su presencia
Y la palabra de ese Hijo del Hombre llegará
Y resonará inmensa ante el Señor de los Espíritus.^[16]

En los Evangelios sinópticos fue usado este título, Hijo del Hombre, solamente por Nuestro Señor hablando de Sí mismo. Lo empleaba al hacer afirmaciones muy significativas, elevadas y sobrenaturales^[17] y —sobre todo cuando se mezclaba con la idea del sufrimiento— era incomprensible, al principio, para sus discípulos. Él mismo apelaba a las Escrituras, que no venía a destruir sino a cumplir, repetía citas de la Ley y de los profetas y empleaba el lenguaje de los autores apocalípticos cuando esto aclaraba su pensamiento. De esta manera dio testimonio de la parte representada por cada uno en la preparación de la humanidad para el advenimiento de Aquél que trascendió los más altos ideales de los profetas, los sacerdotes y los autores apocalípticos.

A lo largo de la historia de los hebreos encontramos un movimiento constante y firme de lo menos bueno a lo mejor, un adelanto gradual y progresivo en el conocimiento de las cosas de Dios, debido a las enseñanzas de aquellos que afirmaban ser portavoces de Dios para declarar su voluntad y guiar al resto de la nación, lenta pero seguramente, hasta que Dios pudiera irrumpir en ella y completar su obra de preparación para Aquél «en quien se hallan escondidos todos los tesoros de sabiduría y de la ciencia».^[18] «Así, pues, a medida que estudiamos el Antiguo Testamento a la luz del conocimiento moderno, nos convencemos cada vez más de que la historia de la religión hebrea es un conjunto vivo cuya clave son el Mesías y su reino; tenemos un convencimiento cada vez mayor de que lo que el mundo esperaba era Jesucristo Nuestro Señor»,^[19] y confesamos que si «muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas, últimamente, en estos días nos habló por Su Hijo».^[20] Al cual sean dados honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

TABLA CRONOLÓGICA

(La cronología hace surgir muchos problemas desconcertantes, particularmente en el periodo de la monarquía dividida. Como no hay completo acuerdo entre los eruditos acerca de estos problemas, las fechas que se dan en la presente tabla sólo pueden considerarse como aproximadas.)

A. C.	<i>Principales acontecimientos de la historia hebrea</i>	<i>Sucesos importantes entre las potencias extranjeras</i>	<i>Inscripciones</i>
2000		Los pueblos semíticos entran a Canaán	
c.1750 1580		Hammurabi, rey de Babilonia Expulsión de los reyes hicsos de Egipto	Código de Hammurabi
1557		Supremacía egipcia en Asia (1557-1411)	
1375	Grupos de habiru presionan sobre Canaán		Cartas de Tell-el-Amarna
c.1300	Opresión de las tribus hebreas en Egipto	Ramsés II (1292-1225)	La estela de Ramsés II en Betsán demuestra que los semitas edificaron la ciudad de Ramsés
1250- 1230	Fecha probable del Éxodo		Merneftá derrota a un pueblo llamado "Israel" en Canaán

TABLA CRONOLÓGICA [continuación]

c.1180		Pueblos marítimos procedentes de Creta, entre ellos los filisteos, se establecen en Canaán	
1225-1050	Las tribus hebreas se establecen en Canaán		
1025	Fundación de la monarquía hebrea. Saúl	Conflicto entre hebreos y filisteos	
1010	David		
970	Salomón		
933	DIVISIÓN DEL REINO HEBREO <i>Judá</i> Roboam		
925	<i>Israel</i> Jeroboam I		Inscripción en el templo de Amón en Karnak que relata la invasión de Sesac a Israel y Judá
916	Abiam		
914	Asa.		
912			Nadab
911			Basa
888			Ela
887			Zimri

TABLA CRONOLÓGICA [continuación]

876		Omri	
873	Josafat	Ajab	Salmanasar III, rey de Asiria (859-824)
853			Batalla de Carcar. Derrota de Ajab de Israel y Ben- Hadad II de Siria
850		Ocozías	Piedra moabita
		Joram	
849	Joram		
842	Ocozías		
841	Atalía	Jehú	Guerras entre Israel y Siria
			Prisma negro de Salmanasar III que muestra a Jehú rin- diendo homenaje
835	Joás		
814		Joacaz	
797		Joás	
795	Amasías		
789	Azarías		
782		Jeroboam II	
743		Zacarías	Teglat-falasar III, rey de Asi- ria (745-727)
		Selum	Teglat-falasar III toma Hamat

TABLA CRONOLÓGICA [continuación]

739	Jotam	Menajem	
738			Menajem paga tributo a Teglat-falasar III
736		Pecajya	
735	Ajaz	Pecaj	
734			Ajaz paga tributo a Teglat-falasar III
732			Toma de Damasco. Deportación de sirios
730		Oseas	Oseas es designado rey por Teglat-falasar III
727 ¹	Ezequías		
721	<i>Fin del reino de Israel</i>		Toma de Samaria por Sargón II
705			
700			Inscripción de Siloam. Cilindro de Senaquerib narrando su campaña de Palestina y el sitio de Jerusalén
692	Manasés		

¹ La fecha de la ascensión al trono de Ezequías es muy incierta.

TABLA CRONOLÓGICA [continuación]

638	Amón	Nuevo imperio de Babilonia fundado el año 625 a. c.
637	Josías	
612		Caída de Nínive
608	Joacaz	El faraón Necao mata a Josías en Magedo
607	Joaquim	El faraón Necao es derrotado por Nabucodonosor (604- 561) en Karkémis
605		
597	Joaquín	Primera deportación de judíos a Babilonia
596		
596	Sedecías	Segunda deportación de judíos Los judíos bajo el dominio persa (538-331 a. c.)
586	<i>Fin del reino de Judá</i> Exilio (586-536)	
538		Ciro, rey de Persia, toma Ba- bilonia
536	Retorno de algunos judíos a Jerusalén	Cilindro de Ciro
520	Zorobabel, gobernador de	
		Darío I (522-485)

TABLA CRONOLÓGICA [continuación]

	Judá			
	<i>Josué sumo sacerdote</i>			
516	Consagración del segundo Templo	Artajerjes I (464-424)		
444	Nehemías, gobernador de Judá (444-432) y también hacia 430			
	<i>Eliasib, sumo sacerdote</i>			
419				
410	Bagoas, gobernador persa de Judá, también en 408	Artajerjes II (404-358)		Papiro de la Pascua Hebrea
	<i>Jojanán, sumo sacerdote</i>			El Templo judío de Elefantina en Egipto es destruido. Los judíos piden la ayuda de Samaria y Jerusalén 408
397	Fecha probable del regreso de Esdras a Jerusalén			Algunos judíos son desterrados por Artajerjes III
c.353				
331		Alejandro Magno conquista Palestina		
	<i>Jadua, sumo sacerdote</i>			<i>Fin del dominio Persa</i>

TABLA CRONOLÓGICA [continuación]

- | | |
|----------|---|
| 301-198. | Los judíos bajo el dominio <i>egipcio</i> |
| 250. | Traducción del Pentateuco al griego, comenzada en Alejandría |
| 198. | Antíoco III derrota a Tolomeo IV |
| 198-129. | Los judíos bajo el dominio <i>sirio</i> |
| 168. | Antíoco IV publica su edicto persiguiendo a los judíos. Profanación del Templo |
| 167. | Estalla la rebelión judía.—Judas Macabeo, 166-161 |
| 165. | Restauración y nueva consagración del Templo |
| 161. | Muerte de Judas Macabeo |
| 161. | Jonatán sumo sacerdote |
| 143. | Simón reconocido como sumo sacerdote y etnarca |
| 129- 63. | Completa independencia de los judíos de todo dominio ajeno |
| 63. | Comienza el dominio <i>romano</i> .—Pompeyo entra en Jerusalén |
| 37. | Herodes el Grande, rey de Judea |
| 20. | Comienza la edificación del tercer Templo (fue terminado hacia el año 60 d. c. y destruido el año 70 d. c.) |
| 4. | Muerte de Herodes |

Hacia el año 6 a. c., nace Jesús, el Cristo, en Belén.



Notas del capítulo I

[1] II San Pedro 1:21. <<

[2] La división por capítulos fue hecha en el siglo XIII para comodidad en las referencias. La división por versículos del Nuevo Testamento se hizo mucho más tarde, y la del Antiguo Testamento viene de los tiempos rabínicos aproximadamente en el año 500 de nuestra era. <<

[3] Véase pp. 176 ss. [Corresponde al capítulo XI de este libro electrónico compartido en ePubLibre.org, a partir del subtítulo «La Versión de los Setenta, los Libros Sapienciales y la Literatura Apocalíptica» y hasta el final del capítulo. N. del e. d.].

<<

[*] El texto castellano de las citas bíblicas está tomado de la versión directa de las lenguas originales hecha por Eloíno Nácar Fuster y el R. P. Alberto Colunga, O. P., publicada por la B. A. C., Madrid, 1952. [E.]. <<

[4] La palabra canon se deriva de una palabra griega que significa regla o modelo. Se aplica a los libros contenidos en el Antiguo y el Nuevo Testamento a causa de que fijan un modelo de fe y de conducta. <<

[5] Jueces 5. <<

[6] Números 21:14. <<

[7] Éxodo 15:1-12. <<

[8] Josué 10:12-14. <<

[9] II Samuel 1:17-27. <<

[10] Después del Cautiverio se tuvo tal reverencia a esta palabra que solamente los sacerdotes podían pronunciarla y fue sustituida por la palabra *Adonai* (Señor). <<

[¹¹] Véase p. 114. [Corresponde al inicio del capítulo VIII de este libro digital. N. del e. d.]. <<

[12] Se cree que el pequeño resumen de leyes contenido en el Éxodo 34:10-28, es anterior al Libro de la Alianza. <<

[13] El nombre de Deuteronomio fue dado a este libro en años posteriores; el título griego *deuteros nomos* significa segunda ley. Nuestro Señor se refirió a él en su respuesta al joven escriba. San Marcos, 12:29-30. Cf. Deut. 6:4-5. <<

[14] Isaías y Jeremías, y también Amós, Oseas, Sofonías, Nahum, Habacuc; los cinco últimos pertenecen al grupo de profetas menores. <<

[15] Véase pp. 158 ss. [Corresponde aproximadamente desde el párrafo a partir de la frase «Esdras era sacerdote, miembro principal» en este libro electrónico compartido en ePubLibre.org. N. del e. d.]. <<

[16] El Levítico, caps. 17-26, contiene el resultado de sus trabajos. Se le ha llamado el Código de Santidad, porque su idea principal es la santidad, en el sentido en que la entendía Ezequiel. La tierra es «santa», la ciudad es «santa», y en el centro está el «santo» templo donde un pueblo «santo» adora al Santo de Israel. Después se añadieron los capítulos 1-16 como introducción y el 27 como apéndice. <<

[17] La palabra Pentateuco se deriva de dos palabras griegas que significan cinco libros: Génesis, Éxodo, Números, Levítico y Deuteronomio. <<

[18] La enseñanza de Isaías no llenaba un rollo completo, y así se hicieron, en el espacio libre, tres adiciones en diferentes tiempos: 1) el mensaje del desconocido autor de los caps. 40-55 de Isaías, que vivió durante el Cautiverio; 2) el mensaje de un profeta que vivió hacia el año 450 a. C., contenido en Isaías 56-66; 3) el corto mensaje contenido en Isaías 24-27, que pertenece al siglo II a. C. <<

[19] Fueron éstos: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías. <<

[20] San Mateo 5:17; 7:12. San Lucas 16:29-31; 24:27. Hechos 28:23 II Tim. 3:14-15.

<<

[21] Un escritor del siglo II a. C. alude a «la Ley, los Profetas y los otros libros de nuestros padres». <<

[22] Armitage Robinson, *Thoughts on Inspiration*, p. 40. <<

Notas del capítulo II

[1] Josué 3:1-17; Jueces 3:28. <<

[2] Salmo 22:12. <<

[3] II Reyes 3:4-5. <<

[4] Josué 10:12. <<

[5] II Sam. 5:18. <<

[6] I Mac. 3:24. <<

[7] G. A. Smith, *Historical Geography*, p. 149. <<

[8] *Commentary* de Peake, p. 31 (adaptado). <<

[9] Salmos 83:13; 90:5. San Mateo 6:28-30. Santiago 1:10-11. <<

[10] Cantar de los Cantares, 2:11-13. <<

[11] Jer. 5:24; Oseas 6:3; Joel 2:22. <<

[12] Deut. 8:7-14; 11:11-12; 32:10-14. <<

[13] Josué 10:1-3. <<

[14] Oseas 12:7; Ezeq. 17:4. <<

[15] El código de Hammurabi, el gran legislador babilonio, es conocido, desde hace largo tiempo; otros textos más antiguos han sido recientemente descubiertos. <<

[16] Gén. 34:25-31; 49:5-7 registra la tradición de una incursión hecha contra Siquem por las tribus de Simeón y de Leví. <<

[17] Burney, *Schweich Lectures*, p. 76. <<

Notas del capítulo III

[1] Éxodo, 1:8-12. <<

[2] Véase p. 42. <<

[3] Éxodo 2:19. <<

[*] Casó con Séfora, hija de Jetro: Éxodo 2:15-22. [T.] [<<](#)

[4] *Cf.* la conversión de San Pablo, Hechos 9:1-9. <<

[5] Éxodo 4:19-20. <<

[6] Éxodo 5:5-23. <<

[7] Salm. 105:38. <<

[8] Éxodo 15:1-12. Los versículos 13-18 pertenecen a un periodo posterior. <<

[9] Éxodo 15:20. <<

[10] Por ejemplo: los capítulos 25-31 y 34:29-40:38 del Éxodo, lo mismo que numerosas inserciones breves, provienen de ellos. <<

[11] Gén. 15:9-18; Jer. 34:18. <<

[12] Éxodo 19:16-18; Salmo 18:7-15. <<

[13] Éxodo 32:1-35 y I Reyes 12:28. Se han encontrado varias imágenes cananeas de becerros, con el dios Hadad de pie sobre ellos; por lo tanto, el becerro era el pedestal del dios. Es probable que, de acuerdo con el culto sin imágenes de Yavé, los becerros de Jeroboam hayan sido únicamente pedestales. <<

[14] No como «tabernáculo de la congregación». Éxodo 33:7-11. <<

[15] San Juan 4:24. <<

[16] I Reyes 21:7-14. <<

[17] San Marcos 9:2-8. <<

Notas del capítulo IV

[1] Josué 23. Este capítulo era originalmente la conclusión del libro de Josué. Fue colocado en su lugar actual por un segundo escritor, sacerdote, con objeto de incluir su propia narración. <<

[2] Éste introduce en la narración a Eleazar, el sacerdote, quien coopera con Josué; véase 14:1; 17:4; 19:51; 21:1. <<

[3] Éxodo 17:8-16. <<

[4] Josué 1:6-9. <<

[5] Josué 2:9. <<

[6] Josué 3:16. Un historiador árabe describe un suceso similar en el año 1267 d. C., cuando un desprendimiento de tierras en la parte estrecha del valle del Jordán obstruyó el río durante algún tiempo. En 1927, una porción de la margen occidental del Jordán se derrumbó sobre el río y la corriente se interrumpió durante 21 ½ horas. Véase Garstang, *Joshua and Judges*, p. 133. <<

[7] I Reyes 16:34. Jiel levantó sus murallas sobre los restos de las murallas cananeas que aún pueden verse. *Cf.* P. S. P. Handcock, *Latest Light on Bible Lands*, p. 234. <<

[8] Jueces 1:22-26. <<

[9] Este tratado fue observado escrupulosamente por los hebreos hasta los días de Saúl. II Sam. 21:2. <<

[10] Un escritor de época posterior tomó este fragmento poético al pie de la letra, y debido a la expresión de su propia creencia personal de que el Sol se detuvo de hecho en su curso, produjo una perplejidad innecesaria a las mentes de Occidente. Josué 10:13-14. <<

[11] Jueces 20:27. Probablemente esto explica el cambio de nombre; porque Bétel significa «casa de Dios». <<

[12] Josué 18:1; Jueces 18:31, *cf.* 20:26; I Sam. 1:3; 4:4. <<

[13] Josué 24:19-28. <<

[14] En Jueces 4 encontramos otro relato de la destrucción de Hazor, combinado con la historia de la victoria sobre Sísara. <<

[15] Eclesiástico 46:1-2. <<

[16] Josué 13:1. <<

[17] Josué 15:63; Jueces 19:12; II Sam. 5:6-7; I Reyes 9:16. <<

[18] Jueces 5:4-5. <<

[19] Jueces 5:31. <<

[20] Jueces 4:21. <<

[21] Oseas 2:8-13. <<

[22] La victoria de Gedeón está narrada en Isaías 9:4; 10:26 y Sal. 83:9-11. <<

[23] Jueces 9:7-15. <<

[24] Josué ofrendó Jericó. Saúl ofrendó parte del botín amalecita. <<

[25] Miqueas 6:6-8. <<

[26] I Reyes 16:34; II Reyes 21:6. <<

[27] Jueces 16:21-31. <<

[28] *Efod*: ornamento del traje usado por el sacerdote para averiguar la voluntad de Yavé. Jueces: 8:27; I Sam. 14:18-19; 21:9. <<

[29] Sagradas pertenencias familiares de forma y tamaño humanos. Gen. 31:19; I Sam. 19:18. <<

[30] I Sam. 4:9. <<

[31] Amós 9:7. <<

Notas del capítulo V

[1] I Sam. 4-7:1. Jer. 7:12-14. <<

[2] La enfermedad contagiosa parece haber sido ocasionada por los roedores y caracterizada por diviesos o tumores. De ahí la ofrenda de los filisteos mencionada en I Sam. 6:4-5. <<

[3] Los hombres de Jabes no olvidaron nunca aquella acción de Saúl, y después de la victoria de los filisteos en los montes de Gélboe, arriesgaron sus vidas por rescatar los cadáveres de Saúl y de sus hijos de las murallas de Betsán y les dieron sepultura (I Sam. 31:10-13). <<

[4] I Sam. 13:6-7, 19-23. <<

[5] Hay dos narraciones de la reprobación de Samuel a Saúl, *a)* I Sam. 35:1-34 es la primera; *b)* I Sam. 13:8-15 refleja las ideas de una época muy posterior. <<

[6] I Sam. 15:2,3,18; Josué 6:17; I Reyes 20:42. <<

[7] I Sam. 15:22; Oseas 6:6. <<

[8] I Sam. 10:10-13. <<

[9] Algunos investigadores creen que la actitud frente a la monarquía que encuentra su expresión en esta leyenda fue compartida por Oseas (Oseas 8:4; 13:10-11); otros piensan que el profeta se refiere a usurpadores como Jehú y Menajem. Véase p. 109, nota 57. <<

[10] I Sam. 14:52. <<

[¹¹] I Sam. 16:22. <<

[12] I Sam. 18:7, llamado el Canto de Salutación, probablemente tomado del libro de Jaser. <<

[13] Éste era consagrado a colocarse delante de Yavé. En época posterior sólo podía ser consumido por los sacerdotes. Lev. 24:5-9. <<

[¹⁴] I Sam. 21:9; 22:10; *cf.* I Sam. 5:2; 31:10; II Sam. 5:21. Era costumbre depositar trofeos militares en los santuarios. <<

[15] I Sam. 25. Hay un duplicado de esta leyenda en el cap. 24. <<

[16] Hay dos narraciones de la muerte de Saúl en Monte Gélboe: *a)* la de I Sam. 31:1-6 es más histórica; *b)* II Sam. 1:6-10, 13-16 contiene una tradición distinta y su origen es desconocido. <<

Notas del capítulo VI

[1] Para los libros I y II de las Crónicas, véase p. 146. Aunque inferiores a los de los Reyes, como historia, esos libros son de verdadero valor para información sobre el culto en el segundo templo después del Cautiverio. <<

[2] I Sam. 31:7. <<

[3] II Sam. 2:12-32; *cf.* Éxodo 21:24-25. <<

[4] Solamente un versículo de este canto fúnebre (probablemente el estribillo) está conservado en II Sam. 3:34. <<

[5] II Sam. 5:2. <<

[6] Véase Josué 15:63; Jueces 1:21. <<

[7] I Crón. 11:6. <<

[8] I Sam. 7:2; II Sam. 6:2. <<

[9] Job 1 y San Juan 9:1-5. <<

[*] El texto bíblico (II Sam. 6:10-12) dice que Obededón era de Gat; sería pues levita y no filisteo (Josué 21:25). [T.] <<

[10] Para otros ejemplos de tales danzas entre los hebreos, véase Éxodo 15:20; 32:19; Jueces 21:19-21; y Sal. 149:3. <<

[¹¹] II Sam. 5:11-12; I Reyes 5:1-11; *cf.* Hechos 12:20. «Las ciudades fenicias todavía dependían en gran parte de los trigales de Galilea para su alimentación». Rackham, *Acts of Apostles*, p. 181. <<

[12] I Reyes 11:21.25. <<

[13] II Sam. 8:15-18; 20:23-26. <<

[14] II Sam. 24:1 debe compararse con I Crón. 21:l donde se dice que Satán, o el adversario, incitó a David a hacer el censo. Esta alteración, que proviene del escritor posterior, refleja el cambio en el pensamiento religioso que había tenido lugar desde que II Samuel fue escrito. <<

[15] San Lucas 2:30-32. <<

[16] II Sam. 19:43; *cf.* Jueces 8:1; 12:1-6. <<

[17] Eclesiástico 47:10. <<

[18] Isaías 11:1-9; Miqueas 5:2; Jer. 23:5-8; Salmo 72. <<

[19] I Reyes 5:13-18. <<

[20] I Reyes 5:1-12; 7:13-14. <<

[21] Este santuario oscuro remplazó la tienda que hasta entonces había protegido al Arca; se conservó la cortina o velo. <<

[22] Ezeq. 43:8. <<

[**] El texto inglés se inicia con una frase (*The sun has Yahweh set in the heavens*) que no aparece en ninguna de las versiones castellanas [E.]. <<

[23] Véase *Century Bible*, I y II Reyes, p. 143. <<

[24] La larga plegaria de dedicación que se encuentra en I Reyes 8:15-53 es obra de autores que vivieron poco antes y durante el Cautiverio. <<

[25] I Reyes 9:26-28; 10:21-29. Antes del reinado de Salomón los hebreos usaban habitualmente el asno y la mula. II Sam. 13:29; 18:9. I Reyes 1:33. <<

[26] II Reyes 3:4. <<

[27] Por ejemplo, I Reyes 4:20,21, 24,25,29-34; 10:21-25, 27. Estos pasajes fueron interpolados por autores posteriores. <<

Notas del capítulo VII

[1] I Reyes 11:26-31. Jeroboam intentó provocar una rebelión durante el reinado de Salomón; pero su conspiración fue descubierta y tuvo que huir a Egipto para salvar su vida. <<

[2] El partido de los profetas, guiado por Ajías, tomó a mal la tolerancia de Salomón hacia los cultos extranjeros, resultado inevitable de su política comercial. Acaso esperaban que Silo sería de nuevo el santuario principal, y es evidente que se oponían a la preeminencia de Jerusalén. <<

[3] Amós 7:13. <<

[4] Oseas 2:5-23; 4:12-17. <<

[5] Omri trasladó prudentemente la capital de Siquem a Samaría. I Reyes 16:24. <<

[6] I Reyes 18:4. <<

[7] Al hablar de «fuego de Yavé» el autor se refiere a un rayo. Véase también Génesis 19:24. <<

[8] I Reyes 16:34. Se han encontrado en Gazer muchas urnas que contienen esqueletos de niños enterrados bajo las murallas de la ciudad. Los sacrificios humanos eran también comunes en Ur. <<

[9] I Reyes 21:3; *cf.* Lev. 25:23; Josué 24:13. <<

[10] II Reyes 9:25. <<

[¹¹] I Reyes 21:21-24; II Reyes 9:30-37. <<

[12] I Reyes 20:34. <<

[13] En esta ocasión uno de los hijos de los profetas protestó contra el olvido de Ajab de observar el *herem*. I Reyes 20:35-43. <<

[14] La inscripción de Salmanasar está ahora en el Museo Británico. En ella se afirma: «Carcar, su real ciudad, la hice destruir, saquear e incendiar». Entre los reyes que fueron derrotados menciona a Ben-Hadad de Damasco y a Ajab de Israel. *Clarendon Bible*, t. II, p. 240. <<

[15] Véase también Éxodo 9:12; I Sam. 16:14; II Sam. 24:1. <<

[16] Esta piedra fue encontrada en Dibon, en 1868. Tiene un gran valor, porque no solamente confirma la narración del libro de los Reyes, sino que demuestra que los hebreos y los moabitas tenían mucho en común, tanto en lenguaje como en ideas religiosas. El texto completo puede leerse en D. Winton Thomas, *Documents from Old Testament Times*, pp. 196 s. <<

[17] II Reyes 3:27. Mucho antes, y aun mucho después, de esta época, los hebreos creían que Yavé sólo podía protegerlos en su propio país (I Sam. 26:19). Desde que Salomón construyó el Templo, Él moraba en aquel oscuro santuario interior; cuando su pueblo sufrió el cautiverio en Babilonia, Yavé dejó su arruinado Templo, al cual esperaba el profeta Ezequiel que volvería cuando sus fieles servidores hubieran reconstruido, una vez más, Jerusalén (Ezeq. 43:1-4). <<

[18] En el obelisco de Kalah, llamado también «Prisma de Salmanasar», se ve a Jehú postrado ante Salmanasar III. La inscripción en caracteres cuneiformes dice: «El tributo de Ja-na-mar Huum-ri (Jehú, hijo de Omri)». Este obelisco se encuentra actualmente en el Museo Británico. *Clarendon Bible*, t. II, p. 242. <<

[19] II Reyes 14:23-29. <<

[20] II Reyes 17:21.29. <<

[21] Esdras 4:1-5. <<

[22] «La sabiduría, penetrando en las almas santas, hace amigos de Dios y profetas». Sabiduría 7:27; *cf.* Amós 3:8; 7:15. <<

[23] La escena descrita en II Reyes 2 es más bien una introducción a la historia de Eliseo y no el final de la de Elías, porque los hijos de los profetas desempeñan parte importante y Eliseo parece ser considerado como un profeta más grande que Elías, pues recibe una mayor porción de su espíritu. El carácter de las narraciones sobre Eliseo difiere muy marcadamente del de las de Elías, y en ellas el elemento maravilloso, debido a tradición popular, es evidente. <<

[²⁴] II Reyes 2:9; *cf.* Deuter. 21:17. El hijo primogénito recibía doble que los otros. Las leyendas sobre la benevolencia de Eliseo se encuentran en II Reyes 2:19-22; 4:1-6:7. <<

[25] II Reyes 13:14-19. Véase también 6:8-7:20. <<

[26] Amós 7: 15. <<

[27] Amós 2:6-7. <<

[28] Amós 4:1; 6:4-6. <<

[29] Amós 3:15; 5:11. <<

[30] Amós 4:1-3. <<

[31] Amós 5:12. <<

[32] Amós 8:5-6. <<

[33] Amós 4:4-5; 5:5. <<

[34] Amós 2:12-13. <<

[35] Salmo 50:23; Salmo 51:17-18. <<

[36] Amós 5:21-24. <<

[37] Amós 3:1-3. <<

[38] Amós 3:2. <<

[39] Amós 4:2. <<

[40] Amós 3:4-6, 12; 4:13; 5:8-9; 6:12. <<

[41] Amós 9:8-15 con su mensaje de esperanza es probablemente un apéndice escrito por un autor posterior. <<

[42] Oseas 5:13. <<

[43] Oseas 2:8-13, 19-23. <<

[44] Oseas 4:16. <<

[45] Oseas 1:4. <<

[46] Oseas 8:4-6. <<

[47] Oseas 4:6. <<

[48] Oseas 6:9. <<

[49] Oseas 6:15; 12:10. <<

[50] Oseas 7:11. <<

[51] Oseas 12:7-8. <<

[52] Oseas 6:6. Éste es casi idéntico a I Sam. 15:22. <<

[53] Oseas 11:8. <<

[54] Oseas 14:1-8. <<

[55] Oseas 12:13. <<

[56] Oseas 4:2; 8:12; 13:4. <<

[57] Oseas 8:4; 13:10-11; *cf.* I Sam. 8:10-18; 12:13-25. <<

[58] Oseas 12:3. <<

[59] Oseas 12:4. <<

[60] Oseas 12:12. <<

[61] Véase p. 12. <<

[62] En la narración E deben advertirse las siguientes características que la diferencian de la tradición J: Horeb se usa con preferencia a Sinaí, Jacob en vez de Israel, amorreos en vez de cananeos, para denotar los habitantes pre-israelitas de Palestina; la voluntad de Dios es revelada por medio de sueños y visiones y Moisés es llamado profeta. Su tendencia general es antimonárquica y contiene muchas palabras y frases egipcias, especialmente en la historia de José, se destaca siempre una lección religiosa. Para un estudio completo de estos puntos, véase D. C. Simpson, *Pentateuchal Criticism*, cap. IV. <<

Notas del capítulo VIII

[1] Parece que Sesac atacó a Israel lo mismo que a Judá. En uno de los muros del templo de Amón, en Karnak, aparece como conquistador, dirigiendo cuerdas de prisioneros, cada uno de los cuales lleva el nombre de una ciudad capturada; entre ellas están Betorón, Ayalón, Magedo y Taanac. *Clarendon Bible*, t. II. p. 214. <<

[2] La referencia al Arca en Jer. 3:16-17 no quiere decir que necesariamente el Arca existiera aún. <<

[3] I Reyes 15:13. <<

[4] Véase p. 99 y II Reyes 3:7. <<

[5] II Reyes 3:14. <<

[6] I Reyes 22:48-49; I Crón. 20:35-37. <<

[7] II Crón. 19:5-11. <<

[8] Por ej.: Gén. 2:5-3:24; 18; 19; 24; 27; 43; 44; Éxod. 4:1-16; 5:5; 6:1. Véase también p. 11. <<

[9] II Crón. 24:20-21, *cf.* también San Lucas 11:51. <<

[10] II Reyes 14:9-10. Parábolas similares se encuentran en Jueces 9:8-15 y en Isaías 5. <<

[11] Isaías 7:2. <<

[12] *Clarendon Bible*, t. III, p. 80. Isaías 7:3-9. <<

[13] Isaías 7:11-16; 8:4. <<

[14] El dios Sol, Shamash, era representado frecuentemente por los babilonios guiando un carro tirado por caballos. <<

[15] Nejustán significa pieza en bronce. *Cf.* I Reyes 1:9 (literalmente, piedra de la serpiente). <<

[16] II Reyes 20:12-15 e Isaías 31:1-3; 36:6. <<

[17] Este cilindro está ahora en el Museo Británico. Senaquerib afirma que encerró a Ezequías en su real ciudad de Jerusalén como a un pájaro en su jaula. Para el texto completo de esta inscripción véase *Clarendon Bible*, t. III, p. 76. <<

[18] II Reyes 18:19-35. <<

[19] II Reyes 19:20-34. <<

[20] Dos narraciones proféticas de esta campaña parecen haber sido fundidas en II Reyes 18:17-19:37. La primera (18:17-19:7) termina con la afirmación de que el rumor de un avance egipcio impulsó a Senaquerib a regresar a Asiria; la segunda (19:8-37) acaba en la destrucción de las tropas asirias por una plaga. Hay quien opina que se refieren a diferentes expediciones, pero el cálculo de probabilidades está en favor de que las diferencias son debidas al hecho de que provienen de dos diferentes fuentes. <<

[21] Isaías 30:7. <<

[22] II Reyes 21:16. La tradición judía dice que Isaías estaba entre los mártires. <<

[23] II Crón. 33:12-13 y, en los Apócrifos, la Oración de Manasés. <<

[24] Deut. 16:1-17; 18:1-8. <<

[25] Los capítulos centrales del Deuteronomio (12-16) están basados en el viejo código conocido como el Libro de la Alianza, Éxod. 20-23:19, pero reflejan la enseñanza de los grandes profetas del siglo VIII y las normas señalan un notable adelanto sobre las encontradas en la primitiva colección. Para estudio más completo véase *Clarendon Bible*, t. III, p. 239-43. <<

[26] Deut. 10:12 refleja Miqueas 6:8; el deber para con los demás, tal como fue expuesto por Amós, Oseas e Isaías, se encuentra en Deut. 15:7-11, 15; 20:19-20; 23:24-25; 24:12, 13,16, 19-22. <<

[27] Deut. 6:4-9; *cf.* San Marcos 12:29-30. Las tres réplicas de nuestro Señor al Tentador están tomadas del Deuteronomio, San Mateo 4:3-11. <<

[28] Elegía dedicada a los reyes de Judá. Jer. 22:10-12, 16 y Ezeq. 19:1-4. <<

[29] Jer. 22:13-19. <<

[30] Joaquín estuvo prisionero durante treinta y siete años hasta que Evil-Merodac sucedió a Nabucodonosor. En 1939 se publicaron algunas tablas babilónicas donde se mencionan las provisiones que se le permitieron a Joaquín (quien es llamado Rey de Judá) y a sus cinco hijos. <<

[31] Jer. 29:1-15. <<

[32] Por ejemplo, los autores anónimos de Isaías 40-55 y de muchos salmos. <<

[33] Recientemente se ha aclarado mucho la vida de estos judíos gracias a una serie de documentos arameos encontrados en Asuán. No sabemos la fecha exacta en que llegaron a Egipto; pero los documentos retrotraían su narración al periodo persa y es admisible que sus antepasados fueran los judíos fugitivos de 586 a. C. <<

[34] Salmo 74:1, 7, 8, 10. <<

[35] El cap. 21:1-12 refiere la captura de Babilonia por los persas en 538 a. C.; estos versículos, por tanto, no pueden formar parte del mensaje de Isaías. Los caps. 24-27 y parte de los caps. 31-35 pertenecen a un periodo muy posterior al siglo VIII. Los caps. 36-39, con excepción del salmo en 38:9-20, forman un apéndice histórico y son casi idénticos a II Reyes 18:13-17 a 20:19. <<

[36] Compárese la visión de Isaías de la adoración celestial con la de Apoc. 4. <<

[37] Este himno, encontrado también en Apoc. 4:8, ha formado parte del culto cristiano desde los primeros tiempos. <<

[38] Isaías 6:1-10; *cf.* Amós 7:14-15 y Hechos 26:19. <<

[39] 37:21-35. Véase también II Reyes 19:20-34. <<

[40] Isaías 9:2-7; *cf.* Salmo 72. <<

[⁴¹] Isaías 11:13 y 19:23-25. <<

[42] Isaías 11:1-9. <<

[43] El pasaje Isaías 7:14 fue justamente aplicado a nuestro Señor por los primeros escribas cristianos que conocían las Escrituras; *cf.* San Mateo 1:22-23. Tal como Isaías lo usaba era «una manera simbólica de dar un límite al cumplimiento de la profecía». <<

[⁴⁴] Isaías 1:23 y 10:1-4. <<

[45] Isaías 3:16-4:1. <<

[46] Isaías 5:8-9. <<

[47] Isaías 8:19. <<

[48] Isaías 1:10-17. <<

[49] Isaías 5:1-7. <<

[50] *Cf.* Ep. a los Romanos 11:1-2. <<

[51] Miqueas 2:2-3; 3:2-4; 3:11. <<

[52] Miqueas 3:12 y Jer. 26:18-19. Éste es el único caso, en el Antiguo Testamento, en que un profeta cita literalmente a otro. <<

[53] I Reyes 2:26. <<

[54] Jer. 11:18-23; 12:6. <<

[55] Jer. 7:1-15 y 26. <<

[56] Jer. 28:1-17. <<

[57] Jer. 23:9-40. <<

[58] Jer. 20:1-6. <<

[59] Jer. 36:23. <<

[60] Jer. 38:6-13. <<

[61] *Cf.* Jer. 3:22 y Oseas 14:1-4; Jer. 2:2 y Oseas 1-3; Jer. 18:13 y Oseas 6:10; Jer. 30:9 y Oseas 3:5, etc. <<

[62] Jer. 15:15-18; 23:18-22. <<

[63] Jer. 31:31-35; *cf.* I Cor. 11:25; II Cor. 3:6; Hebreos 8-9:22. <<

Notas del capítulo IX

[1] Ezeq. 8:1; 14:1. <<

[2] I Esdras 3, 4; Neh. 1; Daniel 1:20; 2:48; 5:29; 6:2-3. <<

[3] La palabra *sabbath* (sábado) es probablemente de origen babilónico, y la observancia de los días de descanso o sábados era común a babilonios y judíos. Pero el principio en que se basaba la observancia judía era fundamentalmente diferente del que influía sobre los babilonios. Véase *A New Commentary*, p. 85. <<

[4] El tono de las frases que señalan el principio y el fin de cada sección o reinado es claramente deuteronomico. Por ejemplo: Jueces 2:6-3:6; 6:1-6; I Reyes 14:29-31; 15:33-16:7; 16:25-33; II Reyes 15: 31-38; 18:1-8; 21:1-18. <<

[5] Se le llama con más frecuencia el Déutero-Isaías: *deuteros* significa segundo. <<

[6] Recientemente se ha sostenido la hipótesis de que parte del mensaje de Ezequiel fue comunicado en Palestina antes de que marchara al cautiverio. <<

[7] V. *gr.*: Ezeq. 17:1-10, las águilas; 19:1-9, los leones; 37:1-14, el campo de huesos secos. <<

[8] V. *gr.*: Ezeq. 4:1-8; 4:9-17; 5:14; 12:1-16. <<

[9] Los descuidados pastores a quienes se refiere Ezeq. en los versículos 2-10 son los últimos reyes de Judá. <<

[10] Ezeq. 34:13-19; *cf.* Salmo 23 y las palabras de Nuestro Señor en S. Juan 10:14-18. <<

[11] Ezeq. 18:1-32. <<

[12] Ezeq. 26-28 contiene una magnífica descripción de la riqueza de Tiro. <<

[13] Ezeq. 37:10-14; al hablar de «la casa entera de Israel», Ezequiel se refiere tanto a Israel como a Judá. <<

[¹⁴] Ezeq. 43:1-9, *cf.* Salmo 24:7-10. <<

[15] Ezeq. 47:1-12, *cf.* Apoc. 22:1-5. <<

[16] Isaías 40:3-4. <<

[17] Isaías 40:28; 42:5; 43:11-15; 45:14-25. <<

[18] Isaías 49:6. <<

[19] Isaías 42:1-4; 49:1-6; 50:4-9; 52:13-53:12. <<

[20] San Mateo 12:17-21; San Marcos 10:45; San Lucas 18:31-34; 24:25-27;
I Pedro 2:21-25. <<

[21] Hechos 8:32-35. <<

Notas del capítulo X

[1] La narración de la captura de Babilonia y una referencia al permiso concedido a los pueblos cautivos para volver a sus hogares se encuentra en un cilindro de barro cocido grabado por orden del mismo Ciro. Ahora se encuentra en el Museo Británico dicho cilindro. Para más detalles véase *Clarendon Bible*, t. IV, p. 140. <<

[2] El cronista debe haber sido contemporáneo del sumo sacerdote Jadda, porque enumera a todos los sumos sacerdotes desde Josué (520 a. C.) hasta Jadda, que era un anciano cuando Alejandro el Grande entró en Jerusalén el año 332 a. C. Neh. 12: 11, 22. <<

[3] El cronista omitió toda referencia al periodo de los Jueces, al pecado de David y a la rebelión de Absalón; solamente aludía a la historia de Israel cuando la historia de Judá le obligaba a hacerlo. *Cf.* II Sam. 5:21 con I Crón. 14:12; II Sam. 24:1 con I Crón. 21:1; I Reyes 8:62-66 con II Crón. 7:1-10. <<

[4] El problema total está estudiado en detalle en *Clarendon Bible*, t. IV; en L. E. Browne, *Early Judaism*; en el *New Commentary* editado por el Dr. Gore, pp. 282 ss. y en Peake, *Commentary*, pp. 323 ss. <<

[5] II Reyes 18:26. Éste era el idioma hablado corrientemente por Cristo y sus discípulos. San Marcos 5:41; 7:34. <<

[6] II Reyes 17:24-41; Esdras 4:10. <<

[7] Ageo 1:5, 6, 10, 11; 2:15-19. <<

[8] I Esdras 3 y 4 (contenidos en los Apócrifos) refieren la leyenda de tres de los guardias personales del rey, uno de los cuales era un judío llamado Zorobabel. Como recompensa a su sabia respuesta a la pregunta del rey: «¿Cuál es la cosa más fuerte?» se permitió a Zorobabel que hiciera una petición. Él pidió volver a Jerusalén y reconstruir el Templo (I Esdras 4:42-46). <<

[9] Esdras 5 y 6:1-18. <<

[10] Ageo 2:1-9. <<

[11] Ageo 2:10-14. <<

[12] El cronista creía que Darío había tratado tan generosamente a los judíos, que había ordenado incluso que les dieran parte del tributo persa y animales para los sacrificios. (Esdras 6:8-9). Tal conducta de un rey persa sería lo más inusitado. <<

[13] Esdras 6:19-20. <<

[14] Véase especialmente Isaías 60:10, 11, 18. Zacarías parece haber desaprobado la reconstrucción de las murallas. Zac. 2:1-5. <<

[15] Esdras 4:7-23. Esta sección está fuera de sitio; no debía preceder al cap. 5, sino seguir al cap. 6. <<

[16] La historia de Nehemías está relatada, en su mayor parte, en primera persona (Neh. 1:1-7:5; 13:4-31), y es probable que el cronista haya utilizado aquí una fuente de máximo valor histórico: las memorias de Nehemías. <<

[17] Neh. 4 y 6:1-14. <<

[18] Neh. 7:1-14; 11:1, 2; 12:27-43. El nombre de Nehemías está incluido en el canto en alabanza de los hombres famosos, no solamente porque «levantó nuestras ruinas, puso puertas y cerrojos», sino porque además «re edificó nuestras casas», Eclesiástico 49:15. <<

[19] Éxodo 21:2-7. Véase nota sobre la Ley de los Sacerdotes, p. 145. <<

[20] Neh. 5:1-19. <<

[21] Neh. 5:14; 13:6. <<

[22] Amós 8:5; Jer. 17:21-27; Ezeq. 20:13; 22:8; 23:38. <<

[23] Neh. 13:4-14. <<

[24] Malaquías no es el nombre de un profeta. El rollo recibió el título «Malaquías», mi mensajero, debido a la enseñanza contenida en los capítulos 3:1 y 4:4-6. <<

[25] Malaquías 2:10-16. <<

[26] El «Código de Santidad» está contenido en Lev. 17-26. <<

[27] No quiere esto decir que fuera hecha por Moisés. La Ley representa el desarrollo gradual de principios expuestos en la más antigua ley hebrea conocida. Una parte era antigua; otra había sido escrita en Babilonia debido a los apremiantes problemas allí planteados. El *todo*, tanto antiguo como moderno, se llamó siempre «mosaica». <<

[28] Esdras 7-10; Neh. 8-10. <<

[29] V. *gr.*: las memorias de Nehemías (Neh. 1-7:5; 13:4-31) a las memorias de Esdras (Esdras 7:27-9:15). <<

[30] Véase p. 114 y *Clarendon Bible*, t. IV, p. 212-22. <<

[31] Quizás haya sido sucesor de Nehemías. <<

[32] Esdras 10:6. <<

[33] Neh. 12:11,22. <<

[³⁴] Dice Josefo que Jojanán asesinó a su hermano en el Templo, durante el reinado de Artajerjes II (404-358). <<

[35] Esdras 7:1, 7; 8:1. <<

[36] Esdras 7:10. <<

[37] El río Ahavá era probablemente afluente del Tigris. <<

[38] Esdras 9:1-2 y 10:1-17. Hay quien opina que el bello libro de Ruth fue escrito en esta época como alegato a favor de la esposa extranjera. <<

[39] Estaba esto prescrito en Lev. 23:34-43. Todavía guardan esta festividad los judíos de esta manera, en lo posible. <<

[40] Éxodo 23:10-11. En el séptimo año las deudas eran perdonadas y se dejaban las tierras en barbecho. <<

[41] Neh. 10:30-39. <<

[42] Véase p. 16. <<

[43] Una clara descripción de la Ley de los Sacerdotes se puede hallar en Blunt, *Israel before Christ*, pp. 108-119; Simpson, *Pentateuchal Criticism*, cap. III. <<

[44] Ageo 1:2-13; 2:3-9. <<

[45] Salmos 24:7; 26:6; 27:4; 42:2-4; 84; 134:3. «El Templo era el centro de una devoción apasionada». <<

[46] Los 8 primeros capítulos del libro de Zacarías pertenece a un profeta contemporáneo de Ageo, porque se ocupan de la misma situación y se refieren a Zorobabel y a Josué. Los capítulos 9-14 pertenecen a los últimos años del siglo IV a. C. <<

[47] Zac. 1:2-6; 7:8-14. <<

[48] Zac. 2:10-13 8:20-23. <<

[49] *Century Bible*, Profetas Menores, p. 181. <<

[50] El libro de Malaquías está al final de la Biblia inglesa; pero en la Biblia hebrea está colocado al final de la segunda sección: los Profetas. <<

[51] Malaquías 1:8. <<

[52] Malaquías 2:11-16; 4:6. <<

[53] Malaquias 1:13. <<

[54] Malaquías 2:7-8. <<

[55] Malaquías 3:2-3. <<

[56] Malaquías 3:1; 4:5-6. <<

[57] San Mateo 11:10-14; 17:10-13. San Marcos 1:2; 9:11-13. San Lucas 1:17, 7:27.

<<

[58] Jer. 16:19; 18:5-12. Isaías 42:6, 7; 45:14, 15. <<

[59] II Reyes 14:25. <<

[60] Tarteso en España; el otro extremo del mundo en aquellos días. <<

[61] La conducta de los marineros contrasta con la de Jonás; porque aquéllos hacen todo lo que pueden por salvar la nave y sólo lo arrojan por la borda a petición de aquél. <<

[62] El incidente del pez (o de la ballena) ha tomado excesiva importancia. Probablemente el autor tomó la idea de la mitología popular. *Cf.* Salmo 74:13-14. <<

[63] Jonás 4:1-3. <<

[64] 64San Lucas 15:11-32. <<

Notas del capítulo XI

[1] Josefo, *Antiquities*, XI 8. 4 s. Cf. Neh. 12:22. <<

[2] Como pago a su ayuda, Alejandro concedió a los samaritanos la construcción de un templo en el Monte Garizim. *Clarendon Bible*, t. IV, pp. 232-41. <<

[3] Daniel 11:3-5. <<

[4] Daniel 11:31-17. <<

[5] II Mac. 4:12-15. <<

[6] I Mac. 1:41-50. <<

[7] Daniel 9:27; 11:31; I Mac. 1:57. <<

[8] II Mac. 6, 7. <<

[9] I Mac. 2:31-38; II Mac. 6:11. «Los sirios pelearon contra ellos en sábado, y murieron... porque ni pensaron en defenderse por el sumo respeto hacia el día santo».

<<

[10] I Mac. 3:19. <<

[11] I Mac. 4:36-59. <<

[12] San Juan 10:22. <<

[13] El Salmo 110 fue escrito probablemente en honor de Simón. <<

[14] Los saduceos se hicieron indispensables al príncipe reinante y estaban absorbidos por la política. Su influencia se dejó sentir principalmente en Jerusalén. «Eran hombres de mundo, cuyos pensamientos y objetivos estaban confinados a la vida presente, y que no tenían interés alguno en el mundo espiritual, o en una vida más allá de la tumba». El origen de la palabra saduceo es dudoso. Se cree generalmente que significa hijos de Sadoc o sadoquitas. (I Reyes 1:32, 45. Ezeq. 44:15; 48:11). <<

[15] Esto encuentra expresión en el Salmo 119. <<

[16] Daniel 12:2-3; II Mac. 7:9, 14. <<

[17] Asmon era el nombre familiar de los Macabeos. Judas fue llamado Makkabi o el Martillo, y ese nombre fue adoptado por sus sucesores. <<

[18] Estos judíos quedaron libres más tarde. Fueron el núcleo de una gran colonia de judíos que se fue formando gradualmente en Roma. Algunos fueron expulsados por Claudio entre el año 49 al 50 d. C. (Hechos 18:2), pero aún había muchos cuando San Pablo llegó a Roma prisionero en el año 59 d. C. <<

[19] Herodes reinó desde el año 37 hasta el año 4 a. C. <<

[20] San Juan 2:20. Éste fue el edificio que vio Cristo y en cuyos atrios predicaron Él y sus discípulos. <<

[21] San Lucas 2:1-20. <<

[22] El único libro sagrado que poseían los samaritanos era el Pentateuco. En conjunto es idéntico al texto masorético; pero después del Éxodo 20:17, se incluye un mandamiento para erección de un templo en el Monte Garizim; y en el Deuteronomio 27:4, el Monte Garizim sustituye al Monte Ebal. El segundo tomo del Canon, el de los Profetas, que fue completado hacia el año 200 a. C., no fue aceptado jamás por los samaritanos, aunque tenían una variante del libro de Josué. <<

[23] Hechos 10:2. Cuando el cristianismo se predicó a estos gentiles temerosos de Dios, lo acogieron gustosamente. Cornelio y su familia fueron los primeros en bautizarse; y mucha de la obra de San Pablo en Europa empezó con ellos. <<

[24] Los judíos de Alejandría consideraron algunos libros de los Apócrifos como «escrituras», pero no se incluyeron en el canon de Palestina. Posteriormente se tomaron en cuenta en los manuscritos cristianos de la Biblia Griega, aunque hay algunas discrepancias. <<

[25] Prov. 1:7; 2:1-8. Eclesiastés 12:13. Sabiduría 6:17-19; 7:22-27. <<

[26] I Reyes 4:29-34. <<

[*] Cf. *El pensamiento prefilosófico: Egipto y Mesopotamia* (Breviario 97, FCE). <<

[27] *The People and the Book*, p. 214; *Clarendon Bible*, I, pp. 220 ss. <<

[28] Ecles. 2:17, 26; 4:16; 6:9. <<

[29] Ecles. 8:8; 9:3-10. <<

[30] Algunos versículos que atenuaban el agudo pesimismo de este libro (por ej.: 3:17; 7:29; 8:11-13; 12:1, 13, 14) han sido atribuidos a escritores posteriores; sin embargo, algunos eruditos creen que es la respuesta del autor original a las máximas pesimistas en que había expresado la filosofía de su época. <<

[31] Job 1:8; 2:3. <<

[32] Job 38-41. <<

[33] Peake, *Problem of Suffering*, p. 100. <<

[³⁴] Los Salmos 74 y 79 revelan el sufrimiento de los judíos fieles, o hasidim, durante la persecución de Antíoco Epifanes. <<

[35] Salmo 37:25-36. <<

[36] Enoc 48:1-10; 50:1-5; 69:26;103:4. <<

[37] Job 19:25. Otros pasajes, sin embargo, reflejan la creencia popular sobre la muerte. Job 10:21, 22; 30:23. <<

[38] I Cor. 15:12-19. <<

[39] V. *gr.*: Isaías 24-7; Zac. 9-14. Joel. En el Nuevo Testamento tenemos la Revelación o Apocalipsis de San Juan que fue escrito para dar ánimo a los cristianos que sufrían persecución bajo Nerón. <<

[40] Ezeq. 14:20; 28:3. Un apocalipsis siempre lleva pseudónimo, es decir, escrito bajo el nombre de algún héroe judío del pasado. Tenemos apocalipsis de Daniel, Enoc, Moisés y de los XII Patriarcas o hijos de Jacob. <<

[41] Daniel I: 1 Mac. 1:62. <<

[42] Daniel 6. <<

[43] Daniel 3. <<

[⁴⁴] Daniel 4, 5. <<

[45] Daniel 11:36, 45. <<

[46] Daniel 7:1-8; 8:3-10. <<

[47] Daniel, 11:31. <<

[48] Daniel, 7:87. <<

[49] Daniel 12:2-3. <<

[50] Enoc 58:1-4; 61:9. Véase también 62:12-16; 69:27-71:17. Este libro no está incluido en la Biblia ni en los Apócrifos; pero hay excelentes razones para creer que era familiar a Nuestro Señor. [La traducción está hecha, por la razón antes indicada, a partir del texto inglés. T.]. <<

Notas del capítulo XII

[1] Éxodo 24:7-8. Deut. 26:16-19. <<

[2] Jer. 33:20-21. <<

[3] Ottley, *Religion of the Hebrews*, p. 40. <<

[4] Natán a David, II Sam. 12; Elías a Ajab, I Reyes 21. <<

[5] Amós 7:15. <<

[6] Ezeq. 3:11. <<

[7] Jer. 31:33-34. <<

[8] San Marcos 12:29-30; *cf.* Deut. 6:5. <<

[9] Véase pp. 15 s. <<

[10] San Lucas 2:25-27. <<

[11] V. *gr.*: Salmos 15 y 24:1-6. <<

[12] V. *gr.*: Salmos 42, 43 y 84. <<

[13] Enoc 58:2-4; 62:16. <<

[14] Salmos de Salomón 17:23-36. <<

[15] San Lucas 24:21. <<

[16] Enoc 69:26-29. <<

[17] San Marcos 2:10, 28; 10:45; 14:62. <<

[18] Col. 2:3. <<

[19] Ottley, *Religion of Israel*, p. 218. <<

[20] Heb. 1:1-2. <<